

Al ser mi oficio el de investigar, me puse a la tarea de desentrañar los resortes de tan particular forma de ser. Para tal efecto, leí *A ustedes les consta* y *Anatomía del mexicano*, de Carlos Monsiváis y Roger Bartra, respectivamente. Ambos autores me permitieron descubrir cómo intelectuales del siglo xx pintaron diferentes aspectos del mexicano, en su búsqueda por darle una identidad genérica al margen de la

VIVIRLO PARA CONTARLO

soledad de Octavio Paz, así como en *Crónicas del caos* de Carlos Monsiváis. Los contextos sociales son los que guiaron su respectiva búsqueda sobre la idiosincrasia de sus connacionales. Mostraron cómo los mexicanismos atraviesan los sexenios.

Bruno Lutz

las clases sociales y dan un particular relieve a la realidad de la vida cotidiana. A la vuelta de una expresión del lenguaje descubrieron, por separado, destellos de verdad. La omnipresencia del humor, en la forma de ser del mexicano, aflora en estos textos de Paz y de Monsiváis, pero encontré sus expresiones surrealistas en *Instrucciones para vivir en México* de Jorge Ibargüengoitia. La narración de anécdotas inverosímiles, en un estilo directo y fresco, me ayudó a entender que la mejor forma de comprensión, y por ende de aceptación de esta forma tan particular de vivir del mexicano, era la risa. Reírme de mis desavenencias como investigador, como los mexicanos lo hacen de la vida, me enseñaron que la seriedad, cuando no es la expresión de lo trágico, es la máscara de la infatuación. Aprendí mucho.

VIVIRLO PARA CONTARLO

Diario de un sociólogo en campo

Bruno Lutz

Primera edición, 2020

D.R. © Universidad Autónoma Metropolitana
Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco
Calzada del Hueso 1100, Colonia Villa Quietud,
Alcaldía Coyoacán, Ciudad de México. C.P. 04960
Sección de Publicaciones de la División de Ciencias Sociales y Humanidades.
Edificio A, 3er piso. Teléfono 54 83 70 60
pubcsh@gmail.com / pubcsh@correo.xoc.uam.mx
<http://dcsh.xoc.uam.mx/repdig>
<http://www.casadelibrosabiertos.uam.mx/index.php/libroelectronico>

ISBN: 978-607-28-1999-3 (ePub)

ISBN: 978-607-28-1998-6 (Impreso)

Impreso en México / *Printed in Mexico*

VIVIRLO PARA CONTARLO

Diario de un sociólogo en campo

Bruno Lutz



Casa abierta al tiempo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

Rector general, Eduardo Abel Peñalosa Castro

Secretario general, José Antonio de los Reyes Heredia

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA-XOCHIMILCO

Rector de Unidad, Fernando de León González

Secretario de Unidad, Mario Alejandro Carrillo Luvianos

DIVISIÓN DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES

Directora, Dolly Espínola Frausto

Secretaria académica, Silvia Pomar Fernández

Jefe de la sección de publicaciones, Miguel Ángel Hinojosa Carranza

CONSEJO EDITORIAL

José Alberto Sánchez Martínez (Presidente)

Aleida Azamar Alonso / Alejandro Cerda García

Gabriela Dutrénit Bielous / Álvaro Fernando López Lara

Jerónimo Luis Repoll / Gerardo G. Zamora Fernández de Lara

Asores del Consejo Editorial: Rafael Reygadas Robles Gil

Miguel Ángel Hinojosa Carranza

COMITÉ EDITORIAL DEPARTAMENTAL

René David Benítez Rivera (presidente)

María del Pilar Berrios Navarro / Germán A. de la Reza Guardia

Joel Flores Rentería / Abigail Rodríguez Nava / Araceli Soni Soto

Araceli Margarita Reyna Ruiz / Gonzalo Varela Petito

Asistencia editorial: Varinia Cortés Rodríguez

Edición y corrección de estilo: Karla Magdalena Pinal Mora

Diseño de portada: Logos Editores / Claudia Pacheco

ÍNDICE

- 9 *Introducción*
- 13 *Diario*
- 147 *Epílogo*
- 153 *Bibliografía*

INTRODUCCIÓN

EL TRABAJO DE campo no es como lo plantean los manuales de Ciencias Sociales. Cuando se confrontan las técnicas de recolección de información, enseñadas en la academia, con la realidad escurridiza del mundo, el resultado es impredecible. No logran terminar con la incertidumbre ni borrar el surrealismo que salpica la experiencia personal. En el trabajo de campo, las contingencias de todo tipo nos desafían constantemente, porque nuestro desempeño depende de muchos factores. Por lo general, lo impensable está a la vuelta de la esquina. Los riesgos son muchos, como bien lo cuenta el investigador británico Nigel Barley en su *best seller El antropólogo inocente*. Es imposible saber de antemano cómo se darán las cosas, por más que uno prepare su salida a campo y vuelva a leer *Las reglas del método sociológico* de Durkheim. Vamos de sorpresa en sorpresa, al alternar discretos logros con fracasos rotundos.

Cuando me estrené como investigador en el Estado de México, al final de mi doctorado, no tenía ni la menor idea de lo que me esperaba. Mi experiencia de trabajo de campo era poca y mi desconocimiento del (des)orden social, completo. Mi condición de extranjero me hacía ver al México rural como un mundo exótico y al mismo tiempo seductor e impenetrable. De manera paulati-

na, me di cuenta de que la vida cotidiana en este país latinoamericano es preponderantemente un *bricolage* (arreglo) social por personas ingeniosas y alegres. Entendí que la realidad social es una “realidad salvaje”, como lo afirmó Lévi-Strauss, y más tarde Philippe Descola, al descubrir el pensamiento salvaje en las tribus indias del Amazonas. Me encontraba ante sorprendentes formas de vivir la vida, a la vez excesivas y deslumbrantes.

Al ser mi oficio el de investigar, me puse a la tarea de desentrañar los resortes de tan particular forma de ser.¹ Para tal efecto, leí *A ustedes les consta* y *Anatomía del mexicano*, de Carlos Monsiváis y Roger Bartra, respectivamente. Ambos autores me permitieron descubrir cómo intelectuales del siglo xx pintaron diferentes aspectos del mexicano, en su búsqueda por darle una identidad genérica al margen de la bandera y del himno nacional. En *El laberinto de la soledad* de Octavio Paz, así como en *Los rituales del caos* de Carlos Monsiváis, los acontecimientos políticos y sociales son los que guiaron su respectiva búsqueda sobre la idiosincrasia de sus connacionales. Mostraron cómo los mexicanismos atraviesan los sexenios, las clases sociales y dan un particular relieve a la realidad de la vida cotidiana. A la vuelta de una expresión del lenguaje descubrieron, por separado, destellos de verdad. La omnipresencia del humor, en la forma de ser del mexicano, aflora en estos textos de Paz y de Monsiváis, pero encontré sus expresiones surrealistas en *Instrucciones para vivir en México* de Jorge Ibargüengoitia. La narración de anécdotas inverosímiles, en un estilo directo y fresco, me ayudó a entender que la mejor forma de comprensión, y por ende de aceptación de esta forma tan particular de vivir del mexicano, era la risa.² Reírme de mis desavenencias como investigador, como los mexicanos lo hacen de la vida, me enseñó que la seriedad, cuando no es la expresión de lo trágico, es la máscara de la infatuación. Aprendí mucho.

¹ Al respecto, escribí un libro de relatos cortos humorísticos basados en hechos reales (Bruno Lutz [2019], *Le Mexique à dormir debout*, KDP Amazon).

² Léase: Jesús Adrián Suárez Tovar (2018), *El humor mexicano y lo político*, tesis de licenciatura de Sociología, Universidad Autónoma Metropolitana, Xochimilco.

La convivencia con mis colegas del Centro de Investigación me permitió experimentar también situaciones increíbles, así como mis indagaciones en bibliotecas y archivos. Mi espacio laboral se convirtió subrepticamente en laboratorio de análisis de las interacciones sociales. Así que campesinos, agrónomos, ingenieros, licenciados y funcionarios me sorprendieron por su manera de ser y de hacer. Me enteré de usos y costumbres que me eran totalmente desconocidos. En mi primer empleo como profesor aprendía cosas nuevas del amanecer hasta el anochecer. Tuve que vivir numerosas experiencias, en el ámbito mundano y en el académico, para crecer como investigador.

El presente libro es un diario de campo. Los acontecimientos se exponen de manera cronológica, conforme sucedieron. En el filo de las páginas se describe el anverso de la investigación: lo que no se dice y lo que nadie quiere saber. Se trata de una narración en primera persona de todos aquellos desencuentros y situaciones asombrosas vividas en carne propia. Quien habla en esta obra es el investigador inexperto e ingenuo, timado muchas veces por informadores sin escrúpulos, así como por el que está a la merced de burócratas altaneros. Habla también el funcionario de una universidad estatal, rehén de una administración kafkiana.

En este libro el objeto de investigación desaparece, para dejar lugar a una descripción de los pormenores del proceso de recolección de información. Entrevistar a personas desconocidas y, eventualmente, observar cómo viven en colectividad, nunca fue para mí un paseo dominical. Esta narración, a menudo humorística, muestra lo que puede ser el trabajo de campo: una serie de aventuras heroicas.

A diferencia de los informes de investigación y artículos científicos que resaltan el éxito de los estudios, a merced de la total validación de las hipótesis, aquí no se presentan los resultados del proyecto. *Vivirlo para contarlo. Diario de un sociólogo en campo* describe la búsqueda errática del sentido de la colectividad detrás de las coloridas y adornadas digresiones de los informantes. Se ve cómo las palabras bailan al ritmo de la

imaginación de los entrevistados y de sus intereses. En el transcurso de esta investigación, lo real se deslizó frente a mis ojos incrédulos. Aprendí que el mundo social no es como la academia dice que es.

Febrero de 2002

FUI CONTRATADO COMO profesor en un Centro de Investigación de la Universidad Autónoma del Estado de México. Gané una plaza en un proceso de selección que me pareció equitativo y transparente. En la segunda entrevista tuve que presentar mi proyecto. Estaba por titularme de un doctorado y tenía ideas con respecto al trabajo que podría realizar sobre la problemática del liderazgo en las organizaciones rurales. Me interesaba el tema y pensaba instrumentar una encuesta en las asociaciones campesinas de esa entidad federativa, con el objetivo de recolectar datos sobre el *status* de los dirigentes, su trayectoria, su percepción del dinero y el tiempo de trabajo, su relación con los miembros de base, etcétera. Creía que era un proyecto innovador y recibiría el apoyo institucional consecuente. Estaba muy ilusionado...

Inicialmente mi trabajo consistía en tomar apuntes de libros y artículos, preparar mis clases y buscar dinero para financiar mi trabajo de campo. No tardé en darme cuenta de la vital importancia que era participar en convocatorias para el financiamiento de mi proyecto. Sin recursos, el investigador no existe. Para existir en la academia debemos estar en deuda con un organismo acreedor. Lograr convertirse en “cliente” de estos programas es posicionarse favorablemente dentro del pequeño mundo de quienes hacen ciencia.

En la academia, la feroz competencia por los recursos nos obliga al autoplagio. En este proceso de producción fractal del conocimiento, descubrí que algunos de mis nuevos colegas, curtidos por años de experiencia, eran capaces de publicar incluso cinco artículos derivados de uno solo. ¡Toda una hazaña! Para pedir apoyos en diferentes instituciones uno tiene que hacer una versión del proyecto de investigación para cada una.

En mi caso, debo confesar que me angustiaba la perspectiva de encabezar simultáneamente varios proyectos de investigación (aunque iban a ser uno solo) y adicionalmente administrar sus respectivos presupuestos. Pero mis temores de novato se disiparon cuando me dijeron que no podía participar en la convocatoria del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt). Así que busqué los formatos del Programa de Mejoramiento del Profesorado (Promep) y de la Universidad del Estado de México. En el primero, los proyectos se registran en Internet. Pero la multiplicidad de los apoyos y la utilización de un lenguaje criptado (el término “proyecto”, por ejemplo, es sustituido por “Línea de Investigación para la Aplicación del Conocimiento”) me obligó a relativizar mis conocimientos de la lengua de Cervantes. La fecha límite se acercaba, la página Internet estaba saturada: 160 visitantes simultáneos eran suficientes para impedir a los demás subir sus proyectos. Tuve que desvelarme tres noches consecutivas para cargar toda la información requerida. Debido a las incomprendibles dificultades encontradas para realizar esta sencilla captura de datos, decidí imprimir la información. Fue una iniciativa afortunada, porque al entrevistarme después con la responsable de los proyectos en la Universidad, me dijo que tanto el proyecto como el currículo no fueron registrados, aseveración que cortésmente pude desmentir gracias a las copias que portaba.

Cansado, pero satisfecho, me interesé en los apoyos brindados por la Universidad del Estado de México. Tenía que entregar mi expediente impreso. Después de mi epopeya internáutica, este trámite se presentaba fácil y sin mayores complicaciones. Nuevamente estaba equivocado. El formato de la solicitud tenía muy poco que ver con el proyecto que elaboré libremente. Me

puse a reescribirlo según las normas y el lenguaje del formato, con respeto a los espacios reservados para las respuestas. Inventé un presupuesto y formulé pedidos virtuales sobre la base de mis apremiantes necesidades del momento: no tenía equipo de cómputo ni dinero para comprar libros o hacer trabajo de campo. Escuché los consejos de unos y las sugerencias de otros, modifiqué mis pretensiones e incrementé mis justificaciones. Finalmente, logré mandarlo una semana después de la fecha límite. Aparentemente nos encontrábamos todos en esta situación, por lo que no me preocupé sobremanera.

Volví a mis menesteres académicos...

La información más interesante no la conseguí en las bibliotecas de la Universidad, sino en Internet. Una vez conectado (después de un mes y medio de espera, pues según supe los técnicos trabajan —sin mucha prisa— para incrementar la velocidad de transmisión de los datos) inicié una búsqueda en computadoras ajenas. Y es que la computadora que me prestaron era muy vieja y no poseía tarjeta de internet. Entonces de manera casi clandestina, y siempre incómoda, tenía que instalarme en computadoras ajenas cuando sus dueños se encontraban ocupados en otros menesteres. Entre “¿me permiten...?” y “¿no les molesta...?”, navegué en las páginas electrónicas de varias dependencias públicas y encontré una información oficial útil. Era un buen inicio.

Lo primero que tenía que hacer era averiguar si los responsables de estas dependencias del sector agrario aún estaban en sus puestos. Como bien se sabe, los cambios en la administración pública son constantes y la actualización de la información en sus páginas web es casi nula. Además, un mes antes, los ejidatarios de San Salvador Atenco impidieron la realización del nuevo aeropuerto de la Ciudad de México, lo cual tuvo como consecuencia la sustitución de casi todos los altos funcionarios de las dependencias agrarias estatales. Así es que muchos pagaron por los resultados desafortunados de la terquedad del gobernador de la entidad.

Después de resolver, sin saber cómo, el doble problema de contar con una sola línea telefónica para todo el Centro de Inves-

tigación y de teléfonos casi siempre ocupados por la secretaria del delegado de la Secretaría de Desarrollo Agropecuario (Sedagro), averigüé los nombres de los encargados y aproveché para tomar cita con el secretario particular del delegado. De esta manera, con los nombres de los responsables, elaboré las indispensables cartas de presentación. En efecto, muy pronto descubrí que el investigador siempre debe tener en sus manos, además de la tarjeta de presentación, una carta membretada con los detalles de su solicitud y el uso que dará a la información solicitada. Se gasta una cantidad impresionante de papel y tinta para anunciarnos ante nuestros posibles informantes.

Para investigar una organización campesina u obtener datos en una dependencia administrativa, primero debía entrevistarme con la persona de más alto cargo. Aprendí esta regla elemental en mi trabajo de campo del doctorado. Más que una costumbre relacionada con un eventual saber vivir, esta forma de actuar reveló ser el principal, por no decir el único, medio para estudiar una colectividad cualquiera. Sin esta autorización es difícil trabajar con los actores rurales y es imposible obtener una respuesta positiva en las administraciones públicas. Iniciar un trabajo de campo consiste primeramente en presentarse.

De no ser así, las puertas se cierran (o mejor dicho no se abren nunca) y los funcionarios, al ser solicitados, se escabullen cómodamente detrás de un “tiene que ir a ver tal o cual jefe”. Aprendí que el temor de hablar puede ser una manifestación de lealtad para sus superiores jerárquicos.

Marzo de 2002

Mi primera cita en la Sedagro fue con el secretario particular. Llegué puntual, pero él estaba ocupado en los preparativos para recibir al día siguiente al gobernador.

Al entrar, noté que una cuadrilla de trabajadores pintaba las rayas de señalamiento del camino para llegar a la exhacienda. Asimismo, un número exagerado de máquinas agrícolas y

de construcción estaban en la explanada central, como si fuera a celebrarse la exposición universal agrícola. Al interior de los edificios, los empleados trabajaban a marchas forzadas, como si terminaran lo que no habían hecho en los últimos seis meses. Dos horas y media después aún esperaba, sentado en el pobremente decorado vestíbulo. Observaba quiénes iban y venían, y quiénes, como yo, esperaban ser atendidos por el secretario particular. Licenciados en busca de una acción meritoria, desempleados trajeados, comisarios ejidales al acecho de apoyos económicos, así como secretarias maquilladas como locutoras, deambulaban con una prisa fingida por los pasillos del primer piso del edificio central.

Me encontraba sentado sobre una austera silla de metal y no tenía nada qué hacer sino observar, con ojos curiosos, a este pequeño mundo. Una joven esperaba enfrente de mí. Sin revistas para distraernos, como en la sala de espera de un consultorio médico, nuestras miradas se cruzaron involuntariamente un número de veces suficiente para que uno de los dos tomara la iniciativa de hablar. Me dijo que estudió Relaciones Internacionales en una prestigiosa universidad privada, que deseaba irse a Europa para estudiar o buscar un novio (no entendí muy bien) y quería hablar con el secretario particular (por una razón que no quise indagar). Desesperada por la tardanza, en un momento dado se levantó y se fue sin dar mayores explicaciones.

Pensé, y al parecer la secretaria también, que se cansó de esperar. La amanuense, cuyo ocio la volvía eficaz, llamó por teléfono a otra secretaria ubicada en el cubículo contiguo para informarle que era el único (y ciertamente el último) en esperar ser recibido por el licenciado. Después de un largo rato, la chica regresó y se puso a platicar conmigo con la locuacidad de antes. Enseguida, cuando ya no esperaba nada, salvo conocer los últimos detalles de la vida privada de mi interlocutora, la secretaria me dijo en un tono solemne que podía pasar. Amablemente me acompañó hacia el escritorio de una segunda secretaria, la cual me introdujo con el secretario particular. Este curioso ritual, junto con el prolongado tiempo de espera para ser recibido, tiende a reafirmar el

poder del funcionario. Entre más tiempo nos hace esperar, más importante es (o pretende ser) quien nos va a recibir.

Entre dos llamadas telefónicas del prominente funcionario, logré presentarme y decirle con franqueza que sería puntual y breve. (El empleo de tautologías, según lo que aprendí como estudiante, permite recalcar la importancia de nuestra petición sin dejar de ser cortés, así como enseñar a nuestro interlocutor que uno posee una buena educación, lo cual constituye una de las claves del éxito del peticionario.) Le entregué la carta de recomendación. La leyó rápidamente en voz alta. Tras su lectura, le repetí con algunos detalles suplementarios, como la información que me interesaba recabar “con fines estrictamente académicos”. Me dijo que no veía ningún problema y me canalizaría con la jefa de área, mientras escribía algo en mi carta de recomendación antes de dejar su imponente firma. Nos despedimos apenas dos minutos después de habernos saludado, ambos satisfechos por los resultados de este memorable encuentro.

La segunda secretaria me acompañó, sacó dos copias de mi carta de recomendación apostillada con la firma del secretario particular. Al salir, escuché a la primera secretaria explicar a la chica, con quien había conversado, que el licenciado no podía recibirla ese día y debía regresar al día siguiente para ser atendida. Iniciaba para ella un largo ciclo de solicitudes y citas frustradas; de ahí la sabia expresión popular: “puras vueltas”. Por mi parte, fui presentado con la secretaria de una licenciada responsable de un área. Sin este ejército de secretarías, la administración pública no sería lo que es.

Para mi sorpresa, la licenciada me recibió casi de inmediato y, después de leer mi salvoconducto, me preguntó qué era lo que buscaba. Con un esfuerzo didáctico que la repetición no merma, se lo expliqué con la mayor claridad posible. Aparentemente satisfecha por la inocuidad de mi investigación, me dijo que la doctora a cargo de las organizaciones estaba en la Ciudad de México, por lo que tenía que regresar otro día. Más pronto mejor, pensé. Logré conseguir una cita para el día siguiente con la misma licenciada. Le agradecí por sus finas atenciones y me despedí.

Al día siguiente, a las 10:00 horas (en punto) estaba en su oficina. Aunque el gobernador llegaría en la tarde, la licenciada no parecía nerviosa ni tampoco apurada, ya que, como me explicó, otra área de la Sedagro estaba directamente relacionada con la visita del mandatario. El área a su cargo no tenía nada que ver con este aparatoso asunto. Después de estas sucintas explicaciones, mi interlocutora ordenó a su desenvuelta secretaria acompañarme hasta la oficina de la doctora, cuyo nombre era impronunciable. Bajamos las anchas escaleras de piedra y en la planta baja fingió cumplir con la encomienda de su jefa. Pero dicha doctora estaba muy, muy, muy ocupada... Apenas me saludó. Una vasta sala constituía el lugar de trabajo de una veintena de hombres y mujeres separados entre sí por montículos de archivos. Pensaba estar en el set de la película cubana *La muerte de un burócrata* de Tomás Gutiérrez. Unos empleados parecían irse, mientras otros daban la impresión de llegar a trabajar. Me quedé parado un momento hasta que, de manera involuntaria, me acerqué a la minúscula oficina de un subalterno, quien en presencia de uno de sus colegas charlaba con un virtual mini empresario agrícola.

El jefe me invitó a sentarme. Obedecí. Pero el asiento estaba totalmente suelto de las cinco patas montadas sobre ruedas, así es que estuve a punto de caerme de reversa. Rápidamente busqué un punto de equilibrio y me incorporé, sin interrumpir su apasionante plática. Al observar en mis alrededores, no tardé en descubrir que todo en este cubículo descansaba en un peligroso equilibrio: las cajas empolvadas amontonadas en las esquinas, las monstruosas pilas de oficios acumuladas en ambos lados del escritorio y el teléfono gris anacrónico que descansaba plácidamente entre los papeles dispersos. El dueño de este impresionante decoro era el profesor Saturnino, un burócrata que más de tres décadas de labor en la administración pública lo convirtieron en un espécimen venerado por los jóvenes (todos a su lado parecían jóvenes). Sobrevivió inexplicablemente a todos los terremotos políticos. Serio, tomó mi carta de recomendación en sus manos y la leyó. Lo que más lo impresionó no fue el membrete del Centro de Investigación, mi título de doctor o el sello azul al lado de mi

firma: lo que lo impactó fue el epígrafe del secretario particular. Enseguida me tomó como testigo en el asunto que él y un compadre suyo debatían con un desubicado mini empresario. Lo convenían de dejar de dirigir una pequeña organización productiva, pues se quejaba de las envidias de sus colegas para hacer prosperar el negocio colectivo (no logré saber qué producían).

—Es sencillo —insistía el burócrata—, tienes que crear una sociedad anónima de capital variable y así de fácil no vas a tener que rendir cuentas a nadie, excepto a los accionistas, por lo que no tendrás más broncas como las que tienes ahora con tus socios. Además, esta figura jurídica tiene reconocimiento internacional, está reconocida en España y en toda Europa.

No sabía nada del asunto, pero mi condición de extranjero me llevó a validar estos argumentos caricaturescos. Al volverme cómplice de este sainete improvisado, aprendí más sobre el papel de las dependencias administrativas en la creación de nuevas organizaciones, que todo lo que leí hasta entonces. La repetición mecánica de los acrónimos “SA de CV” acabó por convertirlos, en la boca de los dos funcionarios, en un mantra cripto-mercantil digno de figurar en el portal Internet de la administración federal. Desubicado, más que convencido, el líder campesino se despidió con una respuesta evasiva a las insistentes invitaciones para que siguiera los consejos del dúo que tenía enfrente. Una vez terminado este soliloquio, los dos burócratas peroraron de sus supuestos conocimientos.

Se concentró en mi petición, después de comentar un momento más la panacea que representaba el hecho de crear una sociedad anónima de capital variable; el sexagenario sacó una hoja blanca, tomó una pluma y anotó con una altanera meticulosidad la información que le pedí. Hurgó en sus archivos y encontró finalmente los tres reglamentos que dio a su secretaria para que los fotocopiara. Me aseguró también que me daría el listado que les solicité en versión electrónica, pero que debido al importante trabajo que esto representaba, debía regresar al día siguiente a

partir de las 18 horas. Acepté. Dar vueltas en oficinas gubernamentales es el baile obligado de todo investigador social y no me imaginaba ser una excepción. A pesar de tener en mis manos una parte solamente de la información (las copias que me entregó la secretaria), el precavido profesor me hizo firmar un documento, en el cual aseguraba haber recibido la información solicitada; tenía una gran experiencia, sin duda, por lo que sospeché de su sinceridad.

Regresé a las oficinas del profesor dos días después; tiempo suficiente, pensaba, para copiar la información. Me equivoqué. Cuando llegué, mi interlocutor se disculpó, con torpeza, con un tartamudeo, ya que habían tenido mucho trabajo y no sé qué más. “Es que vine especialmente de México para eso”, me atreví a decirle. Aparentemente este argumento era de suficiente peso para que el profesor ordenara reunir la información. Mientras esta complicada operación se realizaba en un lugar que no logré ubicar, empecé a conversar con *El Vaquero*, un agente de la Sedagro que acostumbraba vestirse de charro. Era una persona amable y disponible, no medía su tiempo a las ventajas que podía sacar del hecho de hablar conmigo. Después de un rato, el profesor regresó a su oficina con el preciado disquete. Tras agradecerle sus mil y una atenciones, invitó a *El Vaquero* para que me acompañara al evento que iniciaría en otra parte de las instalaciones. Era la segunda y última fase de un programa estatal de apoyo a proyectos acuícolas. Estaban presentes alrededor de 150 personas, según el conteo visual de mi acompañante, cuya experiencia en asistir a reuniones y asambleas era innegable. Los indisciplinados e impacientes asistentes llenaban la sala y habían acabado con los refrigerios mucho antes de empezado el evento. Con un razonable retraso de veinte minutos, los quince integrantes del pódium dieron inicio a la reunión. Repitieron innumerables veces que el evento iba a ser dividido en dos partes: una, para presentar el programa y sus vertientes financieras; la segunda, para conocer los diferentes materiales relacionados con la actividad acuícola. Empezó entonces una larga presentación en PowerPoint del sistema de finan-

ciamiento, según la importancia de la inversión que los campesinos planeaban realizar, así como el tipo de crianza de peces a los cuales se dedicarían. Los cuadros estaban bien hechos y los datos fáciles de comprender. Sin embargo, el ingeniero fue interrumpido numerosas veces para que explicara nuevamente un punto o el otro. Se le pedía repetir lo que había dicho pero con otras palabras, por lo que su didáctica intervención inicial se transformó en una interminable serie de redundancias y tautologías, muy apreciadas por el público. Después de escuchar una hora y media una información sencilla y comprensible, repetida a saciedad, fuimos invitados a visitar la exposición del material. En la explanada, bajo un sol generoso, estaban exhibidos un criadero flotante, albercas de diferentes dimensiones, bombas, filtros y todo el pequeño material relacionado con la alimentación, captura y pesca de los peces. Fue una visita interesante para el ignorante que era en el tema. El tiempo pasaba y tenía que asistir a una reunión en el Centro de Investigación. Estaba relativamente lejos. Entonces, con mi disquete en el portafolio y mis volantes de promoción del material acuícola en la mano, me despedí de *El Vaquero*.

Luego me di cuenta de que era muy poca información en versión electrónica la que me dieron, por lo que decidí ampliar mi búsqueda en bibliotecas. No había archivos históricos en México que proporcionaran documentos en línea: estábamos en el periodo jurásico de la bibliohemerofilia. Me resigné a esperar el regreso de los trabajadores sindicalizados de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) de sus merecidas vacaciones de Semana Santa.

Abril de 2002

Por fin, la UNAM abrió de nuevo sus puertas. Esperaba ese día con ansiedad, para reanudar mi recolección de información de segunda mano. Vacaciones, días festivos y días no trabajados por el personal de las bibliotecas públicas retrasaron considerablemente mi investigación. Me presenté, feliz y esperanzado, en el fondo

reservado de la Biblioteca Nacional, con todos los documentos para tramitar mi credencial. En efecto, se exige a los usuarios llenar más requisitos que para solicitar un pasaporte: fotos en color tamaño infantil, carta de la institución debidamente sellada, copia de la credencial de elector, copia de un comprobante de domicilio (no mayor de tres meses de antigüedad) y copia de la portada del último libro publicado. Además de llenar el formulario, llené otro para pagar mis derechos. La acumulación de esta sobre numeraria documentación quizás se debe ver como una deformación profesional por parte del personal que labora en los archivos; una manía hecha costumbre de identificar, clasificar y registrar todo lo que pasa entre sus manos.

Esa mañana fui el primer usuario y aprendí que ser el primero es de mal augurio. El único trabajador presente a las 9:00 horas no pudo esconder su sorpresa cuando me acerqué al mostrador. Me sentía como un intruso que llega a un museo de prehistoria antes del horario de apertura. Amable, a pesar de su desconcierto, revisó a conciencia cada uno de mis documentos.

—Ahora va a llenar ese formulario, por favor, y luego va a subir al primer piso, doblar a la derecha, caminar el pasillo todo derecho y al fondo a la izquierda encontrará la caja, donde puede pagar sus derechos.

Con mi computadora portátil bajo el brazo, me dirigí hacia dicha ventanilla. Era la segunda vez que tramitaba la credencial del fondo reservado y no quería dejar pasar la oportunidad de agregar ese pequeño documento en mi cartera. Después de una búsqueda errática, finalmente encontré la ventanilla, arriba de la cual colgaba un letrero: 9:30 a 19:30. Era demasiado temprano, por lo que hice tiempo en esta biblioteca donde el personal se reunía en pequeñas falanges para intercambiar anécdotas sobre sus vacaciones, pintarse el rostro o consumir grasosas tortas de tamal, a un lado de sus radios que escuchaban a todo volumen. Precavido, regresé a las 9:40. Una persiana abierta descubría una máquina de escribir envuelta en su funda de origen; no pude leer la fecha de

su fabricación, pero bien podía venderse (a buen precio) a un comerciante de antigüedades. No había nadie. Después de esperar unos instantes, un empleado se acercó. Me explicó que el cajero no había llegado, pero que él me ayudaría. Desapareció con mi dinero y el formulario. Esperé perplejo. Dudaba que fuera a regresar. Por fin apareció nuevamente, me devolvió mi cambio y la parte azul del formulario con un garabato en guisa de firma. “Ya está arreglado, hablé con ellos [los del fondo reservado]”. Obediente y necesariamente confiado, bajé de nuevo el dédalo de pasillos y escaleras. Todo el personal parecía estar presente detrás del mostrador, incluso la jefa del departamento del fondo reservado. Pero cuando presenté el documento comenzó una acalorada discusión entre ellos: “No trae la copia amarilla, por lo que no podemos recibirlo”, “la copia azul es para el usuario nada más”, “la firma no es la del licenciado, pero yo hablé con él”, etcétera. Me quedé boquiabierto. Nadie me escuchaba cuando les decía que el cajero no había llegado y por ello otra persona firmó el formulario. Por fin la voz de la jefa se impuso y ordenó procesar mi solicitud, a pesar de no contar con el volante amarillo. Antes de que intentara pedir prestado un libro me advirtió:

—No hay luz. Las computadoras están apagadas y varias áreas están oscuras: se inundó una parte de la biblioteca y encontraron una grieta...

—Pero tengo la referencia —insistía—. Se trata de un solo libro...

—¡A ver! Enséñame tu referencia... Mmm... Sí, creo que este libro se encuentra en un lugar donde hay luz. Déjame ver.

Mientras un empleado fue por el libro, el capturista me dijo que me darían la credencial en dos días. Me dio a entender que era un favor. Llené otro formulario, dejé mi identificación y me instalé en el lugar más alejado del mostrador; los comentarios acalorados de los empleados, sobre los problemas de luz, abortaban cualquier intento de concentración. No podía leer una sola frase. En mis sucesivas visitas a las diferentes bibliotecas públicas, aprendí que uno debe sentarse lo más lejos del mostrador si quiere trabajar sin escu-

char los chismes en voz alta o distraerse por los olores a comida. En caso de tener más apetito, debido a los esfuerzos físicos desplegados para cumplir con su ardua labor, los trabajadores recurren a sus colegas especialistas en emparedados, pambazos, tacos de canasta, flanes y gelatinas. Me di cuenta de que la pluriactividad es una realidad tangible entre la gente sindicalizada. Uno encuentra una mayor oferta de alimentos y dulces en los enormes contenedores transparentes de los empleados, que en los puestos de comida afuera. Sin lugar a duda, comer y platicar son las principales ocupaciones de los trabajadores ataviados de una bata azul estampada con el logotipo de la universidad nacional.

Tres semanas después de este complicado trámite, regresé a la Biblioteca Nacional. El cielo estaba nublado y la temperatura fresca. Era un buen día para encerrarme en el sótano donde se ubica el fondo reservado. Cuando llegué se sorprendieron de mi presencia, como la vez anterior. Aquí los lectores son escasos y siempre son recibidos como visitantes de otro planeta. También noté que mi credencial no estaba lista, como me lo prometieron (pensé que veinte días había sido tiempo suficiente para poder recibir la pequeña tarjeta de cartón, pegar mi foto y escribir mi nombre sin errores).

Entonces una empleada abrió un enorme archivo de expedientes de los lectores autorizados y tras buscar afanosamente mis referencias, me entregó la tan esperada flamante credencial. La puso en mis manos y se despidió con un “¡hasta luego!”. Pensaba que venía solamente para recogerla. No imaginaba que estaba aquí para consultar obras que mantienen celosamente resguardadas en el húmedo sótano. No obstante, su deseo de verme desaparecer, me senté en un lugar aislado y empecé a trabajar. Llevaba varios días sin poder concentrarme en mi texto, así que estaba ahí con la firme resolución de que nadie ni nada me interrumpiera. Pero cerca del mediodía sonó la alarma sísmica. Al igual que el personal y algunos lectores extraviados, caminé de prisa hacia la salida de emergencia. Apenas pisé el pasto, vi una enorme escultura de hierro —una pirámide invertida descansando sobre un globo de metal— que se estremecía entre dos muros. Golpeaba

con fuerza de un lado y del otro. Todo se movía. Luego, las cosas se tranquilizaron. Prácticamente todo el mundo estaba afuera. Los enamorados se abrazaban para olvidar el peligro, mientras unas empleadas escuchaban las noticias en su radio encendido a todo lo que daba. El único puesto de abarrotes vio alargarse, de segundo en segundo, la fila de compradores compulsivos de comida chatarra. Otros aprovecharon la evacuación para improvisar un *pique-nique*. Después de veinte minutos de espera, un hombre con altavoz en mano y *walkie talkie* en la otra, se dirigió a la muchedumbre desde lo alto de las escaleras. Rodeado por funcionarios, parecía ser un líder sindical que aprovechaba la oportunidad para presentar su planilla y pedir nuestro voto. Pero no. Los tiempos de elecciones habían terminado. Era el encargado de una comisión (no logré escuchar cual), quien informaba sobre la inspección que se haría a los edificios; en caso de detectar una anomalía, la necesidad de evacuar de nuevo. Entonces un “¡nooooo!” sacudió a la masa temerosa de ver extraviadas sus pertenencias en esas desordenadas idas y venidas. Al igual que mi anónima vecina, estaba preocupado por dejar mi computadora dentro de la biblioteca. Sin entender el porqué, volvimos a entrar todos al mismo tiempo en una feliz desorganización. Nos amontonamos en el *hall* de la entrada. Teníamos prisa. Unos pocos pasaron por la entrada, otros por la puerta de salida y los de mejor condición física saltaron por arriba del escritorio de los guardias como un obstáculo de *parkour*. La alarma roja de los detectores sonaba en medio de la indiferencia general. Era como entrar en el estadio de la UNAM para ver el clásico Pumas-América. El deseo de volver a encontrar nuestras pertenencias era demasiado fuerte. Regresamos apresuradamente a nuestras labores. No se podían hacer consultas en la base de datos. Un mensaje rezaba: “Error. El sistema está sobrecargado. Reintente más tarde”. Este pequeño inconveniente no preocupó en lo más mínimo a los trabajadores, quienes compartían de nuevo chismes y botanas entre los libros antiguos. Algunos de ellos, los más afectados por haber escuchado la alarma sísmica, calmaban sus nervios mientras fumaban dentro del acervo histórico, sin preocuparse por los riesgos de un incendio. De

hecho, una parte de las instalaciones seguía inundada... Al poco rato, todo volvió a la normalidad en el fondo reservado de la Biblioteca Nacional de la UNAM.

Entre dos citas, y a raíz de una serie de llamadas telefónicas (en la administración pública generalmente nadie contesta y los correos mandados por los ciudadanos se pierden en el ciberespacio), elaboré una nueva serie de cartas de presentación. Son el arma de papel para romper el natural hermetismo de los servidores públicos. Debe tener un membrete prestigioso (el nombre completo de la universidad y del Centro de Investigación), una firma necesariamente ilegible y preferentemente un sello de color (en el imaginario burocrático, se asocia a un certificado de autenticidad). Aprendí que los tres ejemplares deben estar impresos, firmados por el jefe y sellados por la secretaria. Un ejemplar es para guardarlo en los expedientes del peticionario, otro se obsequia al destinatario y el tercero, reconocible por su encabezado tachado con lápiz de color, debe ser firmado de recibido por el funcionario o dirigente, quien además anota naturalmente la fecha de recepción. Este último ejemplar, el más tachado, y por ende el más preciado, se conserva en los archivos. La carta de recomendación, entonces, más que la tarjeta de presentación que como un acto de buen gusto se ofrece al final de la primera entrevista, tiende a neutralizar anticipadamente las objeciones del destinatario e invitarlo a responder de manera positiva a nuestras peticiones. Entendí que este documento presenta y representa una credibilidad, ostenta una irreprochable seriedad, sofoca el potencial subversivo de la demanda y, más que todo, alaba las virtudes y el poder del destinatario. Es el objeto por excelencia de las transacciones simbólicas a las cuales el científico social está sometido. Sin la posesión, exhibición y entrega de este salvoconducto, el trabajo de campo es casi imposible de realizar.³

³ Años atrás, a diferencia de todos mis compañeros de la sociedad civil, los zapatistas no me permitieron charlar con el Subcomandante Insurgente Mar-

Obtuve una cita con el subdelegado del Registro Agrario Nacional (RAN); es decir, el brazo derecho del delegado estatal. Esta vez sucesivamente tuve que explicar a dos vigilantes distintos el motivo de mi presencia y repetir que tenía cita con el subdelegado. Aun así no fue suficiente. El segundo vigilante recogió mi credencial y me dejó esperar frente al escritorio de entrada, mientras subía al primer piso. Los minutos corrían. Nada. Inexplicablemente el vigilante desapareció. Parado en la entrada con mi portafolio en la mano, observaba cómo personas ajenas, ciertamente ejidatarios, entraban y salían libremente de las instalaciones sin tener que dejar identificación alguna. No lograba entender por qué era objeto de un trato especial. Aproveché esta espera para constatar que la sala donde se reciben a los usuarios y el acceso a las oficinas estaba separado por una gruesa puerta blindada. También noté que en el letrero de la localización de las distintas oficinas y responsables, el conjunto de los integrantes estaba arriba del nombre y cargo del delegado, al reproducirse lo que se ve en todos los organigramas de las organizaciones rurales. No dejo de pensar que esta representación visual que invierte la importancia de las funciones y reagrupa a los usuarios-miembros en una imaginaria asamblea dotada de atributos ampliamente exagerados, es una estrategia demagógica de las élites para hacer creer que tienen menos poder de lo que en realidad poseen. “¡Doctor!, ¡doctor, Bruno!, suba, por favor”, la voz fuerte del subdelegado puso fin a mis reflexiones.

El policía me devolvió mi credencial y subí las escaleras cuatro por cuatro para entrar directamente a la oficina del ingeniero. Me saludó cordialmente y reiteró que recibió instrucciones del delegado para que me fuera proporcionada toda la información que necesitaba. “Dos meses pasaron desde nuestra primera entrevista,

cos en el poblado de La Realidad, porque no tenía en mi posesión una carta de presentación del Instituto de Altos Estudios sobre América Latina (IHEAL) de París, donde estudiaba.

así que espero que este nuevo ofrecimiento se concrete”, pensaba. Después de perderme recordarle mi tema de estudio y la información que deseaba consultar, llamó por teléfono a la responsable del servicio informático. Se encontraba en el cubículo contiguo. Tenía que presentarse “inmediatamente”. Era el jefe. Volteé la cabeza y estaba a mi lado. El ingeniero me presentó y dijo yo venía de parte del gobernador (*sic*) y que él recibió instrucciones precisas por parte del delegado para que me proporcionara toda la información que requiriera. Jamás dije o deje entender que venía de parte del gobernador, a quien además no conocía en absoluto. Pero mi sorpresa se convirtió en un aterrador asombro, cuando me pidió confirmar que trabajaba en un proyecto financiado por el Banco Mundial. No entendía cómo mi interlocutor pudo inventar tal cosa.

El hecho de ser un doctor extranjero y patrocinado por el delegado, ciertamente no era suficiente para poner a mis órdenes a todo el personal del RAN, así que el subdelegado recurrió a su fértil y eficaz imaginación. La primera licenciada me imprimió “personal e inmediatamente” el grueso listado que pedí; mientras la segunda, de un rango menor, me hizo una exposición detallada de la evolución histórica del marco jurídico del núcleo agrario y del funcionamiento de su sistema de representación; además, me dio su nombre completo, cargo, extensión y número de celular personal... Luego, pedí cortésmente si podía entrevistarme con la persona encargada específicamente del registro de las organizaciones, por lo que mandó llamar a una abogada con un apellido tan difícil que sólo se pronuncia deletreándolo. Un minuto después de haber salido, la segunda licenciada regresó al cubículo del subdelegado, apenada, y dijo que dicha persona había salido... “¡A buscar chamba!”, agregó en tono de broma mi interlocutor. Se disculpó de este contratiempo y me prometió que la semana siguiente podría entrevistarme con la abogada, que el delegado calificó de “campesina capacitada”. Nuevamente me reiteró que estaba en mi casa y lo que necesitara para mi investigación lo podía pedir sin limitación alguna. Nos despedimos en excelentes términos, claro está.

Por fin llegó mi primera salida a campo. La cita era a las 10 de la mañana, un domingo. Llegué con puntualidad inglesa a las oficinas del RAN, después de circular por las calles de la todavía dormida ciudad de Metepec. Me abrió con desconfianza el joven velador. Le expliqué que tenía cita con un ingeniero. No recordaba su nombre. Pero me acordé del municipio al cual iríamos. Abrió una carpeta y buscó con vehemencia el nombre del ingeniero, pues ese día estaban programadas no menos de cuatro salidas en diversos puntos del estado.

Desafortunadamente no podía ayudar al velador; hizo unas llamadas telefónicas sin éxito. Esperé media hora, hasta que apareció una *pick-up* blanca con el ingeniero a bordo. Por fin. Nos saludamos y le ayudé a cargar las enormes cajas de archivos que contenían los certificados del Programa de Certificación de Derechos Ejidales y Titulación de Solares (Procede), que serían entregados a los más de 600 titulares. Las cajas de cartón fueron colocadas atrás, sin ser arrimadas ni protegidas. Un sol incandescente iluminaba la bóveda azul. Subí a la carcacha y nos fuimos. Antes de tomar la autopista, el ingeniero se orilló para recoger a una colega que también podía ayudarle, pues, según me explicó, el trabajo de entrega de los certificados era laborioso y siempre faltaba gente. Naturalmente, al escuchar esta queja, propuse ayudarles. En la hora y media que duró el camino, igualmente se subieron unos visitantes agrarios —nunca supe cuál era su función—. Durante todo el trayecto, de ida y vuelta, mis acompañantes se mantuvieron con reservas. Eran corteses conmigo y respondían amablemente a mis preguntas, pero sin profundizar ni decirme lo que pensaban. El delegado era quien me había permitido acompañarlos y este poderoso salvoconducto no me amparaba contra el hermetismo de sus subalternos; todo lo contrario. Logré captar algunos inicios de comentarios entre mis acompañantes acerca de la innecesaria presencia del delegado y su falta de experiencia en el manejo de este tipo de reuniones. En el camino, procuré abordar temas neutros como la situación de los campesinos en la

zona, la migración, el reconocimiento del trabajo de las mujeres, etcétera. Buscaba entablar con ellos un mínimo de empatía.

En la entrada de un pueblo de cierta importancia, enfrente de las modestas y cerradas oficinas de la Procuraduría Agraria (PA), encontramos a otros visitantes. Se mostraron amables con nosotros y su buen humor nos contagió fácilmente. Por la naturaleza de su trabajo y obligado contacto con las poblaciones rurales, conocían bien a las comunidades y su situación. De hecho, serían quienes nos guiarían hasta el poblado donde teníamos cita. Mientras los agentes del RAN entregan los certificados del Procede, los funcionarios de la Procuraduría Agraria realizan los trámites relativos a otro programa con los campesinos interesados en dejar, en una especie de testamento agrario, el nombre del heredero de su(s) parcela(s), con el propósito de anticipar posibles conflictos.

Nuestro destino era un pueblo mazahua situado en un pequeño valle encerrado por montañas calvas. No quedaba árbol alguno. El espectáculo de esta triste desnudez me provocó una punzante angustia. Rápidamente supe que la causa de esta atroz deforestación era la actividad de alfarería que ocupaba a todos los habitantes. Al entrar al pueblo para llegar al monumental horno comunal en desuso, y cuyas instalaciones sirven de casa ejidal, observé que en el solar de cada una de las casas estaba un horno. A su lado, cubiertos por una lona, descansaban piñatas de diferentes tamaños. La simple pero ingeniosa forma de amontonar los recipientes volteados en capas sucesivas, me hizo pensar en la manera igualmente astuta de los antiguos comerciantes griegos para acomodar las ánforas en sus navíos. En ambos lados de la calzada, los alfareros más afortunados —en los dos sentidos de la palabra— exhibían sus productos para venderlos. Un simple vistazo permitía darse cuenta de que estas ollas y vasijas eran mucho más elaboradas que las rústicas piñatas de barro que dormían al lado de las casas.

La entrega de los certificados se celebraría en una bodega semiabandonada. No supe si el número elevado de camionetas de carga, estacionadas en ambos lados del camino de terracería, se debía al partido de fútbol que se jugaba o al evento que iba a ini-

ciar. En este almacén el calor era sofocante. Un grupo disperso de hombres nos esperaba. Un par de ancianas mazahuas, con su rostro color tierra arrugado por profundos surcos, nos observaban cuidadosamente a la distancia. Durante todo el evento, hombres y mujeres nunca se mezclaron. Aunque predominaba la presencia varonil, las mujeres, reagrupadas a nuestra izquierda, escucharon con la misma atención la letanía de nombres que el ingeniero Ponciano recitaba en voz alta. Pero antes de iniciar el evento, se tuvo que esperar por mesas y sillas. En esta bodega no había nada, excepto un horno automático de grandes dimensiones que nunca sirvió, porque los pobladores, arraigados en una cómoda producción familiar, nunca se pusieron de acuerdo para llevar a cabo una alfarería colectiva. Además, comprar gas era caro; les resultaba más barato quemar llantas. Este ejemplo, y otros más, desmoronaron en mí el mito de la comunidad ideal, difundido por funcionarios dedicados a promover la empresarialización de lo social y por los académicos autoproclamados “de izquierda”.

El comisario ejidal se hizo cargo de procurarnos el mobiliario indispensable para proceder a la entrega de los certificados. Además de estar interesado en el buen desarrollo del evento, era una persona cortés y servicial. Nos paramos entre las mesas y la pared para resistir mejor a la presión de la multitud. En efecto, el gran número de personas que convergía hacia la bodega se acercaba cada vez más hacia nosotros. Lograron rodearnos peligrosamente, por lo que en varias ocasiones se les pidió retroceder.

El delegado, su esposa y su hijo nos ayudaron a entregar los certificados. Éramos cinco, todos atareados. Había que comprobar la identidad del beneficiario, evaluar los casos en que las personas se presentaban sin credencial de elector o venían en nombre de un familiar suyo, hacer firmar de recibido y remitir el fólder verde a su nombre. Mientras ayudaba a agilizar el proceso (ya que se hicieron dos turnos, porque numerosos pobladores llegaron a cuenta gotas al evento), me enteré de que un ejidatario no podía recibir un título de propiedad emitido en nombre de su hermano o hermana y que un hijo tampoco podía obtener el certificado en nombre y lugar de su padre. Esta restricción administrativa se

debía a que la mayoría de las controversias por la tierra, llevadas al Tribunal Agrario, se da entre padres e hijos, y entre hermanos. En estos casos, se tenía que explicar, una y otra vez, el porqué no se podía entregar el certificado. Las alteraciones del buen funcionamiento de la entrega de los certificados fueron tan frecuentes, que acabaron por ser parte de un proceso: desde los errores al momento de escuchar los nombres de los titulados, las repentinas interrupciones a causa de un ejidatario molesto o de los que llegaron tarde y que nos exigían que se le buscara su certificado, las divagaciones de una señora grande parada en la primera fila que escuchaba a cada rato el nombre de sus hijos, hasta las incomprensibles ausencias del comisario ejidal que entorpecían el proceso de entrega de los documentos. Toda esta serie de disfunciones hacían del evento un sainete cómico. Al final de la segunda vuelta, los ejidatarios, amontonados a poca distancia de nosotros, eran tan numerosos como los certificados no entregados que fueron inhumados nuevamente en los ataúdes de cartón llamados archiveros. Luego había que responder a cada una de las preguntas de las personas que se regresarían con las manos vacías y explicarles que seguramente la próxima vez podrían recibir su certificado, ya que su emisión llevaba un mínimo de tres meses. Al terminar de responder a los quejosos, nos dirigimos a la casa del comisario ejidal. Nos invitó a comer.

Junto con las autoridades del pueblo, éramos una veintena de comensales. Nos dieron pollo con mole y arroz, acompañados con tortillas hechas a mano. De tomar: refrescos y tequila. Logré escuchar alguna que otra conversación interesante. Asimismo, me enteré de los problemas de reducción de personal del sector agrario estatal y del concomitante traslado de los funcionarios afectados a otros estados de la república. Supe también de los difíciles problemas de tenencia de la tierra que el comisario ejidal tenía que resolver, por los que pedía la opinión autorizada del delegado.

Sentado en la extremidad de la mesa, pude admirar la destreza de unas jóvenes que enseñaban al hijo del delegado cómo hacer una piñata; las elaboraban a partir de la soldadura de dos

partes idénticas hechas con un molde de la mitad vertical de la olla. Me acerqué y observé con interés las diferentes fases del procedimiento. En ese momento, también vi tres columnas negras de humo que salían de hornos lejanos. Estos humos tóxicos eran producidos por las llantas que los alfareros emplean como combustible para cocer las piñatas de barro. La contaminación del aire y del suelo era espantosa. Imaginaba las consecuencias de este desastre ecológico en la salud de los habitantes. Mi acompañante me reveló que, al acercarse las posadas navideñas, columnas de humo negro salían prácticamente de cada horno familiar.

Antes de irme quise comprar piñatas para mis hijos (en el marco del trabajo de campo, es siempre bienvenido adquirir algo producido por los autóctonos, ya que, además de ser un reconocimiento a su trabajo, representa un ingreso para ellos).⁴ Una señora se me acercó y pidió a sus hijas buscar en el horno frío piñatas pequeñas, medianas y grandes. Iba a comprar dos y me llevé cinco. La señora me reveló que no tenía la fuerza necesaria para producir piñatas, desde que su hija mayor falleció fulminada por un rayo, meses antes. Con lágrimas en los ojos, me confió que la inexplicable muerte de su hija —no había signos de quemadura en su cuerpo— le llenó de una inconsolable tristeza. Además de soportar esta tragedia, lo que ganaba su esposo no le alcanzaba para alimentar a sus cinco hijos. Estaba desesperada. Lloraba. La escuché sin saber qué decir. No podía prometer ayudarla ni podía darle dinero, porque no tenía en ese momento. Su desesperación se volvió mía. La bocina de la *pick-up* encaminada interrumpió la confesión de esta señora. Tenía que irme. Así que me despedí de ella torpemente sin saber qué decirle y sin saber qué hacer para contener su pena. A bordo de la camioneta, me di

⁴ Como joven estudiante de Antropología, Carlos Castaneda narra que un día tuvo que adquirir máscaras de un humilde artesano yaqui, Lucas Coronado, el cual se había ofendido por su actitud ingenuamente curiosa. Esta necesaria transacción comercial tenía como propósito reparar la ofensa y proporcionar al artesano un ingreso sustancial. Pero como no tenía dinero, pagó las máscaras con su chaqueta de piel. Carlos Castaneda (1999), *El lado activo del infinito*, Barcelona: Ediciones B.

cuenta de que las preocupaciones de los funcionarios eran otras. Su empatía con los pobladores era nula. Nada más se quejaron por toda una serie de razones, al empezar por tener que trabajar un domingo.

Julio de 2002

Un día mi tesista me contactó. Me invitó a su boda. No había hecho nada de su labor académica, pero sí trabajar con esmero para conquistar el corazón de un joven de su pueblo. Desafortunadamente no podía asistir a este gran evento, que sella el destino de la pareja. Dos meses después me llamó por teléfono. No era para invitarnos al bautizo de su hijo ni mucho menos para anunciarme que había terminado su borrador de tesis; nada de eso. Nos invitaba a mi esposa y a mí a la fiesta de su pueblo. Ser invitado a una fiesta en una comunidad indígena es un privilegio, pero lo es más aún cuando el padre de la familia ocupa el cargo de mayordomo —“carguero”, en esta comunidad otomí—. Los gestos de mi exalumna hacia mi familia me conmovieron. El día de la Virgen de la Asunción nos trasladamos a su pueblo. Afortunadamente Imelda vino por nosotros a Acambay, ya que la carretera de unos quince kilómetros hacia su pueblo parecía no haber sido nunca reparada —podemos afirmar, sin riesgo de equivocarnos, que esta carretera tampoco fue una de las obras inauguradas solemnemente por el gobernador—. Un tanque de guerra hubiera tenido problemas para avanzar con los profundos cráteres dibujados en el asfalto. Nos fuimos muy despacio. La fiesta había empezado, pero no había horarios. Primero nos paramos en la casa de sus suegros. Al sentarnos en la modesta sala comedor, nos ofrecieron inmediatamente Coca-Cola y prendieron la televisión. Eran dos marcas de deferencia hacia nosotros. Los padres de su esposo no estaban presentes, por lo que pudimos pasar sin transición del espacio más adornado de la casa al corral y del corral a la huerta. Mis hijos, nacidos y crecidos en la ciudad, regalaron a los borregos, al caballo y a la vaca más avena de la que podían comer: para esos

animales, ese día también resultó ser un día de fiesta. Nuestros jóvenes anfitriones fueron a cortar tunas para regalárnoslas. Este gesto y otros más nos convencieron de la gentileza de la gente del campo, cuando el hielo se rompe y nace la confianza. Después de saludar a los animales y acariciar a la mitad de los pollitos, fuimos a la iglesia.

Al acercarse al edificio sagrado, una actividad inusual de gente y de coches nos señalaba la celebración de la fiesta del pueblo. Habían recostado sobre los viejos muros del atrio, lo más ruidoso y aterrador de nuestra civilización: puestos de comida en donde se desconocía lo que significaba la palabra higiene; comerciantes de discos “piratas” que probaban la calidad de sus copias y saturaban el aire de sonidos distorsionados; dos vendedores que, con una botella de *brandy* barato y refrescos, preparaban cocteles en el lugar donde antes los mayores vendían pulque; muestrarios de juguetes de plástico *Made in China* y juegos de feria. La atracción más concurrida era un tren de colores explosivos que transportaba salvajemente el cuerpo endeble de los niños, bajo la mirada extasiada de los grandes. Esta parafernalia ruidosa y colorida formaba parte de la fiesta. Era su rostro mercantil.

Al margen de este ruido ensordecedor, los danzantes y las pastoras bailaban cada uno por su lado. Las señoras lucían como hadas con sus vestidos blancos. El bastón con ornamento que todas tenían acentuaba su edad. Un observador despistado hubiera dicho que se trataba de un desfile de centenarias. Dentro de los danzantes, había unos niños disfrazados como adultos. Tenían en sus manos colocadas arriba de su cabeza plumas de muchos colores. Hacían complejas circunvoluciones entre ellos, golpeaban rítmicamente con sus pies las piedras del atrio. Los sargentos impresionaron a mis hijos: opuestos en dos bandos, estos hombres simulaban una batalla famosa —no logré saber cuál— con sus machetes al chocarlos repetidamente en un orden alegre y un poco confuso. Si fuera solamente por el sonido metálico, pensaríamos estar en la casa de un herrero. Ambos bandos tenían un heraldo que enarbolaba un emblema idéntico: la bandera de México. Eran mexicanos contra mexicanos.

En un momento dado, una gran procesión salió de la iglesia. Estaba impactado por la cantidad de fervientes que este modesto templo podía abrigar. Había altares con la Virgen María, otros con Cristo y algunos santos cargados en la espalda para pasearlos alrededor del pueblo.

—¿Por qué hay imágenes grandes transportadas en una litera y otras más chiquitas cargadas con las manos? —pregunté a la madre de mi estudiante.

—Las más grandes son las que más valor espiritual tienen —me contestó sin titubeo alguno esta señora sencilla y abierta.

Me explicó que cada barrio tenía su santo y la estatua de la Virgen María era la más bonita de la región, al grado de que sus guardianes la “prestaban” a otros pueblos marianos para que hicieran sus propias procesiones.

En el terraplén frente a la iglesia, encontré al licenciado Gaudencio. Un sombrero blanco y una camisa roja bermeja le daban el aire solemne de los dignatarios. Rodeado por su esposa, hijas y yernos, era el patriarca en la cúspide de su poder. Me saludó con importancia. Entre los truenos de los cohetes y la repicada de las campanas, me comentó que quería conversar conmigo, que tenía más información para proporcionarme, etcétera. Pero al intentar precisar una fecha, inmediatamente me di cuenta de que no sería posible. De hecho, se retiraba. Nos despedimos en buenos términos, sin acordar nada.

Después fuimos a la casa del mayordomo. Cuando llegamos, media docena de familiares comían y aparentemente otros llegarían para probar el picoso mole de pollo. “Pueden ir a la casa, nos dijo la madre de Imelda, hay de comer”. Efectivamente, había de comer para un ejército. Las ollas gigantescas que descansaban en el suelo eran celadas por una enorme y poco locuaz señora otomí. A veces las diferencias entre las culturas y el medio socioeconómico son tan grandes, que las conversaciones resultan ser difíciles. Las incomprendiones devuelven las interrogantes y las respuestas no hacen más que suscitar otras preguntas. Fue el caso ese día. La

voz del locutor del noticiero que daba los resultados deportivos era tan alta, que parecía estar presente en la casa. Suplía oportunamente una comunicación imposible entre la corpulenta señora y yo. La puerta de la casa se había quedado abierta. Perros y gallinas paseaban en el patio de fuera para la felicidad de los niños. El sol descansaba en lo alto del cielo, inundaba al pueblo y a sus festivos habitantes de una luz alegre y complaciente.

Agosto de 2002

La primera vez que escuché a don Luis fue en un seminario. Presentó los resultados de sus investigaciones o, mejor dicho, las razones por las que no podía presentar algún resultado. Con una candidez no desprovista de ingenuidad, se quejó de no haber llevado a cabo sus trabajos sobre el mejoramiento genético de variedades nativas de maíz. Su letanía era larga, pero no sin picante. Asimismo, nos enteramos de que los campesinos de una comunidad indígena lo pusieron a prueba públicamente, al enseñarle variedades híbridas de maíz y le pidieron que las identificara, para que después le dijeran que no estaban interesados en mejorar el rendimiento de su producción de maíz, porque su precio había caído en el mercado y, además, todos recibían una subvención anual del Estado, en función del número de hectáreas sembradas. Querían aprender a cultivar flores de ornamento para la exportación. Nada que ver entonces con el maíz. Dio por terminado su labor de convencimiento y se puso de acuerdo con ellos para pedir en renta una parcela de media hectárea. Ahí realizaría experimentos *in situ* de trascendental importancia. Así es que sin estudiantes agrónomos de apoyo (pues no les gusta ensuciarse), don Luis emprendió solo esta nueva aventura científica. Puso todas sus esperanzas en este experimento de campo, con el fin de descubrir lo que nadie antes había encontrado. Era una etapa crucial en su larga carrera. Soñaba secretamente con ganarse la medalla del mérito universitario y jubilarse con todos los honores, pero eso no nos lo dijo en su conferencia.

Un día fue a la parcela y ¡oh, sorpresa! Vio incrédulo plantas de maíz aplastadas, así como zonas circulares devastadas. Después de pensar en un primer momento en agroglifos extraterrestres, como los que aparecieron en países anglosajones, se enteró de que perros hambrientos devoraron su maíz mejorado y el dueño de la parcela, más preocupado por la alimentación de su hato que por el progreso de la ciencia, amarró sus vacas a un piquete en medio del maizal. El infortunado agrónomo perdió la oportunidad de hacer mediciones. Simplemente contribuyó a mejorar la dieta de vacas glotonas y perros errantes. Tenía que empezar todo de nuevo.

En el siguiente ciclo agrícola, mi colega rentó otra parcela y contó con una cooperación más eficaz de su dueño. Esta vez fueron dos heladas sucesivas las que arruinaron su campo de maíz experimental. Entonces don Luis decidió cambiar de región, con el fin de encontrar condiciones más propicias para llevar a cabo sus trabajos científicos. Apoyado por un antropólogo, rentó una pequeña parcela en una comunidad tranquila. Tuvo un cuidado excepcional y siguió una metodología, descrita por ellos como compleja, al sembrar diferentes variedades de maíz. Don Luis iba regularmente a checar el crecimiento de su maizal y deshierbar a mano. Pero una mañana los dos científicos llegaron alarmados al laboratorio: tenían una falla mecánica con la camioneta del Centro de Investigación justo cuando se disponían a ir, con toda prisa, a su campo experimental. Les informaron que un hombre en crisis de demencia atacó a las indefensas mazorcas. Durante toda la noche, armado con un machete, este hombre desquiciado destruyó el plantío, mientras vociferaba insanidades. Al alba, los vecinos alertaron a don Luis, pero era demasiado tarde. De nuevo, todo se echó a perder.

Perseverante como puede serlo un investigador deseoso de publicar sus resultados, y terco, como puede serlo un ingeniero agrónomo preocupado por la creciente inutilidad de su profesión, don Luis se dedicó en cuerpo y alma a un nuevo proyecto: transformar los granos de maíz originario de Mesoamérica (temozintle) en palomitas. Aparentemente con menos riesgos

que trabajar en un campo experimental al aire libre, empezó por bombardear las mazorcas en el horno de microondas sobrecalentado de la cocina del Centro. Durante largas horas, del pequeño aparato electrodoméstico se escapaban espantosos olores que se difuminaban por el pasillo y por todos los cubículos. Era un martirio para nuestras papilas olfativas; pero feliz compensación para quienes lograban quedarse en su respectiva oficina, pues a la hora de la comida se nos regalaban, en exclusividad, palomitas prehistóricas parcialmente carbonizadas.

Una mañana, después de impartir una clase, encontré a mis dos colegas exaltados: recién encontraron, y por casualidad, una variedad criolla entre el maíz, según ellos no inventariada. El antropólogo-geógrafo-historiador tenía en las manos el libro de *Historia general de las cosas de Nueva España*, abierto en la página en la cual Fray Bernardino de Sahagún mencionaba las cualidades palomeras del temozintle. Su colega tenía en las manos cuatro mazorcas de este pequeño maíz, así como cierta cantidad de pequeños granos negros del maíz prehispánico. Eufóricos, nos invitaron a asistir al experimento científico que realizarían con estas nuevas muestras. Era la primera vez que éramos invitados a asistir a un experimento científico *in vivo*. No se trataba de crear una variedad de maíz transgénico *Made in Mexico*, sino, más llanamente, determinar el coeficiente palomero de estas mazorcas. Se instalaron frente al horno de microondas, empezaron a desgranar la primera mazorca y a depositar los granos sobre el plato al interior del electrodoméstico, el mismo que sirve para calentar el café y los tamales en la mañana. Con los ojos clavados en la ventana del aparato, programado al máximo de su potencia, observaron el plato que daba vueltas durante dos minutos.

Algunos granos explotaron seguidos por las exclamaciones entusiastas de mis dos colegas. “¡Increíble! ¡Sensacional! ¡Extraordinario!”. Acababan de comprobar que los antiguos habitantes del Estado de México inventaron las palomitas 500 años antes que Cinemex, Cinépolis y Act II. Vestidos con su bata blanca, mis dos colegas repitieron metódicamente la operación con las demás

mazorcas, con un cuidado que no era motivado solamente por su apetito. “¡Veinte por ciento palomero!”, “¡ochenta por ciento palomero!”, “¡sesenta por ciento palomero!”, era gritado sucesivamente según la especie de semilla a prueba. Estos resultados eran registrados en los sobres blancos, donde minuciosamente se recogían las palomitas y los granos carbonizados. El experimento era un verdadero triunfo. Todo el mundo estaba enterado del éxito de esta producción casera de palomitas. En el transcurso de los meses siguientes no decreció el entusiasmo de mis dos colegas, al contrario. En consecuencia, el apetito del personal académico aumentó.

No obstante, una noche un tlacuache hambriento —como lo son todos los de su especie— se invitó al laboratorio (atraído ciertamente por el olor que hasta cierto punto recordaba las salas de cine del sábado en la noche) y devoró una parte de los granos de maíz cuidadosamente seleccionados y clasificados. El descubrimiento de este hurto fue un duro golpe para los dos investigadores. Desilusionado, pero no vencido, don Luis se resignó en escribir un artículo científico para una revista internacional de “alto impacto”, en el cual explicaba por qué no logró concluir ninguno de sus experimentos. Un colega anglófono fue solicitado para traducir el texto. A pesar de sus conocimientos del idioma de Shakespeare, había una palabra que no lograba traducir: tlacuache.

Septiembre de 2002

Llegué a las oficinas de la Procuraduría Agraria un poco antes de la hora a la cual me citó el subdelegado de asuntos jurídicos. Ese día los funcionarios de esta dependencia reanudaban sus actividades, después de haber celebrado el Día de la Independencia. El lugar estaba concurrido: un número importante de campesinos con sombrero esperaban afuera y adentro del pequeño inmueble de tres pisos. “Todos los servicios son gratuitos”, podía leerse en un letrero desproporcionado, colgado en el dintel de la puerta de entrada. Esta advertencia no era un efecto colateral por las me-

tas que deben cumplir anualmente los servidores públicos de esta administración del Sector Agrario, sino que peroraba que este lugar estaba libre de corrupción. Me formé. La fila avanzaba lentamente frente al escritorio del agente de seguridad privada. Al observarlo me di cuenta de que su trabajo rebasaba con creces el sencillo oficio de portero uniformado: contestaba el teléfono y eventualmente dejaba algún recado a uno u otro funcionario; escribía en el libro de entradas todos los datos del visitante, con particular énfasis en su municipio de procedencia. También recogía y devolvía las credenciales, entregaba fichas numeradas y las recogía.

Este simpático hombre orquesta inventó una técnica original y eficaz para agilizar los trámites: en la pared ajada pegó un cuadro de *masquintape*, sobre el cual colgaban las credenciales de los visitantes. Su cuadro se asemejaba a una trampa para moscas. Me acerqué al mostrador. El vigilante anotó “DF” en la rúbrica municipio y me dejó subir hasta el segundo piso. Busqué al subdelegado. No estaba ni él ni su secretaria; tomé asiento en la antesala de audiencias a un lado de tres señoras, que en común tenían una alegría contagiosa y un notorio sobrepeso. Este lugar era a la vez una sala de espera, la oficina de dos secretarias y un virtual almacén de archiveros polvosos, una computadora desconectada e insumos de oficinas esparcidos. Una luz neón se esmeraba en alumbrar las paredes de esta sala originalmente de color salmón.

Al poco rato una secretaria me llamó y explicó que el subdelegado estaba en línea, que se disculpaba por no poder atenderme y que la coordinadora de capacitación me recibiría. Saludé a la subalterna, quien me invitó a sentarme después de remover la pila de documentos engargolados que dormían en un sofá destartado. Le di los dos ejemplares de mi carta de recomendación. Tomó conocimiento de su contenido y me devolvió un ejemplar firmado y sellado. El rito de presentación terminó y enseguida me preguntó si le proporcionaría un cuestionario (la encuesta es la forma más práctica y expedita, mediante la cual un burócrata puede simular responder). Le contesté que no. La exvisitadora agra-

ria y encargada de capacitación, en el momento de la entrevista, me hizo comentarios generales sobre la situación de las organizaciones rurales que asesoró. Me reveló que un censo fue realizado dos años antes. Frente a mi interés, fingió buscar en enormes carpetas algo relacionado con el censo. Encontró involuntariamente los expedientes e incluso la síntesis de los resultados obtenidos en el Estado de México, pero me lanzó: “ciertamente no le va a interesar, porque son notas internas relativas a la actualización de los expedientes de las sociedades rurales”. Cerró el enorme fólder de color olivo. Insistí cortésmente para saber más acerca de este censo. Pero llamó por teléfono a la responsable de informática; según ella, “la única persona que puede tener información al respecto”. Para mi desgracia, la computadora de la responsable de informática estaba contaminada por un virus (*sic*) y la funcionaria esperaba un técnico para repararla. Aunque tenía años de experiencia, según me comentó la coordinadora, la encargada del sistema informático me reveló no tener ni el más mínimo recuerdo de dicho censo... Pensé en un instante que sufría de amnesia precoz o quizás Alzheimer.

Frente a esta inquietante serie de averías y amnesias, pregunté a mi interlocutora en dónde podía conseguir los resultados del Censo Nacional. Apurada para despedirme, le hice una última petición el poder conversar con un visitador agrario de la residencia en la cual nos encontrábamos. El asunto era aparentemente delicado. Se levantó y se entretuvo al respecto con el subdelegado; realmente interesado en apoyarme, le dijo que debía mandar llamar a un tal ingeniero en ese momento. Era una orden y la coordinadora la ejecutó de mala gana. Después de un rato, subió por fin el ingeniero Anastasio, uniformado de mezclilla. La coordinadora le dejó su asiento y se fue. Amable, como puede serlo un subalterno que responde a la petición del jefe de su jefe, el ingeniero me compartió sus tres últimas experiencias de asesoría que dio a grupos de productores. Una vez registrado, el primer grupo de productores de calzado no pudo operar por razones políticas. El segundo proyecto de creación era una Unión de Ejidos, que abortó a causa de un notario público corrupto. En cuanto al tercer

proyecto de asesoría de seis mujeres para que se constituyeran en Sociedad de Producción Rural (el número mínimo de integrantes es oficialmente de doce), no recibía aún el financiamiento prometido, pero el ingeniero me confió que fue debido a la completa apertura de las fronteras a los productos cárnicos de Estados Unidos; el proyecto de crianza de lechones fracasaría antes de iniciar. El balance era sombrío, pero la información que me proporcionó muy útil.

La coordinadora regresó y, después de unos malabarismos lingüísticos como los hacen los cuadros de la administración pública, dio por terminada la entrevista. Claro, se abstuvo de invitarme a regresar. Me dio su tarjeta de presentación, pero no pudo darme su número de extensión telefónica: acababa de mudarse de oficina y pretendía no saberlo. En todo caso, cumplió con su deber y no podía hacer más. Nos despedimos cortésmente, le agradecí su amable atención (*sic*) y su tiempo, y ella me aseguró que estaba “muy a mis órdenes”.

Unos días más tarde realicé una serie de llamadas telefónicas para saludar a los funcionarios que conocía e indagar los nombres de las personas con quienes podía entrevistarme. Mi anterior trabajo de campo en Guerrero y Tlaxcala me permitió constatar que la rotación de los responsables de las administraciones públicas del sector agrario es un fenómeno muy común. Si un delegado o secretario se lanza como candidato a un puesto de elección popular, subdelegados son sustituidos por mercenarios de cuello blanco para servir los intereses de un candidato a gobernador o a la presidencia de la república. También puede haber reestructuraciones internas con motivos partidistas, despidos disfrazados detrás de renunciaciones masivas, mutaciones aleatorias en otros estados y cambios de sexenio. Independientemente de las causas reales e imaginarias de la remoción de los altos funcionarios, el investigador social está obligado a indagar los nombres de sus posibles interlocutores, al llamar a las distintas dependencias y preguntar a las secretarías el nombre de su jefe.

Llamar por teléfono es indispensable para tomar una cita o confirmarla. Concertar una cita es un paso obligado para quienes

anhelan encontrar a los burócratas en su lugar de trabajo. En efecto, las visitas sorpresa fracasan a menudo. A quienes buscamos no están, están muy ocupados o no nos pueden recibir (es necesario descubrir para cada funcionario su agenda personal; por ejemplo, los lunes y viernes no desean hacer horas extras; calcan su empleo del tiempo sobre el del gobernador; descansan los días festivos y celebran todas las festividades del calendario; tienen más trabajo al final del año que al principio, etcétera). Para no regresar al cubículo con las manos vacías uno se tiene que arriesgar a pedir información a los subalternos del funcionario de nivel alto o medio. No obstante, es común que los servidores públicos, situados abajo del escalafón, rechacen tomar la más mínima iniciativa que pueda poner en peligro la seguridad del país, pues consideran la información a la cual tienen acceso como clasificada. Imaginan producir documentos de la más alta confidencialidad.

Asimismo, el investigador social en búsqueda de resultados tangibles se acercará naturalmente a la persona más susceptible de darle la información, generalmente un empleado del sexo contrario. Un rostro abierto, simpáticos ademanes, una mirada franca y un discreto intercambio de sonrisas, son detalles que hacen la diferencia. El investigador social sabrá reconocerlos. En este contexto, se da inicio a una primera conversación durante la cual la empatía, hija de los intereses compartidos y hermana menor de la amistad, será esencial. No se trata de “utilizar” a las secretarías para sacarles pequeños o grandes favores (tal como lo fomentó Markus Wolf, el director de la *Stasi*, órgano de inteligencia de la ex República Democrática de Alemania), sino más bien de entablar buenas relaciones con el personal de las administraciones visitadas, ya que este aprecio es susceptible de desembocar en un acceso más amplio a la información tan celosamente guardada en las computadoras y en los archiveros. En suma, el discreto encanto y amabilidad del investigador son susceptibles de convertirse, en su trabajo de campo, en una muy útil herramienta de indagación.

Encontré en la base de datos de la Universidad Iberoamericana (Ibero) referencias de obras que no había visto en otras bibliotecas. Dicha institución de educación superior se enorgullece de poseer valiosos fondos reservados. Aproveché un día, en el cual no tenía ni clase ni una de esas soporíficas reuniones en la cuales se acordaba cómo cumpliríamos las promesas del señor gobernador, para llegar temprano a la biblioteca de ladrillos rojos. Allí descubrí todas las facilidades que se brindan a los usuarios para leer cómodamente libros antiguos: la luz es suficiente —no como en la biblioteca de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), donde las luces se prenden al final del día para mostrar a los últimos usuarios el camino para marcharse— y la temperatura también es ideal, a diferencia del fondo reservado de la Biblioteca Nacional de la UNAM, donde el lector siente sus pies y manos entumecerse por el frío.

El personal de la Ibero está presente y disponible, respeta los horarios de apertura y cierre; no se tiene que llenar un voluminoso formato ni entregar nuestra fe de bautismo para solicitar el material. En suma, la universidad jesuita de Santa Fe presentaba aparentemente todo lo que uno busca para leer con tranquilidad obras que a nadie le interesan. En ese lugar, escribir con pluma está prohibido: se hace con lápiz o directamente en la computadora. Uno no se mueve, sino que ejecuta una compleja coreografía con su cuerpo para no hacer ruido con la silla o instrumentos de trabajo. El investigador aprende a vigilar cada uno de sus gestos para que los demás usuarios no sospechen hasta de su presencia. En ese lugar, la discreción de los lectores no es suficiente: uno aprende a volverse invisible. Asimismo, no se habla, se susurra o mejor se escribe en papel lo que uno quiere. No se estornuda, se bosteza. En cuanto a hablar por teléfono, no tienen que prohibirlo, porque es totalmente imposible: no llega la señal. El fondo reservado no es territorio Telcel ni de ninguna otra compañía telefónica. Es el lugar predilecto de los amantes del silencio y del polvo, de los apasionados por la búsqueda de lo inútil. A mayor silencio y menos movimiento, más consideraciones se obtiene.

Según la manera como nos salude el personal del fondo reservado, sabemos el estatus que nos dan.

Fui a ese lugar de los libros raros de manera intermitente. Con frecuencia me encontraba a un débil mental que disfrutaba, como nadie, mirar las páginas amarillentas de los grandes periódicos de la época del porfiriato. Se extasiaba literalmente por cada ilustración que veía. Nunca lo vi tomar un solo apunte: sólo volteaba las páginas. Seguramente era su pasatiempo favorito, como otros afician dormirse frente a la televisión, tejer chambritas para vestir a niños Dios o jugar enajenados en su teléfono. Los pequeños sonidos de éxtasis que se escapaban a cada rato de la boca de ese loco, orillaron a los responsables a asignarle un cubículo para él solo. Aún en esa institución jesuita que presume de ser tolerante, sus expresiones de gozo estaban fuera de lugar. Se reía de lo que veía. Tenía entre sus manos un mundo anacrónico y ridículo. En ese cubículo convertido en celda de manicomio, el loco se extasiaba, página tras página, número tras número. No se cansaba. Estaba parado frente a los ejemplares y dominaba con su sonrisa inocente el sentido de la Historia. A mi juicio, era el único que entendía la quimera de los honores pasados. Hasta que un día desapareció. Tal vez terminó de admirar todos los periódicos publicados durante el porfiriato. Tal vez se dio cuenta de que en la Ibero lo aceptaban solamente encerrado en una celda de vidrio. No lo sé. Pero con su desaparición se fue el lector más entregado que me tocó conocer.

De manera paulatina descubrí que arriba de la pirámide de los lectores, incluso arriba de los lectores eméritos que entran en el fondo reservado como en su casa y solicitan material sin llenar fichas, en la cúspide, están los sacerdotes. Los jesuitas son venerados en el fondo reservado de la Ibero como la Virgen de Guadalupe en la Basílica. Cuando entra uno de ellos, todo se para. Las reglas de silencio y discreción se desvanecen. Todos se acercan para saludarlo, hacen caso omiso de que todavía en la sala de lectura hay unos lectores que trabajan. Parece que la sola presencia de un jesuita hace de ese recinto del saber, el templo de las palabras. En esas ocasiones, los usuarios a pie, como yo, estamos obligados a

convertirnos en oyentes del ritual comunicativo. Todos los empleados, sin excepción, se ponen a su total disposición. Parados alrededor del religioso, están al acecho de un esbozo de solicitud. Intentan adivinar el motivo secreto de su presencia, con tal de satisfacerlo de inmediato. Quizás viene a buscar un dato, un folio todavía no registrado. No importa. Las fichas de préstamo le son totalmente desconocidas: esas son para los mortales. Las conversaciones de los padres con el personal duran un tiempo variable, que depende exclusivamente de la buena voluntad del ilustre visitante. Una vez el rector hizo irrupción en el fondo reservado. Ese día parecía que se iba a consagrar una nueva catedral. Entró acompañado de su séquito de pajes y admiradores. El personal lo saludó como si hubieran saludado al mismísimo papa. Todos se aglutinaron a su alrededor para beber cada una de sus palabras. No vi si alguna trabajadora se sacó una *selfie* con la máxima autoridad de esta universidad. Pero eso sí, el rector hablaba con el aplomo característico de los poderosos. Ese día mi nivel de concentración se redujo a cero.

Hoy llegué a la biblioteca de la Ibero con la intención de trabajar todo el día. Desafortunadamente es el final del semestre y la biblioteca es un ruidoso hormiguero. Para muchos estudiantes platicar es sinónimo de trabajar. Incluso leer se hace en voz alta. Estoy sumido en el universo de la oralidad. Como los alumnos tienen muchas cosas que decirse y ensayan nuevas poses para sus *selfies* con los tabiques rojos en segundo plano, los horarios se extendieron desde las 7 de la mañana hasta después de las 9 de la noche. Aparentemente, en esa universidad privada no se les piden trabajos individuales, generalmente se congregan para debatir y rehacer el mundo desde las Lomas de Santa Fe. El recinto está lleno de estudiantes que disfrutan dibujar pictogramas en los pizarrones disponibles y gesticulan como si hubiesen sido electrocutados. La alegría del final de semestre es contagiosa: ni las paredes de vidrio ni el personal de la biblioteca pueden detener los chistes y las carcajadas. No se ven rostros angustiados ni tampoco estudiantes que se comen las uñas: están contentos porque saben que van a aprobar. No tienen otra preocupación que la de

encontrar a los de su grupo en la gran masa de usuarios. Para eso, el uso del celular es generalizado. Se comunican como si pidieran una pizza en la cocina de su casa. Hay destellos sonoros en todos los rincones de la biblioteca: en el *hall*, en los pasillos, en el patio central, en los cubículos, en la cafetería, así como en los pisos 3 y 4 de la biblioteca que sirven de dormitorios VIP para curar la resaca de los aficionados a los antros. La biblioteca es el lugar de reunión obligado, porque da un barniz de seriedad a las conversaciones más triviales. Los estantes repletos de libros amortiguan difícilmente un sinfín de conversaciones en voz alta. La ZS (zona de silencio) de la biblioteca se convierte en la zona de sociabilidad y en la de *selfies*. En medio de este ruidoso conversatorio, acumulo lecturas y apuntes para mi proyecto de investigación.

Noviembre de 2002

Logré sacar una cita con un alto funcionario de la Procuraduría Agraria. Conversé con él por teléfono tres días antes, pero se mostró excesivamente receloso para proporcionarme los resultados del indicador sobre la creación de figuras asociativas. Tenía que entrevistarme personalmente con él. Me dejó entender que solamente a raíz de esta entrevista decidiría darme o no los datos que solicitaba. En mi trato con él, yo era cortés; él se mostraba prepotente y altanero. Tenía que conversar con este personaje tan importante, ya que en este momento de la investigación me importaba consultar los datos de estos censos “confidenciales”, a pesar de que sospechaba que me entregaría datos maquillados, porque la delegación estatal, al igual que las demás dependencias, buscaba por todos los medios alcanzar las metas establecidas y superarlas.⁵

⁵ En su libro *El Barzón, clase media, ciudadanía y democracia*, Hubert Carton de Grammont agradece a dos tesis que trabajaron con él, “la parte de las estadísticas sobre la evolución de la cartera vencida, trabajo sumamente difícil por la política de la Comisión Nacional de Bancos y Valores y de los bancos de no dar información o de maquillar los datos”.

Llegué puntualmente a las oficinas de la PA del centro de la Ciudad de México. Subí en el elevador junto a una secretaria amable hasta la obsequiosidad y un licenciado muy propio. A la voz aflautada del licenciado respondían las gentiles palabras de la secretaria. Me daba la impresión de ser el tercio en un impúdico romance. Afortunadamente, llegamos rápidamente al cuarto piso. No había nadie. La luz estaba prendida, pero no podía ver ni a un funcionario ni a una secretaria detrás del escritorio para indicarme dónde estaba la oficina del ingeniero Narciso. Sin saber qué hacer, resolví preguntar a un licenciado que abría su oficina.

—Perdón, ¿ingeniero Narciso?

—¿Bruno?

—Sí, buenos días.

—Buenos días.

El funcionario que tomé por un licenciado cualquiera era en realidad el todopoderoso ingeniero con quien tenía cita. Me hizo sentar en una de las dos cómodas sillas para visitantes. Los rasgos adustos de su rostro traicionaban una persona acostumbrada a mandar y no ser contradicha. Su cabello pimienta y sal, peinado con cuidado de lado, su traje impecable y los botones dorados de su camiseta mostraban a un hombre de negocios que ocupaba un puesto como alto funcionario en la administración pública. Le di la carta de recomendación. Empezó a leerla y se detuvo, ofendido:

—¿Qué? ¿Este... Eh... Este Octavio requiere que le dé la información?...

Me quedé asombrado. Octavio era mi jefe, quien firmó el oficio. No entendía dónde estaba el problema: la carta de recomendación coleccionaba las fórmulas de cortesía, las expresiones halagüeñas y no había nada que significara una falta de respeto por parte de mi jefe hacia él.

—¿Requiere de mí? —repitió el ingeniero Narciso muy molesto.

Dejó caer la carta sobre su escritorio, me miró a los ojos, mientras escuchaba mis apenadas disculpas y leyó de nuevo la carta.

—Podemos llamarle ahorita por teléfono para aclarar esta situación... —me arriesgué a proponerle, aunque sabía que a esa hora temprana de la mañana mi jefe daba clases y no estaría disponible.

Esta primera tormenta no anunciaba nada bueno. El ingeniero Narciso era de un carácter irascible, que la alta imagen que tenía de sí contribuía en exacerbar aún más. Me encontraba en manos de un déspota de cuello blanco que querría empezar la conversación con una irrefutable ventaja y más tarde le permitiría obligarme a aceptar solamente una parte de la información solicitada.

A pesar de mi disgusto empecé a hablarle con soltura de mi trabajo, a explicarle sencillamente en qué consistía, precisarle los fines de mi investigación y repetirle por “n” veces el porqué me interesaba consultar los resultados del indicador sobre los trámites de registro de sociedades agrarias. En el transcurso de la conversación, varias veces intentó hacerme caer en trampas preguntándome cosas que él sabía. Buscaba crear oportunidades para mostrarme la amplitud de sus conocimientos en materia de legislación agraria. Antes había trabajado en Estados Unidos. Era un ingeniero advenedizo, convertido en heraldo de la empresarialización de lo social en el medio rural. Me quería impresionar. Esta conversación se convirtió en una partida de póker. Acepté jugar el papel de neófito. En varias ocasiones me mintió, adrede o por ignorancia.

—En la Procuraduría Agraria manejamos 32 indicadores [curiosamente era el número de entidades federativas del país] y en esta dirección damos seguimiento a siete indicadores.

El ingeniero Narciso era un director importante; nadie se lo podía negar. ¡Tenía el control de siete indicadores! Después de haberme hecho desatinados comentarios sobre mi proyecto de investigación e interrumpirme media docena de veces por aten-

der las llamadas de sus dos teléfonos, me dijo: “Bueno, entonces te interesan los datos del Estado de México” e hizo caso omiso de los resultados que me interesaban del indicador en el ámbito nacional. A mi respuesta afirmativa —no tenía otra opción y él lo sabía— pidió a uno de sus subordinados imprimir la información. Cuando me dio los resultados entendí que se burlaba de mí: era un minúsculo cuadro de dos columnas, de dos años consecutivos, al final de cual, en la línea del total, escrito respectivamente: 14 y 20. No obstante, le agradecí por proporcionarme “tan valiosa y preciada información” y prometí nuevamente no hacer un uso doloso de ella (*sic*). En el tono serio de la confianza, agregó:

—Esta información es para uso interno. No acostumbramos dar este tipo de información a empresas particulares.

En tono de broma, le juré que no me volvería rico con dicha información. Nos despedimos, no sin antes intercambiar nuestros datos: nunca se sabe.

Diciembre de 2002

Seguí con mi proceso de revisión exhaustiva de las fuentes biblió y hemerográficas, como lo quiere la tradición universitaria en Ciencias Sociales. El solo nombre de esta biblioteca anuncia un lugar prestigioso que abriga un saber culto acumulado desde hace casi un siglo: la biblioteca de El Colegio Nacional. Algunos miembros del Colegio son los que aparecen en la revista *Letras Libres* y en los programas culturales de TV Azteca. En el portal Internet descubrí esta hermosa biblioteca, situada en un antiguo convento del centro histórico de la Ciudad de México. Al llegar me di cuenta de que el libro de visitas mostraba que los lectores eran muy escasos. Estaba solo.

—¿Qué buscas? —me preguntó una mujer arrogante, sin más fórmulas de cortesía, como para indicarme que al entrar en este recinto me arriesgaba al estar en sus dominios privados.

—Obras sobre el campesinado en la primera mitad del siglo xx —le contesté como pretexto a mi visita.

Para sentarme necesitaba abrir un libro. Mi peregrinación en bibliotecas de México me enseñó que es mal visto llegar a una biblioteca y hacer caso omiso del acervo que el personal tiene a bien cuidar.

—Aquí nada más están las publicaciones de los miembros del Colegio —me advirtió con extrema frialdad.

Sin conocer con exactitud el número de estos intelectuales que deciden la suerte de las ciencias en México, supuse que su número no superaba dos dígitos. Sin desanimarme ante esta pobre perspectiva, le pedí su autorización para consultar la base de datos. Me contestó ferozmente que la única computadora (del periodo Jurásico) no funcionaba.

—Nada más yo tengo acceso a las publicaciones —me aseguró esta mujer despeinada como un espantapájaros en el ocaso de su ciclo de vida.

Brujilda —es el sobrenombre que secretamente di a este personaje femenino— se sentó en su escritorio y tecleó algo en su computadora. Después de unos minutos de supuesta búsqueda, me dijo:

—Hum... déjame pensar. Historiadores están: Enrique Krauze, León-Portilla, Cosío Villegas... Cosío Villegas sí escribió sobre el porfiriato.

Su memoria no podía competir con un microprocesador de 8 núcleos. Al ser el fundador de El Colegio Nacional, le era difícil

olvidar su nombre, un autor de una serie de 12 tomos sobre el tema, era difícil que su mirada no cayera sobre uno de esos voluminosos libros que adornaban la parte alta de la biblioteca. Se subió en una escalera y empezó a bajar volumen por volumen. Curiosamente, estos libros no tenían un índice general; más extraño todavía, estaban todos sellados con una película de plástico y un precio atrás. Empecé a dudar si me encontraba en una biblioteca o una librería disfrazada de biblioteca. Todo parecía ser un decoro para grabar un documental del Canal 22. De hecho, al buscar la librería en la sede de El Colegio Nacional sólo encontré una serie de letreros que llevaban a ningún lugar. Lo mismo me iba a suceder al buscar la cafetería...

Elegí la mesa con la única lámpara que funcionaba y me senté. Nada más había dos mesas de trabajo disponibles; “la parte superior de la biblioteca está cerrada al público”, me advirtió esta burócrata de modales adustos. Desafortunadamente, estaba cerca del mostrador, por lo que escuchaba su voz estruendosa llamar a sus subordinados. Era la jefa y actuaba como tirano que lanza imprecaciones, grita por doquier, exige a unos y se queja de otros, vigila los horarios de comida de los empleados y despide a los dos únicos visitantes que se presentaron después de mí con fórmulas vagas. Así que llegué desprevenido a la biblioteca de El Colegio Nacional: no traía un casco antirruído como el que traen puesto los trabajadores en las pistas de aterrizaje de los aeropuertos. No pude soportar mucho tiempo escuchar sus maldiciones y salí a ver la seudoferia de libros: algunas decenas de títulos amontonados en dos mesas plegables, terminó por convencerme de que la ciencia estaba lejos, muy lejos de ahí. Me fui sin conseguir ninguna información útil sobre la organización histórica de los campesinos. Lo mejor, pensé, es volver al trabajo de campo.

Por primera vez desde mi contratación participé en una fiesta de pueblo. Laura, la secretaria del Centro de Investigación, me invitó, junto con un colega, a la fiesta de los 25 años de casados de sus

padres, que correspondía al cincuentavo aniversario de su padre, velador del plantel de la Universidad. Sabía lo importante que era una fiesta de esta índole para quien la organizaba y también sabía que ser invitado era un honor. Acepté. Después de dos horas de camino llegué a un cruce, punto de referencia que me indicó Laura en un mapa dibujado en la computadora, que acompañaba el churrigueresco sobre de invitación. Allí, en medio de la nada, estaban estacionados dos taxis. El único chofer presente dormía el sueño de los justos. No tuve otra opción que despertarlo. Me subí adelante, pero arrancamos hasta que el Tsuru, calentado por un sol particularmente generoso —no había árboles— tuvo sus ocupantes reglamentarios. Al ser el sexto o séptimo pasajero en entrar al taxi, no supe exactamente, me senté a la orilla del asiento del copiloto, después de que el chofer me asegurara que dicho espacio estaba “diseñado para dos personas”. Teníamos que recorrer entre 5 y 6 kilómetros. Tuve que aguantar el paso de tres rudos topes. Indiqué al chofer el lugar de mi destino. Pero mi fuerte acento y falta de precisión hicieron que me dejara en el centro del pueblo, lugar elevado desde donde veía la parroquia con su imponente torre y más abajo la capilla del Ojo del Agua, cuya campana agujeraba el espacio de esta luminosa tarde. Iba a la capilla de San Juan de los Lagos y me di cuenta rápidamente de que era la capilla concurrida que habíamos pasado... Llegué tarde al evento, pero nadie se dio cuenta de mi retraso. La minúscula capilla estaba saturada de personas endomingadas. Varias madres de familia y sus hijas, vestidas con sus mejores atuendos, hacían guardia al exterior del recinto. Parado bajo el sol escuchaba fragmentos de lo que se decía en el lejano atrio. El aullido de perros que se peleaban cerca y el canto de un gallo desvelado, mezclados con el intermitente zumbido de los autos, no me dejaban escuchar casi nada. Sin participar en la celebración de la misa ni siquiera como espectador, espere afuera con una paciencia igual a la de los demás invitados que no cabían en el recinto sagrado. Tenía en mis pies el regalo que iba a dar a la pareja festejada.

La compra del regalo fue mucho más difícil de lo que pensé, porque existen convenciones relativas al objeto obsequiado en

función de las circunstancias y del medio socioeconómico de los anfitriones. Tuve primeramente que enterarme de estas convenciones y luego buscar un objeto alineado a estas reglas no dichas. “Algo para la casa”, me informó mi precavida esposa. Había que ponerse en el lugar de la pareja festejada y dejar de lado nuestros gustos de ciudadanos de clase media. Finalmente, mi esposa —yo me limitaba a tímidas sugerencias— decidió comprar una serie de ollas de aluminio reluciente de impresionantes tamaños. Bueno, pero no bastó con encontrar un regalo unas horas antes del evento, debía envolverlo y no con cualquier papel: la envoltura tenía que estar acorde con el evento. Encontramos un papel plateado con discretos motivos en relieve. Aparentemente era perfecto. Atrás de una de mis tarjetas de presentación, escribí: “Muchas felicidades, les deseo lo mejor” y la coloqué debajo del nudo, dando al voluminoso regalo una insuperable y majestuosa imagen. Una bolsa de la tienda Liverpool sirvió para transportar nuestro regalo y dar la impresión de que fue comprado ahí.

Durante la hora en que estuve parado afuera de la capilla, veía que los demás invitados llevaban regalos de dimensión similar al mío y con idéntico papel de envoltura. Esta observación me tranquilizó en cuanto a la idoneidad de mi obsequio, pero no me daba información respecto de la manera de entregarlo. Así que observé los movimientos a mi alrededor. Las niñas quedaban tranquilamente al lado de su madre al darle la mano, mientras los niños vestidos con su uniforme escolar o con un conjunto de color blanco se correteaban. Otros se mecían en los chillantes columpios. De pronto, unos mariachis hicieron su aparición mientras afinaban sus instrumentos. Poco a poco se acercaron a la entrada de la iglesia. Esta docena de músicos contaban en su seno no menos de tres mujeres. Otro hecho me llamó la atención: a excepción de una persona, el resto no tenía esa panza prominente que caracteriza a los de su profesión. Eran mariachis jóvenes de complexión regular. Escuché por lo menos dos veces tocar “Las Mañanitas” por el coro desde el interior de la capilla. Me sorprendió oír este canto alegre, pero profano, en el recinto sagrado; no obstante, en la hora y media que duró la celebración, me imaginé que era

difícil dar una nota alegre al evento sin recurrir al repertorio de música popular.

Los invitados empezaron a salir y reagruparse por afinidad y clanes al exterior de la iglesia. Familias enteras se saludaban. En medio de esta convivencia festiva compartida, salió triunfalmente la pareja. Hombre y mujer venían del brazo. No les lanzamos granos de arroz y la señora no traía su vestido de novia de hace 25 años. Salvo estos detalles, un observador hubiera confundido esta fiesta de cumpleaños con la celebración de una boda. Las piezas musicales tocadas por los mariachis se sucedieron como alegres cohetes. Un remolino de invitados se formó enfrente de la pareja, afuera de la puerta de la iglesia. Cada uno de ellos saludaba con un abrazo al señor y a la señora y le daban su regalo. Afortunadamente, este ceremonial contemplaba la presencia de una tía encargada de recibirlos y hacerlos desaparecer con la ayuda de un puñado de niños felizmente convertidos en mayordomos. Observaba este interminable ritual y me preguntaba si debía formarme también, aunque conocía apenas de vista al señor. Por un momento, una serie de arreglos florales volaron arriba de las cabezas. Dudaba en acercarme y prefería quedarme en la retaguardia, a poca distancia de los animados mariachis. De repente, un colega de trabajo apareció y me saludó. Iba acompañado por su esposa y llevaba en las manos unos chocolates para regalar. Fue la primera persona con quien hablé. Su presencia me tranquilizó. Me propuso darme un aventón hasta el lugar del convivio. Acepté. Seguimos una procesión encabezada por la pareja, luego los mariachis y los familiares e invitados. Nosotros caminábamos lentamente en medio de una larga fila de coches. Medio millar de personas se desplazaban hacia la inmensa lona tendida a un costado de su casa. Estaba impresionado por la sobredimensión de esta fiesta de cumpleaños. Dos pódium con su correspondiente equipo musical, de sonido y luz atenazaban los largos surcos de mesas. Al llegar, nos formamos para felicitar a la pareja cincuentenaria y remitirles nuestro obsequio. Imité los gestos de mis predecesores y mis saludos de circunstancia no me salieron tan mal. Luego encontré a Leonor, nuestra irreconocible secretaria arreglada como princesa. Nos

invitó a sentarnos en la mesa de honor; es decir, al lado de sus padres.

En lo particular no me sentía merecedor de tal reconocimiento, ya que no había hecho nada que pudiera distinguirme de los demás invitados. Al contrario, no había participado en nada ni ayudado en la organización del evento. Pero como era un doctor extranjero, supongo que fue razón suficiente para que mis anfitriones me dieran las distinciones de un comensal de honor. Cortés y disciplinado, como puede ser alguien invitado por primera vez en una fiesta de cumpleaños, me senté en la mesa de honor. Tenía enfrente de mí uno de los arreglos florales que fueron trasladados de la iglesia y pronto iba a tener un plato copioso de arroz rojo, frijoles blancos y barbacoa. Los pocos que estábamos sentados en la mesa de honor, teníamos a nuestro alcance las salsas, el chile y los demás ingredientes indispensables para saborear el humeante guisado. Nuestra situación privilegiada nos permitió ser los primeros en ser atendidos. Las botellas de refresco, tequila y cerveza inundaban nuestra mesa, cuando el alcohol hacía falta en la mesa de enfrente, donde se concentraban alegres y sedientos compadres. De manera paulatina, se sentaron a nuestro lado otros invitados: los padres del novio, distinguidos familiares y los médicos del pueblo (no me percaté de la presencia de algún candidato en campaña). Media docena de veces aplaudimos a la pareja y “Las Mañanitas” fueron entonadas en dos ocasiones más. A pesar de disponer de una cantidad muy abundante de tortillas calientes y de no menos abundantes licores, el frío se instalaba para quedarse. Con la música a todo volumen, logré conversar con el joven y ameno médico que me compartió información sobre las dificultades de su labor. Recién salido de la universidad, tenía, junto con su esposa, apenas tres años de trabajar para la Secretaría de Salud y atender, al mismo tiempo, a los pobladores en su consultorio privado. Me explicó que la dificultad más grande a la que se enfrentaba era la de comunicarse con los pacientes, en su mayoría no comprendían su diagnóstico ni entendían sus recomendaciones. Sus palabras eran calificadas por sus enfermos como “duras”. También me compartió que la mayoría de sus pa-

cientes comían sal en exceso y tomaban bebidas embriagantes en grandes cantidades (al igual que los ciudadanos), por lo que padecían de las mismas enfermedades. Entonces me confió que las infecciones de las vías respiratorias y las gastrointestinales eran las patologías más frecuentes. Mi interlocutor también me enseñó el ábaco que la Secretaría de Salud presta a los médicos (si se dan de baja tienen la obligación de devolver este pequeño recordatorio de los procedimientos elementales a seguir en función de la gravedad de las enfermedades).

Por fin trajeron el pastel. Poco después de nuestra llegada, el pastelero se puso a danzar alrededor de los cinco pasteles y los agregó una generosa capa de crema con una sorprendente virtuosidad. Abrí grandes mis ojos para observar la actuación del maestro de la *chantilly*; era algo entre *performance* y un rito propiciatorio, nunca supe. No había velas, pero en el centro del pastel más elevado estaba la triunfal estatua de una pareja de novios. Acompañada por las melodías ensordecedoras de la orquesta, la novia cortó el pastel. Todas las miradas estaban clavadas en sus gestos, a la vez simples y simbólicos. Luego, una escuadra de improvisados, pero eficientes meseros, distribuyó una rebanada de pastel a los quinientos invitados. En ese momento inició el baile. La pareja de festejados ocupó sola la pista. Para la siguiente pieza entraron también Leonor y su hermano. Para la tercera, los padres del novio sustituyeron a sus nietos y bailaron cada uno con su hijo y con su nuera, respectivamente. Para la pieza musical que siguió, los hijos regresaron junto con los compadres. Las parejas alternaban pequeñas vueltas al ritmo de la salsa. El número de compadres y comadres que invadían la pista me asombraba: solamente con ellos en la pista no quedaba espacio para el resto de los invitados. Al ver tantos parientes bailar entendí en ese preciso momento que esta grandiosa fiesta fue posible gracias a la solidaridad de todos los miembros del grupo familiar. Sin duda, los nexos de parentesco jugaron un papel esencial para celebrar un cumpleaños tan fastuoso.

El tiempo pasaba. Las horas desfilaban en el reloj, mientras la música no dejaba de sonar. El frío se hacía más intenso. Deseoso

de regresarme, mi colega de trabajo y su esposa me propusieron amablemente llevarme hasta la terminal de autobús de Toluca. No era muy tarde, pero la noche era opaca y el frío centellaba miles de fuegos en el firmamento. A esta hora, sin coche, estaba lejos de todo. Al momento de irnos —nos escabullimos sin haber buscado despedirnos de los esposos bailadores— el hermano de Leonor reconoció a mi colega y vino a obsequiarle un copioso itacate. Este gesto era una prueba más de la sincera y desinteresada generosidad de nuestros anfitriones.

Participar en este evento no fue, propiamente dicho, parte de mi trabajo de campo, pero en esta fiesta celebrada en un pueblo rural tuve la oportunidad de observar numerosas cosas nuevas para mí. No desaprovechaba ninguna oportunidad, como esta invitación a un cumpleaños, para aprender más sobre los modales y las formas de relacionarse de los habitantes del medio rural.

Enero de 2003

Tenía una nueva cita con el ingeniero Serapio del RAN estatal. El lenguaje franco y coloquial de este hombre sencillo y amable desentonaba con los malabarismos verbales de los demás licenciados y licenciadas. Me atendió después de deletrear cada sílaba de las palabras que escribía a mano. Parecía un escolar que tomaba su dictado. Este espectáculo tenía cierta ingenuidad. Sentado enfrente de él, contemplaba la animación de su computadora en reposo y curiosamente volteada hacia los visitantes como si el ingeniero hubiese decidido convertir su computadora en una herramienta distractora al servicio de las personas que lo visitaban. No era difícil adivinar que el subdelegado tenía una aversión hacia las computadoras; a la suya en particular. De repente su teléfono sonó. “¡Ah! ¡Chingaos!”, lanzó el aplicado ingeniero, molesto de ser interrumpido en su laborioso trabajo y contestó: “¡Ah! Hija. Sí...”. No podía adivinar que era su hija, al menos que así llamaba a las empleadas bajo su mando, ¿quién sabe? Su oficina era una oficina cualquiera, con sus archiveros acostados en el piso, sus mon-

tañas de documentos amontonados y empolvados y su teléfono anticuado común a todas las oficinas de la administración pública. Pero había un detalle que me llamó la atención. Estaban colgados cuadros de Emiliano Zapata a caballo, de pie, en retrato y en tres cuartas partes, con o sin sombrero, con su elegante moño o con sus cananas cruzadas en el pecho. Estos oleos y grabados del líder revolucionario decoraban las paredes de su oficina, como el *viacrucis* decora las naves laterales de las iglesias.

Por fin terminó de redactar su oficio y lo entregó a una secretaria que esperaba de pie a su lado. Luego me invitó con su brazo pasado en mis hombros a trasladarme a la oficina contigua para que la licenciada Salustia me atendiera. El hecho de no mencionarme nada acerca de una eventual presentación de mi trabajo ante los responsables de las demás áreas que él sugirió en nuestro precedente encuentro, aunado a sus sutiles insinuaciones de que la licenciada Salustia tenía que tratar mi solicitud directamente y debía llamarla antes, porque tenía mucho trabajo, fueron claras señales para mí: le era inoportuno. No podía ofrecerle nada que le sirviera a cambio del tiempo que me dedicó. Entendí que mis visitas se iban a terminar ese día y si un día necesitara consultar los archivos de una u otra sociedad rural, debía dejar pasar bastante tiempo antes de regresar. Un indicio más me iba a ser dado unos momentos después.

Informé a la licenciada sobre lo que buscaba. Necesitaba consultar las metas y los resultados obtenidos por el RAN en los dos últimos años. “Tiene que ir a ver a la licenciada Macrina”, me respondió cortésmente mi interlocutora. Subí al tercer piso. Después de escuchar mi petición, la licenciada Macrina me contestó que tenía que pedírselo a la licenciada Rufina, encargada del registro de sociedades y otras cosas más. A su vez, la licenciada Rufina me aseguró que lo tenía que ver con la licenciada Gertrudis. El subdelegado me presentó a estas tres licenciadas en otra ocasión, lo cual explicaba los ademanes corteses de las tres para significarme el mismo desaire. No conocía a la licenciada Gertrudis y en esta ocasión ninguno de sus superiores me iba a presentar. Esperé afuera de su cubículo, porque la responsable atendía a una pareja

de campesinos. No tardé mucho en entrar. Allí estaba una mujer cuarentona, el rostro de hielo, una mancha roja en los labios y un cabello varonil. No se levantó para recibirme. Aparentaba estar atareada. No manifestó ninguna disposición para platicar conmigo. La iba a saludar de mano y me abstuve en el último momento. Parado —no me propuso sentarme— expuse a lo que venía. “No le entendí”, me cortó con una mueca en la cara. Le expliqué de nuevo que venía a pedirle datos sobre las metas y los resultados del indicador relativo al registro de sociedades rurales. “No existe tal indicador”, me mintió. Frente a su actitud descomunally reacia, le dije que la licenciada encargada del registro de sociedades me hizo mención de ese indicador e incluso me dio cierta información sobre las metas y los resultados del año anterior. Su rostro se torció de nuevo. Le decía que sabía exactamente a lo que venía y que me estaba mintiendo.

—¿Para qué lo quiere? —me preguntó con tono agresivo.

—Soy investigador de la Universidad y estoy haciendo un trabajo sobre organizaciones rurales— le contesté antes de agregar que el delegado y el subdelegado me dieron luz verde para consultar dicha información.

Estaba a punto de irme de su cubículo cuando la escuché mentir de nuevo, al decirme que “a lo mejor” el anterior subdelegado tenía estos datos. Sentí que el nombre del delegado la había hecho tambalear un poco, cuando por fin me reveló que recibieron una circular “en ese sentido”; es decir, que estipulaba que no dieran información al respecto de las metas y los resultados obtenidos en los indicadores. Por fin escuchaba algo de verdad. No ponía en duda la existencia de tal circular, debido a mi infructuoso intento por conseguir estos datos. A esta pequeña revelación de la licenciada Gertrudis, le respondí que ciertamente me darían esta información en las oficinas centrales. “Gracias”, le dije cuando me dirigía hacia la puerta y abstuve de agregar “hasta luego”. No quería volverla a ver.

Ese día mi visita terminó trascurridos 20 minutos desde mi entrada al edificio. Si bien no conseguí la información que necesitaba, por lo menos comprobé, una vez más, que el gobierno manipulaba la información sobre sus metas y los resultados alcanzados. ¿Dónde quedó la transparencia y la rendición de cuentas?

Esa misma semana me entregaron las modificaciones que hice a mi protocolo de investigación, remitido a las autoridades universitarias tres meses antes. El primer punto sancionaba: “Excede el monto de la convocatoria”. A pesar de mis esfuerzos para resolver este enigma, no lograba entender las razones de este imperativo, ya que en la convocatoria se especificaba que los proyectos personales podían ser financiados hasta por 60 000 pesos por año. Por lo tanto, elaboré un presupuesto sabiamente equilibrado entre la compra de una computadora portátil, la adquisición de libros, la obligatoria beca para un estudiante de licenciatura y los gastos inherentes al trabajo de campo. Después de varios días sin comprender por qué tenía que reducir el monto de mi solicitud, una mañana, de manera repentina, supe que tenía que pedir una aclaración a la Dirección de Investigaciones. Un maestro empleado de ella me reveló que, por el hecho de formar parte de un cuerpo académico en “vía de consolidación”, podía pedir únicamente 27 000 pesos; es decir, menos de la mitad de lo que se otorga a investigadores miembros de un cuerpo académico “consolidado”. Al enterarme de mis limitadas posibilidades de financiamiento, me enteraba también de la existencia de una sutil jerarquía de *status* entre los investigadores. Además de las conocidas distinciones de diploma, nivel de estudios y categoría en el Sistema Nacional de Investigadores (SNI), los académicos se diferencian entre sí y son diferenciados por una compleja serie de elementos, entre los cuales está la pertenencia a un determinado cuerpo académico. Después de un fácil recorte, pedí apenas 12 000 pesos para sufragar mis gastos de un año de trabajo de campo. Estaba preocupado y desencantado.

La administradora de mi Centro de Investigación, que la experiencia de muchos años había vuelto sabia, me aconsejó conservar todos los boletos de mis pasajes y pedir facturas de mis gastos de alimentación. Entonces, desde el principio del año almacené mis comprobantes como la precavida hormiga de La Fontaine. Era mi único consuelo. Aunado a esta situación, mi salario era, por oscuras e irrefragables razones burocráticas, la mitad de por lo cual fui contratado. Al momento de darme de alta, me anticiparon que debía esperar seis meses para recibir el sueldo correspondiente. Ahora estábamos en el sexto mes y no fui notificado de absolutamente nada al respecto. Iba a tener que esperar tres o seis meses más, quizás. Tenía cada vez más dificultades para conservar la sonrisa complacida del novato recién contratado. Llegó incluso el momento en el cual no podía usar más mi impresora personal, instalada “provisionalmente” en mi cubículo, porque no podía comprar cartuchos de tinta negra... Y a pesar de estas limitaciones presupuestarias y materiales, estaba condenado a llevar a cabo mi trabajo de campo.

Febrero de 2003

Llegué involuntariamente temprano a las oficinas centrales de la Sedagro. Ese día no tenía cita, pues pensaba que mi inesperada visita provocaría un positivo efecto de sorpresa. Para mi fortuna es lo que sucedió. Tenía una hora libre antes de presentarme a las 10 de la mañana en la Dirección de Organizaciones. No deseaba anunciarme demasiado temprano para no molestar a mis posibles informantes, al interrumpir sus obligadas fraternizaciones mañaneras. A esa hora los funcionarios llegaban, se saludaban y no era raro observar a burócratas comentar alguna anécdota chusca o hacer alguna bufonada. Las risas estallaban aquí y allí. El ambiente era relajado. Aproveché mi tiempo libre para observar los ademanes de las personas que entraban, su forma de vestir y el lugar hacia dónde se dirigían. Afuera de la Dirección de Organizaciones, un sillón muy usado recibía algunos campe-

sinos que se distinguían de los funcionarios por su reserva, su sombrero y su espera de apoyo. A su lado, en un hundimiento de la pared, resultado de una extravagancia arquitectural, estaba un mural. Cubría hasta el primer nivel del edificio y se desbordaba sobre las dos paredes adyacentes. No era una galería de retratos de pie de hombres conspicuos, ni una fresca con motivos míticos históricos, ni mucho menos una alabanza al potencial revolucionario de los campesinos y de los obreros. No, era una visión futurista —pero ingenua, por caduca— del hombre, el universo y la ciencia. Las referencias al medio rural eran casi únicamente referencias a una naturaleza salvaje en donde dominaban caballos (¿hipariones?) asustados, camarones, larvas enroscadas y una abeja. Después de un momento de observación descubrí que al extremo izquierdo estaban de pie un campesino y un trabajador agrícola que miraban desde cierta distancia la propaganda ecologista que se caía de las manos de un maestro. Quizá era una visión profética del ecologismo político que gestaba en el Estado de México.

Un poco antes de las diez, me dirigí hacia las oficinas. Allí trabajaba en su cubículo el profesor Saturnino, quien no me reconoció. Pasada esta pequeña duda sobre mi identidad, se levantó y me saludó con un abrazo. Su cubículo estaba mejor ordenado, tal vez por la nueva disposición del mobiliario. Me tomó por los hombros y, en un tono cordial, me presentó a su jefa así como al coordinador general de los programas que manejaba esa dirección. No lo conocía. Era un hombre de tez blanca y de facciones regulares, con bigotes y cabello castaño claro. Inmediatamente me dio la sensación de ser una persona amable. Aceptó la conminación del profesor Saturnino para que me atendiera. En este periodo de campaña electoral, el hiperactivismo político se infiltraba en esta dirección de la Sedagro. Por la indiscreción de uno de mis informantes, supe que ninguna de las casi 200 organizaciones y grupos constituidos el año anterior recibieron el apoyo económico que se les prometió. Los productores no tuvieron otra alternativa que la de soñar con sus incentivos y esperar a los comicios de marzo del año siguiente. Y llegó el momento tan anhelado.

En menos de dos meses, el gobernador, en actos de generosidad que los campesinos mexiquenses apreciarían en su justa medida, llevaba a cabo maratónicas actividades de proselitismo, las cuales distribuía a las organizaciones de productores y, de manera personal, los apoyos del año anterior. No importaba si el dinero no les alcanzaría, debido a la inflación o a causa de la importación masiva de productos norteamericanos libres de aranceles; tampoco si los apoyos fueran distribuidos en presencia de la plana mayor del partido, porque, al fin y al cabo, los productores conservaban arraigados su papel de beneficiarios. Al igual que su superior jerárquico (el profesor Saturnino), Crispín participaba, sin mucha convicción, en la perpetuación de esta compra de votos. Por lo tanto, sutilmente justificaba ante mí la limitada eficacia de los programas que supervisaba, al darme argumentos, como el de los vicios profundamente arraigados en la mente de los beneficiarios de los programas gubernamentales.

Por mi parte, tomé a bien no hablar del papel político que jugaba la Sedagro, porque era un tema sensible y adivinaba que esta entrevista fácilmente se podía convertir en la última. La técnica de entrevista que me ha dado mejores resultados es la de iniciar la conversación abordando temas neutros y pedir información inocua para, de manera paulatina, entablar temas cada vez más delicados, en la escala del riesgo burocrático.

Sentado frente a él en un minúsculo cubículo que compartía con su jefe, tenía que levantarme cada vez que pasaba una secretaria, ya que mi silla, apoyada en contra de la pared, dejaba muy poco espacio libre en lo que era el único pasillo para acceder al escritorio, en donde estaba una imponente computadora moderna, innegable símbolo de poder.

En un momento dado, Zenón, un subalterno con quien platiqué en otra ocasión, me vio y exclamó:

—¡Hola, Bruno! —me saludó antes de darme un esbozo de palmada—. ¡Qué milagro que estés aquí hoy! ¡Qué milagro! Pasamos noviembre, diciembre y enero angustiados, porque no encontramos el oficio que te hicimos, ¿te acuerdas?

Efectivamente, me acordaba del oficio que me hicieron firmar de manera anticipada, para luego no cumplir con su promesa de darme la información por escrito, pero también me acordaba de que no me dieron una copia de él. Sin esperar mi respuesta, Zenón siguió con un tono ligeramente exaltado: “¿Puedes darnos la copia que tienes? O si quieres, ¿puedes mandarnos una copia por fax?”. Aparentemente estaba preocupado y, por una razón que no quise indagar, este documento les hacía mucha falta, pero no lo suficiente para que me hablaran de mi trabajo. En un tono cortés le dije que no me acordaba haber tenido una copia, pero que en todo caso la iba a buscar y que, de no encontrarla, les mandaría por fax un nuevo oficio, con hoja membretada, en el cual les agradecería sus “finas atenciones”.

Tras concluir el asunto, seguí mi conversación con Prisciliano —otro funcionario—. Mi informante pertenecía a una especie distinta a la que me había tocado enfrentarme hasta entonces: hablaba de manera pausada, sin rollos excesivos ni mostrar esta parquedad tan conocida en esos burócratas que no quieren, bajo ningún pretexto, dar información a personas ajenas. Incluso me dio las metas que tuvieron el año anterior y los alentadores resultados obtenidos por el personal de la Dirección de Organizaciones. Respondió hasta la última pregunta y tengo que confesar que su franqueza y honradez me sorprendieron. No estaba acostumbrado a ello. Lo que en otras oficinas no pude lograr u obtuve a precio caro, aquí fue sólo con pedirlo. Estaba realmente sorprendido y agradecido. Apunté todo: los nombres y las características de los programas; las metas y los resultados obtenidos. También me dio una copia de la nueva división territorial del Estado de México; las regiones, las zonas, los municipios que incluían, así como los nombres de los diferentes responsables. ¡Una mina de oro! La posesión de este documento me permitiría comprobar, entre otros, los motivos políticos detrás de esta reorganización. La plática terminó cuando lo llamaron al cubículo adjunto.

Una febril agitación se apoderaba de todo el personal de la oficina, debido a la visita furtiva de altos funcionarios que daban órdenes terminantes y la presencia estática, pero no menos

presionante, de un número cada vez más importante de usuarios parados en medio de la sala. Esta vez la causa de estos repetidos vaivenes de funcionarios entre los cubículos no era la preparación de una nueva visita del gobernador a la Sedagro, ni la angustia colectiva de no cumplir con las metas. No. Según lo que pude deducir de los fragmentos de conversación que a mis oídos llegaban, la causa de la agitación era la entrega al equipo del gobernador, en un tiempo récord, de los datos relativos a las organizaciones que recibirían (por fin) el apoyo económico acordado el año anterior.

Me quedé alrededor de diez minutos solo en el cubículo, por lo que aproveché para leer los títulos de los inflados archiveros verdes olivo parados en el mueble; observé los llaveros colgados de Zenón y descubrí uno, el más imponente, con la foto de su familia atrapada en un bloque rectangular de resina transparente. Leí también el contenido (sin interés) del oficio que estaba a la vista y traté de escuchar lo que se discutía en el cubículo de junto. Al fin y al cabo, mi labor es investigar y no desecharía ningún indicio. Realizaba esta observación de manera discreta, ya que me podían ver por la ventana que separaba el cubículo del resto de la oficina. Finalmente Zenón regresó. Intercambiamos promesas de apoyo mutuo y nos despedimos cordialmente. Al salir de la oficina, y antes de marcharme, leí los documentos pegados en la entrada, lo que me dio algunos elementos más para comprender la mecánica operativa de la atención brindada a los productores.

Marzo de 2003

Desde finales del año anterior se iniciaron movilizaciones, en previsión de los posibles efectos negativos, para el sector social rural, del Tratado de Libre Comercio de América del Norte. La supresión de los aranceles sobre productos agrícolas y pecuarios, a partir de enero, junto con una política general de *laissez faire*, fueron factores que desencadenaron protestas en diversos estados de la república. La organización “El campo no aguanta más” nació de esta angustia

colectiva. Era también un correctivo tardío a los dudosos acuerdos, firmados en el pasado por la cúpula de algunas centrales campesinas. Doce organizaciones que conforman “El campo no aguanta más” respaldaron con su firma la reforma al artículo 27 constitucional y dieron su beneplácito a la entrada en vigor del tratado entre México, Estados Unidos y Canadá. Uno de esos dirigentes, cuyo mandato terminó en 1991, pero se prolongó hasta la fecha, gracias a una exitosa usurpación de poderes, se impuso como vocero en la megamarcha campesina en la Ciudad de México, el primero de febrero de 2003. Allí, frente a un zócalo tapizado de sombreros y de abigarrados carteles, se habló de injusticia, pobreza y democracia. Los demás oradores, que incluyeron al plenipotenciario líder de la Confederación Nacional Campesina (CNC), también lo hicieron y recibieron las mismas acaloradas ovaciones.

En este primer trimestre del año, como investigador, me sentía atrapado en un callejón sin salida. Mi última visita al Registro Agrario fue un fiasco y mis tentativas para entrevistarme con responsables de otras dependencias gubernamentales, también habían sido otros tantos fracasos.

Llamé por teléfono a la delegación estatal de la Secretaría de Desarrollo Social (Sedesol) varias veces antes de comprender que tenía que entrevistarme con su subdelegado de Desarrollo Social y Humano. Él era la persona que me podía proporcionar la información que buscaba y el responsable con quien tenía que hablar primero. Si bien logré conversar por teléfono con este importante personaje de la Sedesol, y a pesar de su parquedad, no me dejó ninguna duda: mi llamada lo molestaba, no deseaba proporcionarme información alguna y aún menos recibirme. Era ciertamente de esa especie de funcionarios públicos que a lo largo de su carrera cultivan el sentimiento de su propia importancia, al dirigir desaires hacia quienes nada les puede aportar. Aquí la transcripción del final de nuestra breve conversación telefónica.

—No le puedo decir nada con respecto a las reglas de operación del presente año, ya que no serán publicadas, sino hasta el 15 de marzo...

—Entiendo. Sí. Para poder comparar la situación de 2002 con la del presente año es necesario esperar a que se publique en el *Diario Oficial*. Entonces usted me aconseja volverle a contactarlo a finales de marzo...

—Si le interesa, le podremos mandar una copia de las nuevas reglas de operación. Creo que no habrá ningún problema.

—¡Ah! Bien, bien, muchas gracias. ¡Hasta luego!

—¡Adiós!

En realidad no le pedía las reglas de operación, sino información sobre la mecánica operativa de selección y atención en las zonas rurales, de los “hombres, mujeres, núcleos familiares y grupos sociales”, quienes se beneficiaron del apoyo de uno de los cuatro programas enfocados a las comunidades indígenas y a los proyectos productivos. Es del dominio común que los programas de la Sedesol son instrumentos de control social y de inducción al voto en el momento de las campañas electorales (a excepción de un programa federal, los restantes doce programas no impiden que un funcionario público pueda ser beneficiario de los apoyos, ni tampoco que sea utilizado para fines propagandísticos).

En este inicio de año se vivía al ritmo de la campaña electoral. En contra de la afirmación del subdelegado de la Sedesol, esta administración participaba activamente en la distribución ostentosa de los apoyos prometidos el año anterior. El sector de la población llamado “beneficiarios”, conoce muy bien las artimañas administrativas para comprar su voto en tiempos electorales.

Al filo de mi investigación me di cuenta de que existe un saber popular que puede llamarse “astrología política”. Se trata del conocimiento de los periodos de duración de los mandatos (inicio, consolidación y final): los ciclos electorales con sus respectivas precampañas y campañas. La astrología política reúne el saber adquirido por varias generaciones de mexicanos, respecto de los periodos auspiciosos, para pedir todo tipo de apoyos oficiales, y los nefastos, durante los cuales deben esperar, pues las cajas del gobierno están vacías. Se tratan de ciclos complejos, pero muy regulares, que orientan la vida de las familias de clase baja en su

camino hacia el bienestar. Contar con un buen capital social permite no solamente tener la información oportuna sobre los programas de apoyo, sino estar anotado anticipadamente en la lista de beneficiarios. En este ejercicio ciudadano de optimización de las oportunidades, el cálculo de los tiempos es crucial.

Para continuar con mi investigación y obtener datos complementarios sobre las organizaciones campesinas de esa entidad federativa, me propuse contactar a la Dirección General de Desarrollo Político (DGDP). Acababa de tener en mis manos un libro coordinado por el director de esta dependencia, en el cual figuraban, entre otras cosas, un listado de las organizaciones sociales del Estado de México y los resultados de una encuesta que esta dirección instrumentó para identificar el perfil de las organizaciones de la sociedad civil, sus dificultades y anhelos. Curiosamente en el muy completo sitio Internet del gobierno estatal no aparecía ni el nombre del director, ni tampoco su localización. Intuí que no fue producto de la ineptia, sino de la expresión de una voluntad de secrecía. Por fortuna, se podía tener acceso a los cursos gratuitos de capacitación que proporcionaba esta unidad administrativa y en los cuales venían una dirección y dos números telefónicos. Cuando por fin hablé con una secretaria, antes de darme cualquier información, me pidió, en un tono marcial, mis datos completos. Si me hubiese pedido mi grupo sanguíneo, no me habría sorprendido. Luego me dio el nombre del director y un teléfono que presumía ser el de su secretaria. Al comunicarme con ella, me dijo que su jefe estaba en reunión, pero podía localizarlo unas horas después. Entendí que era una mentira y no intenté llamar más tarde ese día.

Esta dirección figuraba también en el ajedrez político e intuía que jugaba un papel esencial en la estrategia del equipo del gobernador. Junto con la Dirección de Seguridad Nacional, el personal de la DGDP participaba activamente en la elaboración de informes para la toma de decisiones antes de las elecciones. Tan eficaz es el monitoreo de los movimientos sociales en el Estado de México, que el PRI gobierna de manera ininterrumpida desde hace más de siete décadas.

Comprendí que debía dejar pasar este periodo de proselitismo exacerbado para, quizá, tener la posibilidad de entrevistarme con el director de esta unidad administrativa. Debía de tomar en cuenta este tiempo de movilización de los actores políticos. En el trabajo de campo dependemos fuertemente de los tiempos políticos para realizar nuestra labor de investigación.

Con mi hijo de cinco años de edad que estaba de vacaciones, regresé a la comunidad mazahua de Santiago. Era la primera vez que iba a este pueblo en autobús y mi inexperiencia, aunada a la impaciencia de mi acompañante, hicieron largo el viaje de ida. Más que una nueva experiencia de trabajo de campo, mi visita tenía un carácter personal y humanitario, si se puede llamar así. En esta comunidad de comerciantes y alfareros indígenas no había organizaciones de productores ni grupos de mujeres; por lo tanto, sabía que no profundizaría mi conocimiento de las agrupaciones rurales. Contemplar los vestigios del único y fallido proyecto de producción colectiva de alfarería, me hizo reflexionar sobre la difícil integración de las expectativas de funcionarios de la administración pública, con los anhelos colectivos de las familias; sus ideas comunitaristas y mercantiles tuvieron como respuesta el desaire de los pobladores, con quienes es fácil adivinar que no se diseñó ni elaboró el proyecto. Había visto, en mis recorridos por las zonas rurales, muchos proyectos fracasados: huertos colectivos abandonados y bodegas cerradas. En el léxico popular denominan “elefantes blancos” a estos vestigios arquitectónicos del asistencialismo. Esta ingeniosa expresión siempre me hizo sonreír. Así que no llevaba conmigo cuestionario ni grabadora ni cámara fotográfica; en mi llamativa y voluminosa mochila, traía cobijas y despensas, así como cuadernos de tipo escolar. Mi intención era obsequiar todo a la señora con quien conversé en una ocasión anterior y cuya hija murió fulminada por un rayo.

Mi hijo y yo fuimos los únicos en bajar del autobús. Con la mochila al hombro caminamos. La vez anterior noté referencias

visuales, por lo que me fue fácil atravesar el pequeño pueblo, pasar al lado del horno inutilizado, cruzar el puente arriba de un río totalmente contaminado, hasta llegar a la casa en la cual cuatro meses antes se nos había servido un picoso pollo con mole acompañado de tequila. Mientras caminábamos bajo un sol generoso, los rostros se asomaban por las ventanas. Siluetas femeniles aparecieron en el umbral de la puerta de las casas. Evidentemente nuestra presencia en Santiago era algo inusitado, extraordinario incluso. Cerca del horno encontramos a una de sus hijas. Me presenté y le expliqué el motivo de mi visita.

—Voy a buscar a mi madre, está en casa de mi abuela. Espérenme, ahorita regreso.

La joven núbil voló hacia su madre con un grito a todo pulmón, que un gringo la buscaba. Estoy seguro que de esta forma todo el pueblo se enteró de mi llegada. Mientras mi hijo y yo nos asomamos hacia al interior del horno ubicado en el solar familiar, para constatar que quedaba únicamente una piñata, que descansaba sobre una gruesa reja de piedra que separaba el fogón de las ollas de barro. Una capa de cal pintaba las paredes del horno circular sin tapa (todos los hornos del pueblo tenían las mismas características).

Después, cuando mi hijo acariciaba los pollitos bajo la mirada inquieta de su celosa madre, una voz nos llamó:

—Pásense, pásense —nos dijo la señora.

Nos hizo sentar en el patio de concreto que separaba dos modestas casas. Me aseguré de que me reconociera o por lo menos se acordara de mí. Luego le dije que había venido de la Ciudad de México para obsequiarle unas cuantas cosas. Sin más preámbulos, vacié el contenido de mi mochila en su cocina. Le entregué todo, incluso los dulces que mi hijo apartó para compartir con sus numerosos hijos.

El obsequio permite iniciar de manera pacífica y positiva un intercambio de donaciones-contradonaciones, proceso medular en la relación entre el académico y sus interlocutores en el campo.

También mi experiencia me enseñó que la mejor manera de ofrecer un regalo a una persona poco conocida, era dárselo enseñada. Si es del sexo opuesto, lo mejor es entregárselo ante testigos, con el fin de prevenir posibles desavenencias. “Pueblo chico, infierno grande”, reza el refrán. En este caso estaba presente su hija mayor. En el trabajo de campo, la naturaleza incierta de la relación entre el investigador y la comunidad (la relación con el informante es un poco distinta) fomenta expectativas falsas e incomprensiones mutuas.

Enseguida, la señora Teodosia se apresuró junto con su hija a darnos de comer. Eran alrededor de las 11 de la mañana y no teníamos mucha hambre, pero tuvimos que aceptar comer tacos de barbacoa y huevos estrellados, acompañados de Coca-Cola. Nuestras anfitrionas no comieron. Nos observaban paradas. Mientras tanto, Teodosia me platicaba de la pronta llegada de sus demás hijos de la escuela. En la conversación dejó filtrar intencionalmente alguna información sobre su situación económica. Me compartió que desde hacía cuatro meses poseía una estufa de gas comprada a crédito en una tienda de electrodomésticos y tenía un molino de nixtamal comprado “barato” ocho años antes. Sin que se lo pidiera, me dio, con la exactitud de un contador experimentado, el precio de ambos artículos y su fecha de adquisición. Sus revelaciones no eran totalmente desinteresadas, como iba a darme cuenta después. Por otro lado, me fijé que tenía luz y un pozo al lado de su casa. Además, las dos construcciones de tabiques con techo de lámina, junto con la presencia de un número impreciso de guajolotes, cinco borregos y dos corderos, eran elementos que me daban una idea de la situación económica de esta familia mazahua. Aunque resultado de un gran esfuerzo para superarse, la posesión de estos bienes revelaba una posición social en ascenso. No poseía una casa lujosa como la de quienes emigran a los Estados Unidos y logran hacerse de dinero (personas, por cierto, a quienes mi interlocutora veía con cierto desprecio o

tal vez envidia). La familia de Teodosia vivía a orillas del sueño de la prosperidad.

Luego de ingerir el guisado que nos sirvió, mi hijo y yo nos dispusimos a jugar varios partidos de fútbol. Un fuerte viento sureño, llamado “agre”, que de febrero a abril impide cocer el barro so pena de ver la vajilla fisurarse, levantaba volutas de polvo que se desplazaban peligrosamente a lo largo del terreno. Corrimos atrás de la pelota más de lo necesario. Aun así, mi hijo estaba encantado por jugar en una verdadera cancha de fútbol y fungir como portero en una verdadera portería. En un momento dado, integramos a dos niñas. Luego llegaron más niños y jugamos un animado partido en el terreno de básquet. Esta diversión deportiva permitió a mi hijo de cinco años enfrentarse con otros niños y conocerlos también. Si bien el hecho de que me acompañara me ayudó a presentarme como un desinteresado e inofensivo padre de familia “gringo”, como me decían, pero al fin padre de familia; también mi hijo experimentó, por primera vez en su corta vida, un choque cultural. Lo veían como si fuera un extraterrestre y le pedían hablar en francés para luego regocijarse al escucharlo. En el patio de la casa de los abuelos, agrupados todos como espectadores en un circo a punto de presenciar un inédito acto de magia, llamaron a mi asustado hijo con un sonoro *spanGLISH*:

—¡Come! ¡Come, niño!

Involuntariamente, y sin malas intenciones, lo convertían en un bufón políglota. El sentirse observado por un grupo de personas curiosas nunca es algo fácil de aceptar.

Más tarde pedí visitar la modesta iglesia dedicada a Santiago, el jinete triunfador milagroso, a lo cual mi interlocutora me afirmó que le cumplió su deseo de tener un hijo, pues había tenido “puras hijas” (antes de que el santo patrón intercediera a favor de su piadosa devota, dio a luz a nueve hijas). Al penetrar en la iglesia descubrí las efigies sagradas y los símbolos de la autoridad religiosa impregnados todavía de un arcaísmo precristiano. Mi interés por conocer el lugar más sagrado de la comunidad, aunado a mi

actitud respetuosa frente a los distintos santos, desvanecieron las posibles sospechas, por parte de la señora, de un posible ateísmo.

Tanta fue su confianza en mí, que sus tres hijos y un nieto a cargo me pidieron ser su padrino de primera comunión. Estaba atónito. ¿Cómo iba a poder prever tal solicitud? ¿Llevar algunas dispensas y jugar un partido de fútbol eran suficientes para convertirme, yo el foráneo, en padrino de cuatro niños de un golpe? ¿Cómo era posible? Ni los conocía, ni ellos mi nombre. No entendía, estaba confundido... Aunque, a decir verdad, veía en esta demanda colectiva un gran abuso, un descaro. Supongo que me imaginaban rico e influyente. Incluso su hija de siete años dijo que me había visto en televisión... Tenía para esta familia numerosa el perfil de bienhechor con *status* elevado, bondadoso y dueño de importantes recursos financieros. Poder tener como padrino a un extranjero era una oportunidad de ascensión social para estos niños y, sobre todo, para sus padres.

Al investigar lo que esta responsabilidad implicaba, la señora Teodosia, cautelosa, pero totalmente implicada en esta demanda colectiva, me dijo que el padrino (no me mencionó a la madrina que tenía que ser forzosamente mi esposa) debía comprar los vestidos de los dos niños y de las dos niñas. Tenía que estar presente un día antes de la ceremonia para confesarse o presenciar la confesión de los que harían su primera comunión. En verdad no entendí muy bien este punto del protocolo, pero no quería interrumpirla. El padrino también debía estar presente al día siguiente de la ceremonia, como invitado de honor en la comida festiva. Sospechaba que la obligación moral del padrino era procurar a sus ahijados, velar por sus estudios y regalarle cosas cada vez que la ocasión lo mereciera. Así que no di una respuesta clara a la solicitud múltiple de la señora Teodosia. Me limité a decir a estos niños, y a algunos más (no logré distinguir a los que me pedían ser su padrino de los demás), que era un asunto serio y había escuchado su petición con mucha atención.

Mi prudencia no sirvió de nada, pues al momento de acompañarme hasta la parada del autobús, Teodosia pidió a una de sus hijas que tomara el cuaderno que le había traído su padrino (yo),

tal vez para el catecismo. Sin embargo, a esta madre de familia no le aseguré nada, sólo prometí llamarle por teléfono. Me era imposible comprometerme a un asunto tan importante. Y aunque no iba a ser padrino de primera comunión la perspectiva de tener a cuatro ahijados de un golpe me preocupaba. La falta de escrúpulos de esta mujer mazahua me puso muy intranquilo. Así que subí con mi hijo al autobús de regreso, con tortillas de maíz azul y piezas de barro acomodadas en la mochila. Me regresé a la Ciudad de México con la cabeza llena de dudas.

Marzo de 2003

Varias semanas pasaron sin que pudiera seguir con mi trabajo de campo. La preparación de las precampañas focalizaba la atención de todos los funcionarios. En este mismo periodo, me enteré “por casualidad” de que la convocatoria para el Sistema Nacional de Investigadores (SNI) estaba abierta. Sólo me quedaban quince días para reunir la información curricular y los comprobantes anexos. Era la primera vez que participaría en esta convocatoria, por lo que mi conocimiento de ella se resumía a rumores cosechados al azar. El sitio Internet del Conacyt me ofreció más dudas que esclarecimientos. En el pequeño mundo de los investigadores, el trámite para ingresar al SNI es el modelo de referencia de la ineptitud burocrática. Mis colegas se refieren a este trámite como un recorrido angustiante en un área del laberinto de la administración pública federal. Tienen razón.

En primer lugar, perdí un día para encontrar cómo descargar el programa para iniciar los trámites, pues necesitaba mi nombre de usuario y clave de acceso. Después de llenar dos veces las rúbricas correspondientes e igual mandar un número de veces la información por Internet, por fin alguien me contestó sin mencionar su nombre. Bueno, no sé si se puede hablar de respuesta, cuando el mensaje se redujo a dos misteriosas y únicas cifras enviadas por un usuario anónimo. Estas claves me permitieron llenar el programa con mis datos curriculares y eso era lo importante. Empe-

cé a capturar la información solicitada, al improvisar respuestas cuando no sabía qué contestar. La lectura de la convocatoria, del reglamento y del glosario, en lugar de ayudarme a comprender mejor el procedimiento de la convocatoria, me hundieron más en mis dudas, de las cuales saldría milagrosamente dos días antes de la clausura de la convocatoria. Por una razón que nunca pude elucidar, mis datos desaparecían. Tuve que capturar mis datos un gran número de veces. Cada vez que llenaba el formulario, agregaba algo y rectificaba cierta información, así que mandé un total de siete programas en tres versiones diferentes. Nunca nadie me contestó, a pesar de mis reiteradas súplicas. Agotado por este ejercicio en solitario, desesperado por la cuenta regresiva, encontré en los rumores salvavidas circunstanciales. También tuve que dedicar un día entero a escanear mis publicaciones y constancias. Me comentaron que era necesario mandar los cinco “productos” seleccionados (o sea mis artículos y la tesis doctoral), vía Internet, mediante una cripto-manipulación del tipo Alt F8 que hacía aparecer un icono con posibilidad de mandar documentos adjuntos. Primero tuve que encontrar un escáner libre y solicitar la única llave del cubículo; luego, pedí la contraseña. Después me empeñé en conectar el escáner con la computadora, lo que hizo perderme en decenas de cables; cargué el programa pirata de Acrobat, porque la versión instalada no permitía importar documentos, y finalmente empecé a escanear mi primer artículo. Escaneados todos, después de un esfuerzo sobrehumano, me di cuenta de que los guardé en una versión inadecuada: el tamaño de los documentos era tal, que no podían ser enviados como adjuntos en la plataforma del Conacyt, así que no tuve otra opción que escanear nuevamente todo con baja resolución. Mi día de trabajo se acabó y no había comido, pero tenía mis cinco productos escaneados. Sin embargo, mi satisfacción fue de corta duración.

Al día siguiente me confirmaron que además de mandarlos por internet, debía llevarlos (no supe si los originales y las copias, o solamente las copias) a las oficinas del SNI, al sur de la Ciudad de México. Víctima de mi inexperiencia y la falta de apoyo por parte de mis colegas, me trasladé allí sin antes pasar al laboratorio de

una amiga que renovarí­a su adscripci3n. Su experiencia, aunada a su gentileza, contribuyeron a darme cuenta de que no imprimí­ la hoja en donde se especificaba el nombre del beneficiario. Apuradamente llené de nuevo esta parte del programa, porque en la informaci3n que habí­a mandado “n” veces me puse como beneficiario (*sic*) y ademá­s en el disquete que portaba el programa se encontraba inexplicablemente vací­o. Avasallado por la angustia, imprimí­ la hoja y la firmé. La inserté inocentemente en mi expediente, como si siempre hubiera estado allí. Luego nos fuimos a las oficinas del SNI. Al llegar nos dieron los turnos 220 y 221. En ese momento atendí­an la ficha 84. Afuera de la oficina se extendí­a una larguísima fila de investigadores de ambos sexos, todos con voluminosos archiveros e incluso maletas rodantes. El calor era fuerte. La sombra y el pasto eran codiciados por todos aquellos que esperaban escuchar su número. Parecí­a un día de campo. Solamente faltaban refrigerios para que esta espera se convirtiera en un concurrido *pique-nique* de profesores universitarios. Esperamos tres horas conversando y escuchando los animados comentarios de nuestros correligionarios, con respecto a sus tribulaciones académicas. Finalmente pasamos.

En el preciso momento cuando realizamos nuestro trá­mite se fue la luz. Las instalaciones se hundieron en una inquietante penumbra que no logró disipar las pantallas diá­fanas de las computadoras, repentinamente alimentadas por una ruidosa planta eléctrica. Con una suerte de la cual no me creía merecedor, entregué mis documentos en esta semioscuridad, junto con los de mi jefe. El trá­mite duró menos de diez minutos. Agradecí­ a mi interlocutor y me fui con mi caja de documentos originales, bajo el brazo, y mi preciado comprobante en la mano. Era el penúltimo día para entregar la documentaci3n. Liberado de este engorroso trá­mite, mis pensamientos volvieron a las tareas pendientes de mi trabajo de campo.

Una mañ­ana encontré en mi cubí­culo el convenio del financiamiento de mi proyecto por parte de la Universidad. “Casualmen-

te”, el día anterior fui a rectoría para entrevistarme con la persona responsable de dar seguimiento a las solicitudes de apoyo para los proyectos de investigación, quien me dio como única respuesta que tenían una enorme carga de trabajo, ya que elaboraban los convenios para cada uno de los más de cien proyectos que la Universidad financiaría. Sin hundirme en inútiles conjeturas para comprender cómo el convenio llegó sobre mi escritorio ese día, firmé ciegamente todas las partes que me correspondían y pedí lo mismo a mi jefe. Todos mis trámites debían de ser validados y firmados por mi superior jerárquico, de tal forma que supervisaba todas y cada una de mis actividades académicas, sin excepción. Al terminar este trámite, me enteré de que en ocho días podía pedir dinero, para recibirlo tres semanas después.

Pero una de las condiciones para contar el privilegio del reembolso de los gastos de mi trabajo en campo, era tener un tesista de licenciatura. Era como esas cláusulas al anverso de los contratos que deben ser leídas con una lupa, sin la cual no se está enterado. No había situación más ajena a la mía que la de ser asesor de un estudiante, ya que me acababan de anunciar, unos días antes del inicio del semestre, que la materia optativa que pensaba impartir no interesó a ningún alumno... Además, el posgrado de la Facultad de Veterinaria, con la cual estaba vinculado el Centro de Investigación, no me ofrecía ni la más remota posibilidad de tener a un estudiante de licenciatura en Ciencias Sociales. No era de esperarse encontrar a un aprendiz de veterinario interesado en asuntos sociales. Pensar que mis colegas me apoyarían en mi búsqueda de un tesista era aún más improbable; descubrí que los estudiantes son como un botín que los profesores se reparten, según un complejo cálculo de costo-beneficio. Asimismo, he visto agrónomos y zootecnistas improvisarse como economistas, sociólogos, antropólogos, historiadores y geógrafos, con tal de dirigir una tesis más. Fungir como asesor de un tesista da cierto número de puntos en la evaluación curricular, pero también permite convertir al estudiante en un rehén de las clases (un mínimo de cuatro horas semanales) que el investigador debe dar. En la Universidad Autónoma del Estado de México (UAEM), con

un estudiante inscrito se abre la materia, por lo que el asesor es la mayoría de las veces el profesor autonombrado de sus tesis. Estaba frente a una endogamia académica que transforma a los tesisistas en alumnos como parte de estrategias viciadas de docencia.

Nuevo en este pequeño mundo del magisterio y sin capital social que me ayudara, fui orillado a pegar anuncios en los pasillos de la Facultad de Ciencias Políticas y mendigar con profesores semidesconocidos la oportunidad de fungir como coasesor de uno de sus tesisistas. Milagrosamente esta estrategia tuvo éxito.

Un día, al salir de un seminario en la UNAM, donde conversamos acerca de la organización de los campesinos, descubrí congestionada la avenida Insurgentes, la más larga de la Ciudad de México. El caos vial era indescriptible. Nunca había visto algo parecido, incluso en los lluviosos viernes de quincena antes de Navidad. El transporte público estaba parado. Entonces mi colega y yo caminamos. Campesinos bloqueaban el tránsito. Curiosamente no gritaban consignas ni cantaban himnos, como es costumbre en los opositores que parecen maestros de canto en las manifestaciones multitudinarias que tanto laceran la capital del país. Sus carteles nos permitieron saber que exigían al presidente de la república el esclarecimiento del homicidio de un ingeniero. En la era del presidencialismo, desde la calle se suele pedir al primer mandatario la resolución de todas las querellas. Algunos de los manifestantes tenían un moño negro sobre el pecho que mostraba su duelo.

Los campesinos estaban concentrados enfrente de la Comisión Nacional del Agua (CNA), por lo que, como bien lo intuyó mi colega, debían tener una petición adicional relacionada con la gestión del agua. Para saber más sobre esta impresionante movilización (después me enteraría que eran alrededor de 15 000 personas con mil vehículos), preguntamos a un ocioso campesino, que estaba recostado en una pared, de dónde venían y qué pedían. Soltó difícilmente las palabras como una fuente de agua calcificada; nos dijo, entre dientes, que venían de un municipio del Estado de México y pedían una concesión de agua para riego. A nuestra pregunta de saber si pertenecían a una organización

o a un partido político, su respuesta, si la hubo, fue inaudible. Le inspirábamos total desconfianza. Aun así fue quien mejor nos informó, ya que los demás a quienes nos dirigimos sencillamente nos dieron la espalda. No pudimos saber nada más. Estos hombres, con su sombrero atornillado en la cabeza, no escondieron su aversión hacia nosotros. Su mutismo reflejaba su doble hostilidad hacia el aparato burocrático y a los extraños, así que nuestras tentativas para entrevistar a manifestantes fracasaron. La lectura previa de los manuales de metodología de Ciencias Sociales no nos ayudó. Frente a esta situación, no tan sorprendente para quien tiene un poco de experiencia de trabajo de campo, aconsejé a mi colega escuchar la radio y leer los periódicos para completar nuestra sed de información. Efectivamente, nos enteramos que eran beneficiarios de un distrito de riego de filiación perredista, que venían masivamente a la capital para exigir el esclarecimiento del homicidio de su líder y pedir una resolución favorable en una controversia con una comunidad vecina, en torno al control del agua de riego, la cual tenía más de catorce años de haber iniciado.

Nuestro fracaso por entrevistar a los campesinos se debía, quizás, al hecho de no tener credencial de periodista ni cartas de recomendación, ni siquiera tarjetas de presentación a cambio de su información; también, recibieron instrucciones por parte de sus líderes, ¿quién sabe? Tal vez nuestra apariencia no era la que esperaban, por parte de quienes decían ser profesores universitarios.

Desde mis primeros trabajos de campo elegía mi vestimenta con esmero. Procuraba tener siempre una buena presentación. No es que sea una persona proclive a andar desarreglado, sobre todo cuando trabajo, pero los criterios de aceptabilidad social los cuido muy bien, porque varían de un país a otro, de un medio social a otro. La sociedad mexicana otorga una gran importancia a la forma de vestir, porque indica un estatus. A la elección de una ropa adecuada, neutra, que no llame la atención, también se deben tomar en cuenta otros elementos, que juntos conforman la imagen que proyectamos hacia nuestros informantes. El presen-

tarse manejando un vehículo con el logotipo de la universidad o llegar en transporte público, el tener un portafolio de piel o presentarse con una mochila al hombro, el vestir ropa de marca o casual, de traje o de mezclilla, el exhibir zapatos negros lustrados, tenis o zapatos de montaña, y también tomar apuntes con una pluma escolar o con una pluma fuente guardada vistosamente en la bolsa de la camisa... son indicadores, signos que proyectamos a nuestro alrededor. Nuestros informantes nos escrudiñan como nosotros a ellos. En las entrevistas de trabajo de campo todo es signo. Todo significa algo para quien no nos conoce. Según si me entrevistaba con dirigentes campesinos o funcionarios públicos, cambiaba ligeramente mi apariencia para estar en mayor sintonía. Generalmente buscaba una especie de neutralidad estética y corporal, capaz de generar empatía con mi interlocutor. Imitar su forma de vestir y comportarse es una buena manera para inducir un respeto mutuo y abrir la puerta de la simpatía. No obstante, a pesar de mis esfuerzos para reducir la distancia (cultural y social) con mis entrevistados, puedo decir que nunca me vieron como quería. Fracasaba invariablemente. Salvo algunas pocas excepciones, jamás mi informante me vio como me hubiese gustado. En la interpretación siempre cunde el sesgo, fruto de inagotables desavenencias.

Abril de 2003

Durante las vacaciones de Semana Santa regresé al pueblo de alfareros. Fue un error garrafal... Los niños consiguieron dos balones de fútbol y la señora tenía listo un pollo con mole y tortillas rosas calientes. Como la vez pasada, nos invitaron a comer apenas llegados. El jefe de familia estaba presente. A diferencia del retrato que su esposa me había hecho de él, era un hombre con cierta educación y, sobre todo, con una capacidad fuera de lo común para calcular sus intereses. No era un albañil, ni en su apariencia ni en sus modales. Era un empleado del Instituto Nacional para la Educación de Adultos, cuyas oficinas se encuentran relativa-

mente cerca de Santiago. No tenía nada que ver con los ejércitos de migrantes de la región que venden su fuerza de trabajo en la Ciudad de México. Era un indígena de estatura media baja, con una cabeza cuadrada plantada en un cuerpo grueso y blando. No poseía signo distintivo alguno, salvo por sus pequeños ojos negros que denotaban un espíritu ambicioso y oportunista. De hecho, lo que realmente me llamó la atención fueron sus preguntas muy directas acerca de mis relaciones con el delegado del RAN. Investigaba, con una torpe franqueza, qué tanto le podía servir a sus intereses. Contesté que no tenía amistad alguna con dicho responsable. (Mi experiencia me ha enseñado que es preferible presentarme ante mis interlocutores como alguien que carece de relaciones y, por ende, de una posición social estratégica, para neutralizar toda solicitud de favores.)

—¡Coma! ¡Coma! —me lanzó mi anfitriona, visiblemente preocupada por verme saborear su guisado al ritmo de un maratonista (para poder acabar la enorme pieza de pollo hundida en un picoso mole negro).

Sin esperar el fin de la comida, su esposo, con la boca llena, me preguntó:

—¿Cuánto gana a la quincena?

Era la primera vez que alguien (una persona extraña, además) me preguntaba eso. Estaba atónito y le respondí de mala gana. Sabía que mi interlocutor me evaluaba toscamente para saber qué tanto yo podía gastar como padrino. Como estaba a punto de descubrir, no abandonaban la idea convertir a cuatro de sus hijos en mis ahijados. De hecho, no buscaron más padrinos después de mi llamada telefónica, conversación en donde le había explicado, con lujo de detalles, los motivos por los cuales mi esposa y yo aceptábamos ser padrinos de primera comunión, únicamente de la mayor de las cuatro. Después de la comida, este señor me pidió reconsiderar mi posición, ya que ellos se harían cargo del vestido de un niño. No tenía contemplado regatear acerca de un compromiso que me parecía tan importante, como es el de ser padrino.

Aunque desconocía cómo se elige tradicionalmente a esta figura y los argumentos que intervienen en este tipo de negociaciones, no dejaba de sentirme incómodo. Me presionaban para asumir un papel que no me correspondía.

Mi compadre me era antipático. Se me figuraba a una de aquellas personas que en su búsqueda de ascensión social logran sobresalir gracias a su inteligencia servil y las cómodas relaciones de compadrazgo que tejen al amparo de su interés. No tenía que adivinar las intenciones de mi anfitrión, ya que me las compartió sin el menor reparo.

Después de un partido de fútbol, jugado bajo un sol implacable, regresamos a la casa para tomar Coca-Cola con hielo. Este detalle me permitió sumar el refrigerador a la lista de comodidades de esta familia indígena. Frente a una discusión que claudicaba por los largos silencios de una inequívoca distancia socio-cultural entre mi compadre y yo, los invité a ir a la ciudad más cercana para comprar el vestido de mi ahijada. En el último momento decidieron ir a una ciudad más lejana. Este señor tomaba las decisiones con descarado autoritarismo. Me era francamente antipático. En la primera tienda que visitamos, madre e hija eligieron el vestido (y sus accesorios) a un precio tres veces superior a lo que me habían dicho inicialmente. Pagué. Después siguió la búsqueda de los zapatos blancos que, a diferencia del vestido, nos tomó casi dos horas. Visitamos todas las zapaterías de esta modesta ciudad al norte del Estado de México, ya que mi ahijada de 13 años escondía gustos excelsos, probablemente por las horas que veía programas de televisión. Entraba a las tiendas, se probaba diferentes modelos, pedía a las empleadas ir a buscar zapatos de su talla y cuando venía el momento de decidirse anunciaba sorpresivamente que un detalle del zapato no le gustaba y se iba. Repitió esto un sinnúmero de veces. Finalmente, después de un cansado recorrido por las calles inundadas por un sol hirviente, regresó a una zapatería donde se probó un modelo que más o menos le había gustado, pero que era de un precio dos veces superior al presupuesto establecido. Otra vez pagué. Tras estas compras anhelaba despedirme. Hice mi mejor esfuerzo, pero mi paciencia

se agotaba. De camino a la terminal de autobuses, este señor me recordó mis obligaciones como padrino de sus otros tres hijos. No lo escuchaba. Le decía que sí, pero pensaba lo contrario. Establecía una relación equívoca con gente equivocada. Al subirme en el autobús sentí un alivio inmediato. Por fin dejaba de escuchar sus instrucciones y pedidos. De regreso a la Ciudad de México, pensé también en lo disperso de mi investigación sobre los líderes rurales y el poco grado de avance que tenía.

En otro tenor, debo señalar que mis frecuentes visitas al RAN hicieron más cercanas mis relaciones con el personal de esta administración y, en particular, con Próspero, el encargado de los archivos de los expedientes de las organizaciones rurales, personaje más cerca de la figura de San Judas Tadeo que de la de San Pedro. Un día, presionado por mis insistentes interlocutores, en cuanto a mis supuestas capacidades culinarias, llevé crepas. Crepas francesas, naturalmente. Tuvieron un éxito que sobrepasó mis propias expectativas. Todo el personal del departamento de Próspero las probó con cajeta. La ingestión de alimentos es la principal actividad de estos funcionarios; saborearon gustosamente algo que no fueran sopes ni tacos. A raíz de esta experiencia degustativa, mi reputación se incrementó de manera significativa. Dejaba de ser un modesto investigador que hurgaba en archivos que interesan a nadie y respecto de los cuales nadie sabe nada, para convertirme en un chef, cuyo nombre empezó a circular en los pasillos. Todos me empezaron a saludar a mi llegada. Un día me invitaron a elegir el guisado que más me gustaba, pues una señora afable y gordita me lo prepararía. El principio universal de la donación y contra-donación estaba en marcha. Escuché “la próxima semana” cierto número de veces hasta que un día, cuando ya no esperaba nada, la jefa del departamento nos sorprendió a todos con chilaquiles. El gesto amable de esta cuarentona soltera fue bienvenido, incluso cuando Próspero, en tono burlón, se quejó de que este guisado estaba frío. Efectivamente lo estaba y sin posibilidades de calentarlo, pero sobre todo picaba bastante. El chile cambió mi rostro de color y gotas de sudor corrían sobre mis temporales. Alertada por mi cambio

de fisonomía, una atenta secretaria me trajo té caliente en medio de risas y comentarios burlones.

—Debes comerlo. No pica. ¿Qué, no eres mexicano? —me lanzó un Próspero jovial.

Para hacer honor a Prudenciana, la jefa, acepté que me volvieran a servir. Observado desde todos los ángulos, no tuve otra opción que acabar el picoso guisado junto con el hirviente té de manzanilla. Una vez que terminé de comer con gran dificultad, quedé satisfecho: cumplí con lo que esperaban de mí. Lo tomé como una especie de rito de paso que me permitiría integrarme más al personal.

Mayo de 2003

Al profundizar mi búsqueda, me enteré de que la Dirección de Desarrollo Político del gobierno estatal poseía información actualizada sobre organizaciones políticas y asociaciones civiles. Después de numerosos intentos, logré comunicarme por teléfono con su jefe de vinculación, quien, con la amabilidad de una caja registradora, me dio una cita sin preguntarme si ese día y hora me convenían. No se le ocurrió que podía estar ocupado o no le importaba: era el jefe. Afortunadamente no tenía compromisos ese día, por lo que llegué puntual a la cita, a pesar de buscar el edificio por toda la calle. En esta estrecha vía del centro de Toluca, la numeración de los edificios no seguía la aritmética clásica, sino un misterioso algoritmo, cuyo resultado era dispersar números pares y nones sin aparente lógica. La fachada verde olivo y la ausencia de una puerta de entrada sobre la calle, no dejaban dudas sobre el uso anterior de este edificio anónimo. De hotel de paso se había convertido en oficinas de la DGDP, que en las campañas electorales se encargan de inducir votos a favor del PRI. Como lo imaginé, esta unidad administrativa era el refugio de burócratas especialistas que no podían laborar en otro lugar más que en este. El policía

de la entrada, tal San Pedro de un prostíbulo de tercera categoría, estaba detrás de su escritorio debajo de las escaleras. Una vez mi identificación en sus manos arrugadas, subí al segundo piso. Allí la secretaria me informó que el jefe estaba en reunión, pero que podía sentarme en el sofá para esperarlo.

Al poco tiempo, me puse de pie para hablar con un joven, adscrito al departamento de vinculación, que la secretaria me presentó. Si bien este funcionario no me dio ninguna información sobre la base de datos que tenían —no sabía o no quería mostrarme que sabía—, se mostró prolijo al comentar el recién organizado foro estatal de las organizaciones políticas y sociales. Aparentemente fue todo un éxito: lograron reunir a 468 organizaciones; el éxito ciertamente se debió a las dádivas prometidas a los participantes en este evento que se celebró estratégicamente entre los comicios del 9 de marzo y las elecciones del 6 de julio. Durante mi larga espera en el sórdido pasillo semioscuro, observé que cuatro personas llegaban para entrevistarse con el jefe, porque el líder de este *quatuor*, lo explicó a la secretaria, les prometió recursos. Desaparecieron para regresar un momento después. No tenía de qué hacer, sólo esperar la improbable aparición de tan importante personaje con quien concerté una cita.

Mientras, observaba cómo un empleado empezó a desmontar un microondas. Con una sorprendente habilidad, este técnico autodidacta lo desbarató y se llevó la placa, con todos los componentes, a su escritorio convertido en un taller de electrónica. Se quedó largo tiempo arriba del corazón del horno iluminado por una lámpara de buró, lo desarmó y luego lo armó. Aparentemente no tenía mucha prisa de ponerse a trabajar o quizás quería a toda costa calentar ahí su *lunch*.

Decidí aprovechar esta espera para entrar en contacto con la Dirección de Difusión y Publicación. Después de una azarosa búsqueda en los dos pisos de este edificio, encontré finalmente a la licenciada responsable. Su exagerado sobrepeso me llamó la atención. Aunque fría y distante, empleé argumentos convincentes para ganarme su confianza. Tal fue mi éxito, que me obsequió un ejemplar de todos los folletos, cuadernos, revistas y libros pu-

blicados. ¡Era increíble! Por un momento creí que me daría también su número de teléfono personal. Era mucho más de lo que esperaba. Regresé a sentarme en el sofá con varios kilos de documentación. Muy satisfecho, mi espera reinició.

A los pocos minutos, un hombre seco, vestido con traje barato desalineado, se sentó en el sofá. Este funcionario de alrededor de cincuenta años fumaba tranquilamente con esa seguridad que otorga los privilegios de la experiencia. Cuando pasó el joven con quien platicué un momento antes, lo invitó con insistencia a sentarse a su lado. Empezó a preguntarle si le gustaba su trabajo y se apuró en asegurarle que iba bien y pronto ocuparía mayores responsabilidades. El joven escuchó esta predicción con una satisfacción fingida. Sus respuestas, balbuceadas a las preguntas de su interlocutor, mostraban su malestar. A la primera oportunidad se levantó para alejarse de su dudoso admirador.

Hacía una hora de espera y la desesperación empezaba a garmarme. En lo que a mí concierne, ese día no estaba dispuesto a esperar largas horas en la antesala de un jefe, por muy poderoso que fuera. Decidí entonces irme no sin antes dar a la secretaria un pretexto verosímil para explicar mi “precipitada” salida.

Junio de 2003

En un taxi me robaron mi portafolio con mi computadora, mi agenda, mis disquetes de respaldo y una memoria *chip* que mi jefe acababa de prestarme. Debido a que no tenía equipo de cómputo para trabajar en mi oficina, a pesar de tener casi un año laborando ahí, me vi en la obligación de ir y venir diariamente con mi *laptop* personal. Este hurto tuvo sobre mí el efecto de un huracán de categoría 5. Durante los siguientes días me invadían sentimientos de enojo, coraje y desesperación. No tenía la menor esperanza de recuperar mi laptop y todos los documentos contenidos en ella. Con la poca información que disponía, fui a una agencia del ministerio público para levantar un acta. Nunca había estado en ese lugar, ni sabía que ahí reina el desorden y la más descarada co-

rrupción. No había información ni turnos; solamente bancas llenas de víctimas por delitos, familiares y abogados. El tumulto era ensordecedor. El caos indescriptible. Para llenar mi formulario, un contador público me prestó espontáneamente su declaración (le había sucedido algo similar). Llené mi denuncia de manera precavida y evité que una mala respuesta hiciera que me investigaran. Cuando el contador terminó su trámite me obsequió generosamente una propaganda del bufete que dirigía. Agradecí su gesto. Después de una larga espera, me atendió finalmente una funcionaria preocupada por el menú del día, al igual que sus colegas masculinos. Alrededor de dos horas repetí lo escrito en mi declaración, así como corregí una y otra vez la ortografía de mi nombre. Luego me mandó con la policía científica de la planta baja. En ese momento era el único “cliente”, por lo que las invitaciones para atenderme brotaron por doquier. Finalmente, un joven tomó mi caso.

—¿Cómo eran sus ojos?

—No lo sé.

—¿Cómo era su nariz?

—No la vi.

—¿Cómo era su boca?

—No pude verla, estaba sentado atrás.

—Bueno; entonces, en estas condiciones, no se puede hacer el retrato hablado del chofer del taxi. Gracias y suerte.

Regresé de noche a mi casa, exhausto. Tenía muy poco de haber llegado cuando sonó el teléfono. Era la funcionaria que me atendió y me pedía, “como favor especial”, regresar para llenar mi acta, porque perdió el original... ¡No lo podía creer! Tan poco tiempo transcurrió para que “perdiera” mi expediente... A pesar de mi estupor, volví enseguida. Me tardé una hora y media más en nuevamente redactar un original, conforme a la copia. Satisfecha, la funcionaria me dio un citatorio para la semana siguiente.

El día del citatorio llegué puntual a la agencia del ministerio público. Esperé bastante tiempo, antes de que una mujer corpu-

lenta, dueña de una doble torta, me atendiera. Me di cuenta de que la obesidad es una pandemia que afecta particularmente a los funcionarios públicos, quienes cultivan el sedentarismo a la par de su afición por la comida callejera. Para ratificar mi declaración repetí su contenido en voz alta y corregí nuevamente la confusión de mi nombre con mi apellido. Una vez terminada esta formalidad, pregunté tímidamente:

—¿Cuánto tiempo tendré que esperar para tener una respuesta de su parte?

—Bueno, puede ser muy corto o muy largo, depende... Pero si me permite, le voy a dar un consejo: no se haga muchas ilusiones...

El consejo era bienvenido. Me despedí, desconcertado de mi interlocutora, quien empezó a engullir su enorme refrigero.

Dos meses después recibí en mi domicilio un oficio titulado “Cédula de notificación”, en el cual el Procurador General de Justicia del Distrito Federal me informaba, en letras mayúsculas, que había dictado el acuerdo de *no ejercicio de la acción penal*. En otras palabras, este señor tomó el “Acuerdo” más fácil, el que le ahorra penas y problemas, que consistía en no girar órdenes para arrestar al taxista. Esta resolución aligeraba la labor del personal de la Procuraduría de Justicia e inflaría los buenos resultados de las estadísticas judiciales.

Al ver desaparecer la posibilidad de recuperar la información de mi computadora, pedí a mis colegas y amigos que me reenviaran los documentos electrónicos de mi autoría que tuvieran. De esa forma logré recuperar gran parte de mis archivos, pero mi base de datos de las sociedades rurales, el manuscrito de este libro y otros documentos de gran valor, se redujeron tristemente a una versión primitiva. Con este robo perdí más de 200 horas de trabajo...⁶

⁶ Al respecto, recordamos el caso del politólogo italiano Giovanni Sartori, quien perdió el volumen II de su manuscrito de *Partidos y sistemas partidos*, con el robo de su auto. Nunca volvió a escribirlo.

Por primera vez utilizaría uno de los tres vehículos del Centro de Investigación para ir al trabajo de campo. Tramité mi licencia de manejo después de varios años de titubeo sobre mi capacidad de imitar la forma de circular de los automovilistas de la capital. El último viernes del mes me fue cedida una camioneta Van para 10 pasajeros, que tenía el aspecto de un transporte público en medio rural. Indudablemente mi hijo y yo estaríamos cómodos. Antes de darme las llaves, tuvieron a bien enseñarme, aunque demasiado rápido, la manera de encender el motor, ya que tenía instalada una protección antiasalto. Subí. A pesar del tamaño de la camioneta y del mal estado de los caminos, no tuve ninguna dificultad para llegar a la primera etapa de mi recorrido por la zona. Pero al salir del estacionamiento —en realidad una pradera donde apacentaba un rebaño de borregos bajo la vigilancia de un simpático pastor— la camioneta se detuvo. El motor dejó de funcionar y la Van no quería arrancar. Me esforcé por encenderla de nuevo, sin éxito alguno. Con sudor tras el volante, desvié a los automóviles obligados a orillarse peligrosamente hacia el borde del camino de terracería; repetía una y otra vez la sucesión de operaciones que me indicaron. Primero, abrir la puerta y cerrarla; luego, encender el V; después, apretar el botón rojo; luego esto y luego lo otro. El tiempo pasaba y mis numerosos intentos no daban ningún resultado. Tan eficaz era el sistema antiasalto que no podía hacer andar la furgoneta. En medio de mi desesperación, llamé al técnico para pedirle asesoría. De pura suerte, sus consejos vía telefónica me permitieron encender el motor y liberar el paso.

En esos días me enteré por los periódicos que un grupo de ejidatarios luchaba desde hacía años en contra de un megaproyecto, del cual se sabía poco, pero lo suficiente como para estar asustado por el daño al medio ambiente que provocaría. Una colega me dijo que a pesar del llamado del líder hacia los académicos para apoyar su lucha, ningún investigador se interesó por este movimiento en contra del proyecto de construcción de un Centro Internacional de Esquí en el Nevado de Toluca. Sería la primera es-

tación de esquí del país. El movimiento me parecía legítimo, por lo que busqué entrevistarme con el portavoz de los ejidatarios.

En el palacio municipal reinaba una gran efervescencia: era viernes de quincena y los empleados cobraban en un feliz tumulto en la planta baja, mientras que en el despacho del primer piso del presidente municipal entraban y salían licenciados e ingenieros que se saludaban como unos caballeros condecorados con el orden del Águila Azteca. Hacía apenas cinco días que el equipo ganador de las últimas elecciones tomó sus funciones y, según lo que podía ver, reclutaban colaboradores.

—Permítanme presentarle al arquitecto tal, hijo de zutano. Es un brillante y talentoso arquitecto...

—¡Son profesionistas, como usted, los que necesitamos! —exclamó el licenciado, mientras palmeaba halagüeñamente el hombro de su joven interlocutor.

Por mi parte, pedí a una amable secretaria los datos del nuevo comisario de un ejido cercano. Minutos después salí de la sala de espera, convertida en salón de recepción de una fiesta cívica, para buscar esta figura de autoridad local, directamente vinculada con el movimiento de protesta.

Me trasladé a dicho ejido. Estacioné la camioneta-pesero de la Universidad cerca de la iglesia e intuí que la presidencia municipal estaba a un costado. Efectivamente, el centro del Poder Ejecutivo local a la derecha de la iglesia, pero cerrado. Era la una y abriría a las cinco. No había permanencia; los horarios de atención al público se reducían a los periodos de digestión de los nuevos representantes. Intenté llamar por teléfono al comisariado, cuyo nombre era correcto, tal como me lo confirmó el único lugareño presente en la plaza central, pero su número telefónico personal no lo era y en el palacio municipal no tenían teléfono... Por fortuna, una pareja que esperaba el autobús se me acercó y me proporcionó la dirección de la casa del comisariado y precisó que “estaba cerca”. Mi hijo y yo caminamos bastante por las calles empolvadas de este pueblo fantasma.

En un momento dado encontré de nuevo a mi informante circunstancial, acompañado por un miembro del comisariado, en la sombra de una tienda de abarrotes. Desconfiados, insistieron en que el comisario no quería atender asuntos en su casa, no me recibiría y lo más probable era que no estuviera en su domicilio. A pesar de la actitud de mis interlocutores, expliqué, en repetidas veces, quién era y lo que buscaba, por lo que empezaron a hacer comentarios acerca del proyecto de construcción de una estación de esquí en las faldas del volcán: no querían ver la nieve artificial quemar sus cultivos ni tampoco contaminar el agua que bebían. Este último argumento me dejó perplejo, pues uno tomaba Coca-Cola y el otro cerveza. Sinceramente, al ver la masa corporal de ambos, imaginé que pocas veces debían tomar agua... Aparentemente, las otras dimensiones de este megaproyecto no les parecían importantes o no las contemplaban. Pero me aseguraron que los más de cien pueblos que estaban directa e indirectamente involucrados en este proyecto jamás permitirían su construcción. Desconfiaban de los políticos y hablaban de ellos como de personas totalmente ajenas y lejanas. Y, según ellos, los políticos no sabían de lo que hablaban.

Después de escuchar su inconformidad general, me despedí de los dos ociosos para dirigirme hacia la casa del comisario. Pedí orientación un sinnúmero de veces. Las indicaciones que unos me daban contradecían las de otros; todas eran tan vagas como inservibles. Finalmente, un joven, al cumplir con las indicaciones de su amable padre, nos acompañó hasta el portón de la casa del comisario, quien era su tío. Gracias a su presencia, la esposa del responsable nos abrió. Desconfiada, esta mujer me dijo que el comisario no estaba y regresaría a las diez de la noche. Dejé mi tarjeta de presentación y le aseguré que por teléfono me pondría en contacto con su marido. En realidad, este señor se había vuelto alguien importante: un líder político. Su gente lo protegía de propios y extraños. Este caso confirmaba algo que vi con anterioridad: no hay un movimiento social que no termine en la esfera política y esta fronda campesina no era la excepción.

De esta manera se acabó mi trabajo de campo en este pueblo clavado en las faldas del Nevado de Toluca. Nunca más iba a saber

del comisario ni del movimiento de protesta, ni de la estación de esquí. No se puede insistir ni continuar en contra de la voluntad de la gente. Si no hay posibilidad de llevar a cabo un trabajo de investigación, entonces no tenemos otra alternativa que renunciar. Fue el caso y se sumó a la larga lista de mis fracasos.

Septiembre de 2003

A algunos kilómetros de Valle de Bravo se localiza un movimiento de resistencia. Por los medios de comunicación nos enteramos que mujeres mazahuas se levantaron en armas para exigir al gobierno, entre otras cosas, recibir agua en sus comunidades. Tenían en su territorio la planta tratadora de agua más grande de Latinoamérica, que extrae millones de litros de agua diarios del subsuelo, para mandarlo al Valle de México y a la Ciudad de México, mientras que ellos carecían del vital líquido. “Sus hombres” llevaban ocho años con gestiones ante las diferentes instancias del gobierno para que se hiciera justicia; todo esto en vano. Se levantaron en armas, muchas de madera, y se autodenominaron Ejército Zapatista Mazahua de Mujeres. Amenazaron al gobierno con “hacer volar” los pozos si seguían sin obtener respuesta a sus peticiones.

El gobierno federal se estremeció. El temor de ver aparecer una nueva guerrilla indígena a dos horas de la capital del país movilizó a varias secretarías de Estado. Los medios de comunicación se enfocaron en las declaraciones de las comandantas insurgentes. Con una antropóloga experimentada, decidimos seguir de cerca este proceso de contestación. No fuimos solos: cuatro estudiantes de posgrado nos acompañaron en este “primer acercamiento”, como lo denominó atinadamente un agente de gobernación que nos interrogó a nuestro regreso.

Al ir a esta zona sentía que me dispersaba. Había ido algunas veces a una comunidad del norte del Estado, entrevistado a varios funcionarios públicos en las dependencias estatales, hecho varias estancias cortas en diferentes pueblos del Estado de Méxi-

co y ahora pretendía involucrarme en otra región. Al tomar esta iniciativa no cambiaba de tema, la problemática era la misma; sin embargo, era un cambio de zona geográfica y de actores. Esta libertad de cambiar de organizaciones y actores significaba realizar estudios puntuales, sin comprometerme con los informantes.

Nos bajamos de la camioneta y pasamos las rejas azules de la planta potabilizadora. Dos lonas y algunas bolsas de carbón estaban apiladas al lado de tres tumbas. Tumbas sin sepultura, tumbas simbólicas adornadas con flores marchitas. Me enteré que estas tumbas recordaban los tres últimos habitantes, víctimas del mal funcionamiento del sistema de extracción de agua de la Comisión Nacional de Agua (CNA) —en los últimos quince años más de 50 personas fallecieron por estas razones—. El sol sobrecalentaba el aire, pero no había agua. Nos presentamos ante un campesino muy humilde, cuyo rostro parecía haber sido cavado por los riachuelos de una vida miserable. Sus manos gruesas se abrían como dos palas muy desgastadas. Sus palabras eran dulces. Nos dijo que se reunían para discutir con las autoridades y que ellos —junto con dos mujeres que nos observaban a cierta distancia, sin parar de bordar— estaban de guardia. Ingenuamente nos explicó que el licenciado, quien los representaba, les dio la instrucción de no hablar con nadie ni dar información a personas ajenas, porque si filtraban involuntariamente información a agentes de gobernación, arruinarían el proceso de negociación. Así es que, en pie de lucha, se movían con prudencia. De hecho, algunos minutos después de haber estacionado nuestro vehículo, un coche se estacionó delante nuestro y de él bajó media docena de personas que se esparcieron bajo la sombra de los árboles para observarnos. Entonces supe que tenían sus reservas y no éramos bienvenidos.

Decidimos ir al lugar de reunión, mientras los estudiantes aprendían a utilizar la videocámara numérica, la cámara digital y las grabadoras de mano. Al lado del auditorio estaba una patrulla de policía estatal con dos uniformados en su interior; agotados por el sol y el ocio, no representaban ninguna amenaza para la tranquilidad del pueblo: su pasividad tenía la fuerza de la ley.

Entramos sin cámaras al recinto. Nuestro propósito era no disfrazarnos de periodistas ni de cineastas. Llegamos cuando estaba a punto de darse una declaración. Una tensa calma reinaba en esa bodega. El sol perforaba silenciosamente una penumbra polvorienta. Decenas de pares de ojos negros se voltearon hacia nosotros. Nadie nos dio permiso de entrar. Precisamente, buscábamos hablar con el licenciado o la comandanta Victoria para pedirle su permiso. Era el momento más delicado. Una docena de funcionarios de gobierno estaban sentados en la mesa de negociaciones, mientras las televisoras y los periodistas esperaban el momento de grabar la firma de los acuerdos. Mi colega antropóloga reconoció a uno de sus exalumnos, quien negociaba por parte de la unidad del gobierno. Nos enteramos de la dinámica de las negociaciones y de lo que se discutía ese día. Quizá no era la mejor manera de acercarnos a los pobladores, al conversar con un representante del gobierno, pero así se dio. Después de un tiempo de espera, el representante del secretario de Gobernación regresó para hacer un anuncio. Los periodistas se arremolinaron para grabar sus palabras. Nuestros estudiantes aprovecharon para tomar fotos y ejercitarse en el arte de la videograbación. El ruido hecho por los niños y las niñas que jugaban en el recinto me impidió escuchar lo que decía el funcionario, pero logré enterarme de la respuesta por parte de la comunidad: negativa. No aceptaban la propuesta del gobierno. De nuevo, el funcionario salió con sus asesores y su secretaria. Después de esperar un rato, nosotros también. Había personas sentadas y otras recostadas en el pasto, mientras algunos grupos discutían entre sí. Indiferentes a lo que sucedía dentro y fuera del auditorio, tres caballos merendaban el pasto con apetito.

En cierto momento, el abogado defensor de los indígenas se acercó para preguntarnos quiénes éramos. Satisfecho de nuestra respuesta, nos prometió permitir que nos presentáramos ante los integrantes del Frente al final de las pláticas. Así fue. Sentados frente a más de sesenta hombres y mujeres, nos presentamos uno por uno. Nombre, actividad profesional, especialidad y el motivo de nuestra visita. Cada uno de nosotros recibimos un “¡gracias!” seco y enérgico al término de nuestra respectiva intervención.

Nos escucharon callados y al final nos dijeron que lo platicarían entre ellos. De esta forma acabó nuestra primera visita a este grupo mazahua.

Entrar en contacto con grupos alzados no es para nada fácil. Abordar un movimiento social, cuando está en efervescencia, conlleva múltiples dificultades como, por ejemplo, la de ser confundido con periodistas o espías.

La segunda visita no fue menos impactante. Nuestro objetivo era asistir a la siguiente ronda de pláticas. La cita era a las 10 de la mañana, en otro de los nueve pueblos que conforman el Frente. Llegamos después de las once, pero no fuimos los últimos en llegar. Era de esperarse. En México los horarios son flexibles, el tiempo es relativo y personal, como lo expresó Salvador Dalí en su obra pictórica *La persistencia de la memoria*.

El modesto terreno de fútbol del pueblo fue transformado en estacionamiento, cuya entrada era una de las dos porterías. Para acceder al auditorio, sede de las negociaciones y vestigio de la bondad de un Estado paternalista, caminamos entre una valla de mujeres mazahuas. Todas tenían la boca tapada con *masking tape*. No me sentía en mi lugar. Tenía la extraña sensación de no ser invitado a este evento e imponerme. No representaba al gobierno ni era asesor del Frente, ni era periodista. Éramos unos académicos ingenuos que buscaban comprender las efervescencias del mundo rural. En su mayoría vestidas con la indumentaria tradicional náhuatl, las mujeres protestaban silenciosamente. Hacían de su desesperación el espectáculo de su lucha. En Chiapas, en varias ocasiones me tocó ser recibido, junto con otros muchos observadores civiles, por vallas de manos que aplaudían y rostros cubiertos. Allí las manos bordaban y los labios estaban tapados. Allí el silencio dejaba escuchar el viento de la desesperación.

Encontramos a los mismos actores. Ese día se buscaría firmar acuerdos sobre un nuevo tema: el agua. No teníamos la agenda de discusión y desconocíamos la mecánica procedimental de los diálogos. Éramos simples testigos. Un estudiante que se nos adelantó para llegar a la hora de la cita, dio un aventón a una señora mazahua que le enseñó su pueblo donde carecían de agua entu-

bada. Los cuatro estudiantes y yo escuchamos algunas de las intervenciones, sacamos fotos e hicimos un par de preguntas. Había mucha tensión entre las partes. Incluso, en un momento dado, el joven abogado se levantó y dio 25 minutos a los representantes del gobierno federal y del estatal, para ponerse de acuerdo. Lo que motivó esta mini ruptura de las negociaciones, fue el sistemático juego de *ping-pong* al que se dedicaban ambos grupos de negociadores. Ese día me fui del pueblo y entendí menos aún el proceso de representación colectiva y de toma de decisiones. Entre más horas acumulaba de trabajo de campo, menos comprendía las lógicas de la acción social.

Octubre de 2003

Fui a Temoaya, un municipio indígena que se caracteriza por su gran número de organizaciones rurales. Decidí buscar al representante de una organización constituida dos años antes y conformada por más de cien miembros. Pensaba que por el hecho de ser de reciente creación, y tener muchos miembros, me daba una mayor probabilidad para localizar a su dirigente. Caminé lentamente por carreteras rurales salpicadas de baches y topes —curiosamente los topes más peligrosos estaban ubicados al lado de talleres mecánicos y vulcanizadoras—. Debido a la ausencia de indicaciones, tuve que preguntar por mi camino numerosas veces. Una vez estacionado en la única calle del pueblo, pregunté por el dirigente (que nadie conocía) y por el comisariado ejidal (que todos conocían, pero cuyo paradero nadie conocía, ni siquiera su esposa). En vano di numerosas vueltas. Del taller de herrería fui a la casa del comisariado, de ahí a la casa del primer delegado y de su casa me mandaron a la casa del segundo delegado, que no encontré; pero sí logré dar con el domicilio del delegado de otro pueblo.

Con muchas dificultades di con la esposa respectiva de cada uno de los responsables, pero extrañamente no me pudieron ayudar a localizar a su respectivo cónyuge. Las horas pasaban. Estaba estancado. Resolví entonces ir a la cabecera municipal.

Al salir del pueblo, acepté llevar a cinco maestras que pedían aventón para ir a este mismo lugar para cobrar su quincena. Aprovecharon la comodidad ofrecida por la camioneta de diez asientos, y yo, sus conocimientos para llegar más rápido al palacio municipal, procurando no romper las suspensiones del destartado vehículo. Una maestra me presentó con un funcionario que inmediatamente me indicó el lugar donde se encontraban las oficinas del dirigente campesino. Le pedí validar un croquis que hacía a partir de sus indicaciones. Las indicaciones vagas como “aquí bajas y das vuelta de este lado”, “sigues todo derecho hasta donde la carretera se divide” y “está donde hay cortinas cerradas” me dificultaron encontrar lo que buscaba. En efecto, comprender y utilizar las explicaciones de estos informantes circunstanciales requiere de mucha perspicacia y un agudo sentido de la observación. Finalmente encontré una organización desconocida, pero cuyo dirigente era la persona que buscaba desde la mañana. Me senté y esperé.

Ubicada en el garaje de una modesta casa, esta oficina recibía señoras humildes en busca de empleo. Aparentemente los requisitos eran mínimos y muchos los tipos de trabajos. Pensé hallar una agencia rural de colocación. No tardé en darme cuenta de que esta organización se encargaba de suplir las deficiencias no solamente de las administraciones del sector agrario, sino de todas las dependencias del sector social.

Después de un momento un joven me atendió, me dio la respuesta que estaba acostumbrado a escuchar: “El señor Rutilio no se encuentra por ahora y no sabemos cuándo va a regresar”. Entonces intercambiamos nuestra tarjeta de presentación. Al voltear el pedazo de cartón donde había escrito los datos del dirigente, estaba un logotipo del PRI con una leyenda que decía “Organismo de mujeres” y las tres primeras letras de la pequeña ciudad. Estos detalles me ayudaron a ubicar a esta organización en el espectro de la sociedad civil.

De manera general, observar todo es rico en enseñanzas. Estoy convencido de que un buen sociólogo es un observador nato. Una curiosidad inagotable y un sentido agudo de la obser-

vación permiten al profesional de las Ciencias Sociales llevar a cabo estudios bien documentados. En efecto, para comprender el mundo se debe observar. Esta observación es posible solamente cuando se aprovecha plenamente el tiempo para grabar todo tipo de detalles.⁷

Ocho días después regresé a las oficinas de esta organización. Tenía cita con el dirigente, personaje importante como lo son los líderes rurales vinculados a partidos políticos. Llegué mucho antes de la hora acordada. Aproveché para lanzarme en la búsqueda de otro dirigente en una localidad cercana. El camino de tierra para llegar a su modesta casa se parecía más a una pista del *rally* París-Dakar que a una carretera: el camino estaba tapizado de hoyos abiertos, a veces forrados con paja como nidos gigantes; también estaba salpicado de topes de dimensiones excepcionales y pasos a desnivel increíblemente peligrosos. Pedí la dirección de la casa un sinnúmero de veces, antes de dar con ella. Uno de mis informantes circunstanciales en esta aislada comunidad otomí me asombró por su parecer: era un joven con el cabello largo peinado en cola, un collar y aretes de oro en las orejas; estaba vestido como los jóvenes chicanos que viven en los suburbios de Los Ángeles. De hecho, no era raro escuchar *rap* en inglés, así como melodías pesadas de grupos de *rock* de entre las modestas casas de adobe de las aldeas indígenas.

Obviamente el dirigente no estaba en su casa y una pariente suya, con quien hablé, no quiso decirme dónde estaba ni a qué tipo de comercio se dedicaba. Luego de presentarme y explicar detalladamente el motivo de mi visita, me dijo que salía a las 7 de la mañana y regresaba como a las 7 u 8 de la noche. No tenían teléfono, por lo que la única solución era que él se comunicara desde la caseta de teléfono del pueblo. Sabía que tal eventualidad nunca sucedería. Me fui y dudé de la sinceridad de mi interlocutora. Pero me permitió comprobar lo que escuché en otras ocasiones: aparentemente,

⁷ En su conocida obra *Tristes trópicos*, Lévi-Strauss explica cómo aprovechó cada minuto pasado en una aldea Bororo, en la región brasileña del Amazonas, para anotar todo tipo de detalles sobre sus chozas y disposición en el espacio.

los líderes campesinos son vagabundos de la representación en perpetuo desplazamiento, laboran más de doce horas diarias, que incluyen los fines de semana, y nadie sabe nada de ellos.

Después de esta infructuosa búsqueda, regresé puntual a las oficinas de la organización rural del PRI. Como era de esperarse, mi interlocutor no estaba. Recordé también que la puntualidad en México es un “área de oportunidad”, como dirían los tecnócratas, por lo que no tenía otra opción más que esperar. Durante los siguientes sesenta minutos escuché todo a mi alrededor. Asimismo, en detalle me enteré de las actividades de la organización, de los diferentes cargos ocupados por el dirigente, de la precaria situación financiera de la asociación, de las actividades realizadas por los voluntarios, de los estrechos vínculos de esta asociación civil con la Sedagro y el PRI... Con una hora de retraso, el líder priista llegó a pie, pues su camioneta se descompuso al pasar por un bache. Este gestor —así se presentaba— era franco y fácil de abordar; sin duda, sabía negociar muy hábilmente sus servicios. Se mostró dispuesto a responder mis preguntas una vez que conoció el motivo de mi visita. Se mostró prolijo, pero sin dejar de ser prudente. Apuntaba lo que me decía. En cierto momento, aproveché una interrupción —estábamos en su modesta oficina, sentados de un lado y del otro de su escritorio, una mesa de cocina adornada por un mantel de plástico— para invitarlo a comer. Eran las dos y media de la tarde. Comimos en un restaurante de su elección. Allí, entre la sopa y el arroz, entre el arroz y el guisado, le hice preguntas sobre su trabajo, su trayectoria, sus cargos, las dificultades que encontró en su labor como gestor, etcétera. De pronto mi informante saludó a una comensal y le dijo:

—Te presento al doctor Bruno, un nuevo miembro de la organización... está aquí para apoyarnos en la cuestión de la capacitación.

No dejé de manifestar mi asombro; estaba impactado por haber sido afiliado sin saberlo, en tan poco tiempo, y por asumir una función sin haberla considerado jamás. Al terminar la comida, todas las preguntas del cuestionario tenían una respuesta. En ese preci-

so momento mi interlocutor aprovechó para investigar sutilmente lo que podía ofrecer a “su” gente. Aparentemente el listado de los apoyos gubernamentales que le entregué no llenó sus expectativas y negociaba sutilmente una cosa por la otra. De esta forma, le propuse dar una plática a los representantes comunales de “su” organización. Aceptó, con la idea de hacerla coincidir con la visita del secretario general de la organización estatal priista. Al despedirnos, me informó que el evento se haría la semana entrante.

Volví una semana después. Aproveché el llegar temprano para ir a las oficinas del PRI de la cabecera municipal de Temoaya y platicar con el secretario del comisariado ejidal. De esta forma corroboré la dirección del domicilio de un dirigente cenecista y me enteré del conflicto agrario que oponía a las autoridades priistas con el jefe supremo del pueblo otomí. Aunque escuché diferentes versiones de él, había una cosa cierta: era el conflicto agrario de mayor relevancia en el municipio. Mientras el secretario me deletreaba en voz alta un oficio relativo al asunto, a mi lado una familia pedía la firma del tesorero del comisariado ejidal, en un oficio que le presentaban. Aparentemente tenían el original, pero no supe por qué en la copia faltaba su firma. El intercambio verbal duró bastante tiempo. Los peticionarios insistían, pero el responsable se negaba a firmar. Finalmente, tres billetes de cien pesos le ayudaron a cambiar de opinión y, con la aplicación de un alumno de primaria, el tesorero emitió la firma tanto en la copia como en el documento original.

Luego, fui a las oficinas de la organización rural no sin antes almorzar quesadillas de hongos de monte (en el trabajo de campo nunca se sabe cuándo se podrá comer e ir al baño). El dirigente llegó tarde y acompañado por tres hombres. Pensaba dar una conferencia frente a una docena de representantes, pero la falta de asistentes me llamó la atención. Mi interlocutor me informó que salían de una larga reunión en la presidencia municipal y los demás responsables no quisieron acompañarlo para asistir a la plática. Don Higinio ceremoniosamente me presentó a sus acompañantes, como si yo fuera un ingeniero portador de un proyecto... Entonces, no era solamente miembro de la organización

y su asesor, sino ahora un “ingeniero con un proyecto” (y supuse: también con el financiamiento correspondiente, claro)... A pesar de mi inconformidad, no negué esta nueva asignación de un título y rol que no correspondían a la realidad: si lo hubiera hecho, desmentiría y deslegitimaría la posición de mi interlocutor. Inventé mi currículum y el líder les dijo que era un ingeniero brillante, dispuesto a resolver los problemas técnico-financieros de la organización, además de aconsejarlos sobre la manera de aumentar el rendimiento de su criadero de truchas y asesorarlos para criar avestruces... Estaba literalmente aterrado por esta avalancha de tareas que sabía no podía cumplir: las únicas avestruces que encontré en mi vida fueron las que me corretearon en el safari de Puebla y robaron mi paquete de Sabritas.

Pospusimos la conferencia para la siguiente semana. Pero antes de despedirme de mi informante, me lanzó: “¡Vamos a comer!” y me dio una palmada interesada en el hombro. Jovial, don Higinio estaba seguro de mi respuesta. Es más, aprovechó para invitar también a uno de los delegados. Mi informante dio por hecho que cada vez que nos reuniéramos se convertía automáticamente en mi invitado —pues me reembolsaban mis gastos de trabajo de campo—; pero no solamente él, sino también quienes lo acompañaban. Fuimos al mismo restaurante que la vez anterior. Durante la comida no dejaron de alabar mis mil y una cualidades y se maravillaron, de antemano, por los prodigios que llevaría a cabo. Me sentía como Aladino adulado por su corte. Se fueron tan entusiasmados que olvidaron hasta darme las gracias por invitarlos a comer. Me quedé pensativo. Regresé al Centro de Investigación, mientras tarareaba la Marcha Imperial de Darth Vader: “El imperio ha llegado por fin, masacrando planetas sin fin... el lado oscuro invade al universo...”.

Regresé a Temoaya ocho días después. Había una agitación inusual afuera de las oficinas de la asociación. Una decena de personas obstruía involuntariamente la entrada, así como la minúscula sala de espera. Con un simple vistazo se apreciaba que los “clientes” se dividían en dos grupos: las mujeres por un lado y los hombres por el otro. Ellas exigían el pago escalonado de una máquina de co-

ser comprada gracias al crédito de un programa gubernamental. Explicaban que no podían regresar a su casa sin respuesta, pues pagaron el pasaje de su bolsa, además de haber “abandonado” su hogar demasiado tiempo y al regresar no querían ser regañadas por sus maridos. Por su parte, los hombres platicaban con menos efusión en el umbral de la puerta de entrada. Pensé, equivocadamente, que parte de la gente estaba allí porque fue convocada por don Higinio para asistir a mi exposición que preparé con esmero.

Llegó el compañero de don Higinio, un veterano de la gestoría como él. Después de saludarme ceremoniosamente, don Marcelo me interrogó sobre mis actividades, mi formación profesional, especialmente sobre mis contactos, con el apenas velado propósito de evaluar cómo serviría a sus intereses. Si me hubiese dicho que laboraba en una unidad de investigación judicial, lo hubiera creído. El proporcionarle una copia del listado de programas gubernamentales me consagró ante don Higinio como un interlocutor potencialmente interesante. El líder me reveló que fue comisario ejidal de su pueblo, encabezó un fuerte movimiento para la defensa del agua y amenazó a la Comisión Nacional del Agua de cerrar definitivamente los siete pozos de la comunidad, los cuales alimentaban a la Ciudad de México. Para comprobar sus aseveraciones y mostrarme el importante papel que jugó, se dirigió a su coche, abrió el cofre y buscó un recorte de periódico dentro de sus papeles. Al acercarme, descubrí que la cajuela de su Volkswagen la convirtió en un archivero. Había oficios pasados y recientes, sus documentos y comprobantes personales, así como media docena de credenciales que lo acreditaban en distintos periodos como líder campesino. Además, conservaba con especial cuidado las tarjetas de presentación que logró reunir en sus diferentes recorridos por las administraciones públicas de la entidad —más tarde pediría la mía para sumarla a las demás, no sin antes leer detenidamente su contenido—. Con su archivero ambulante, este líder experimentado era capaz de entregar cualquier comprobante en cualquier momento. Solamente le faltaba conectar una impresora multifuncional en los asientos traseros de su “vocho”.

Don Higinio regresó a toda prisa a su oficina y atendía a los beneficiarios en el orden en el que llegaron. Los problemas se abordaban en el umbral de la entrada, pero se resolvían a puerta cerrada en su modesta oficina. El tiempo pasaba y agoté todos los temas de discusión con don Marcelo, un personaje interesado y demasiado elocuente, para ser sincero. Me despedía cuando me dijo que esperara a su amigo. En menos de quince minutos, el líder campesino apareció, me saludó, se disculpó por el retraso y me explicó precipitadamente que debíamos reunirnos con la gente de una comunidad cercana. Todavía en ese momento creía que era para dar mi plática. Higinio y Marcelo se subieron a la camioneta, así como Leonor, la lideresa indígena afiliada al mismo partido.

En poco tiempo llegamos al lado de lo que parecía ser un terreno de fútbol llanero: era un espacio plano y roturado, cercado de vegetación lujuriante y casas de color tierra. Todas las ancianas del pueblo nos esperaban, o mejor dicho, a Leonor, la carismática joven otomí, otrora funcionaria local del Desarrollo Integral de la Familia (DIF). Descubrí demasiado tarde que yo co-presidiría una reunión para promover una iniciativa de la esposa del gobernador: al afiliarse al PRI, mediante su credencialización al DIF, la cuarentena de señoras (había dos ancianos únicamente) podrían beneficiarse de consultas médicas gratuitas, viajes sin costo en los malísimos transportes locales y, si demostraban suficiente celo, también despensas. A los requisitos formales ampliamente detallados en lengua vernácula y en español, la oradora agregó otro: en ocho días su “jefa” (es decir, la esposa del gobernador) vendría a visitarlas, por lo que estas humildes ancianas debían preparar especialidades culinarias, canciones y danzas. Con un espectáculo y la preparación de un banquete, demostrarían a la poderosa responsable del DIF municipal que eran personas que realmente necesitaban ser ayudadas. Al actuar de esta manera, aumentarían su probabilidad de participar en este programa. Estaba sorprendido por tan evidente chantaje, pero parado en el estrado a un lado de mis campantes acompañantes, y frente a las señoras, no podía decir nada y nadie me lo había pedido. Al final nos despe-

dimos de estas señoras mayores de sesenta años; algunas de las cuales me saludaron de mano y con reverencia me dijeron: “hasta luego, ingeniero, hasta luego”. Fuimos de regreso a la camioneta, yo al volante, como siempre. Higinio se felicitaba por el éxito de la reunión, mientras Marcelo interrogaba a la lideresa sobre quiénes estaban y qué se dijo en el desayuno con el gobernador para celebrar su cumpleaños. Luego, el dirigente mestizo, con una muestra de una supuesta superioridad lingüística y de género, se esmeró en querer corregir ciertas expresiones gramaticales empleadas por la joven otomí. Mientras, yo fungía como chofer. Me enteré de que visitaríamos a la familia de la lideresa, una vez estacionada la camioneta frente a su casa.

Al final del camino, en lo que parecía ser un callejón de terracería sin salida, del lado izquierdo se erigía una casa de concreto de un piso. La parcela inclinada sobre la falda verde del monte me permitió ver también dos corrales, una cabaña y, más arriba, un invernadero. Precisamente allí me llevaron en presencia del padre de la gestora. Para poner a prueba mis (supuestos) conocimientos de agronomía, me acompañaron al huerto de este campesino indígena que sabía mil veces más cosas que yo sobre las verduras que había sembrado. Sinceramente no era capaz de distinguir un surco de rábanos de otro de jitomates o de chiles. En el supermercado confundo regularmente la hierbabuena con el epazote, ¡hasta el grado de que en una ocasión bebí un té de epazote y creí que era de hierbabuena! Mi ignorancia era total. A pesar de mis renovadas explicaciones sobre mi trabajo de sociólogo, me preguntaron: “¿Cómo se puede mejorar este invernadero?”, “¿qué otras plantas podrían crecer aquí?”, “¿qué verduras podría comercializar con éxito?”. Este campesino me reveló que ganó el tercer lugar en un concurso por la calidad de su producción. El gobierno estatal le regaló un invernadero de 400 m², equipado con un sistema automático de goteo, que por cierto nunca recibió. Este hombre de fe me explicaba apasionadamente que las plantas crecían por la obra de Dios y rezaba para que así sucediera cada temporada. Con el mismo fervor loaba mis habilidades como ingeniero agrónomo

(sic) y agradecía en voz alta a Dios por haberle visitado ese día. Con una profunda convicción me repitió:

—Es una bendición de Dios que usted esté aquí, ingeniero; porque gracias a usted y todo su conocimiento voy a poder levantar todo eso.

Lo curioso del asunto es que sus plantas crecían tan bien y en tan grande cantidad que regalaba a sus vecinos lo que le sobraba. Cada vez que me alababa, le respondía sin ser escuchado que él era el verdadero responsable de este imponente trabajo, que sus conocimientos sobrepasaban los míos, etcétera. Finalmente, después de un tiempo que me pareció una eternidad, salimos del invernadero. Fuimos a lavarnos las manos.

Su hija nos llamó para comer. La minúscula cabaña de madera era la cocina y el comedor; en otra palabra, el lugar más importante. En el centro de esta sala oscura brillaba un fogón rojizo que soportaba un comal tapizado de tortillas. Comí con hambre y mastiqué severamente los tacos quemados. Era una comida sencilla: tortillas azules, quelites, huevos, chiles y habas. No había platos ni servilletas de papel. En lo particular, esta rusticidad no me molestaba y saboreaba la comida; a la inversa de mi acompañante, el gestor, quien se quejaba indirectamente de la señora por no preparar carne ni proporcionarnos salsa. Sentados alrededor del dulce fogón, platicábamos o, mejor dicho, el padre de la lidereza me interrogaba. Era el primer extranjero que recibía en su casa. Me preguntó si, como había visto en la televisión, existían personas en otra parte de la tierra que vivían como Adán y Eva. Entendí inmediatamente que se refería a hombres y mujeres que, por su grado de primitivismo, no usaban vestimenta. Le respondí que no estaba enterado de la supervivencia de tales primitivos, pero que en todo caso dudaría de la veracidad de lo que se presentaba en los programas televisivos. De manera paulatina, la conversión giró alrededor de mi presencia en México, del nivel de vida en Europa, del costo de los boletos de avión para ir a Francia y de mi situación personal. “¿Cuántos años tiene?”, me pregun-

tó finalmente mi locuaz anfitrión. Le contesté y luego exclamó: “¡Ah!, qué casualidad, ¡apenas dos años más que mi hija!”. Los ojos del campesino experto en el arte de hacer crecer las plantas en invernadero y detectar los cruces de destinos, se iluminaron. Sin dejar de ocultar su desesperanza como padre, nos dijo que su hija era soltera, que no se le conocía novio alguno, pero tenía muchas cualidades. La madre y la hermana de la gestora no desaprobaron las declaraciones del padre ni ella tampoco, quien falsamente se reía avergonzada. Después de preguntarme si era católico y recibir la respuesta que esperaba, mi huésped me preguntó: “¿Ingeniero, está casado?”. Era la pregunta. Mi respuesta decidiría el futuro de su hija soltera. Mi “sí” colapsó todas las esperanzas de este buen padre de familia; definitivamente no sería su yerno. Logró ocultar su decepción al cambiar inmediatamente de tema. Terminamos de comer, nos levantamos y fuimos todos en la camioneta; es decir, los padres de la gestora y mis tres acompañantes. Lloviznaba. El trayecto se hizo más largo. Me sentía como chofer de pesero, con la diferencia de que no cobraba el pasaje. De regreso a Temoaya, involuntariamente pasé espantosos topes sin bajar demasiado la velocidad. Mis pasajeros se rieron. La madre de la lideresa lanzó:

—Afortunadamente no transportamos mujeres embarazadas...

Quizá tenía el perfil de un ingeniero agrónomo, como ellos aseguraban, pero definitivamente no poseía para nada el saber de un microbusero. Uno no puede acumular tantas cualidades... Aunque sacudidos, llegamos todos sanos y salvos. Los padres de Leonor se bajaron y se despidieron.

Antes de regresar a las oficinas de la organización, visitamos un dispensario comunitario a cargo de una monja —cuya amplia fisonomía me recordaba la silueta de la monja del rompopo Santa Clara—. Mis acompañantes aceptaron ser auscultados; el primero sufría de problemas de tensión y migraña; el segundo padecía insuficiencia renal. Gracias a una barra de cobre, la monja comprobaba uno por uno el funcionamiento de sus órganos y luego

realizaba esta operación para saber qué remedios les convenían. Ella y sus ayudantes asociaban, aparentemente con éxito, la energioterapia con la herbolaria tradicional, empleada por los indígenas de esta región del Estado de México. Mis dos acompañantes no pagaron la consulta y mucho menos compraron los remedios, pese que nuestra humilde interlocutora nos confió la difícil situación financiera del consultorio, que atendía a pacientes de muy bajos recursos. Es más, Marcelo, que no perdía una sola ocasión para fanfarronear, aseguró a la monja que yo podía conseguir hasta 5 000 pequeños goteros de plástico transparente, gracias a mis contactos en la universidad y fuera del país. ¡Estaba loco de remate! Yo estaba realmente aterrado. ¿Cómo podía comprometerme de esta manera? No entendía cómo este excomisariado ejidal mentía con tanta facilidad. No tuve otra opción que defenderme de cumplir este compromiso y respondí, en tono de broma, que el único comprometido era él. Salimos del consultorio con mis acompañantes satisfechos de haber sido confirmados gratuitamente del respectivo mal que padecían y yo verdaderamente avergonzado por la actitud irresponsable y descarada del líder cenecista. Pero gracias a este suceso entendí cómo esta clase de gestores sin vergüenza engañaban a la gente.

Luego hicimos una parada frente al palacio municipal, en donde Higinio y Marcelo encontraron conocidos suyos. Mientras Leonor fue a comunicar a sus compañeras del DIF que en la camioneta, abajo estacionada, había un extranjero (casado, desgraciadamente). El tiempo de espera me pareció eterno, a pesar de la diversión causada por mi obligada presentación ante las funcionarias asomadas por la ventana del primer piso del edificio. Las saludaba y sonreía; ellas hacían igual, entre risas y secretos que se susurraban al oído. Me sentía como el rey de Inglaterra de visita en un orfanatorio de jovencitas.

Leonor, que conocía bien a sus dos comparsas, me hizo tocar el claxon varias veces para que aparecieran y subieran a la camioneta. Ellos tres decidían mis tiempos. Era un chofer a su servicio. Regresamos finalmente a las oficinas de la organización priista. Mis interlocutores me agradecieron y aseguraron que tenía que volver para

impartir una conferencia y apoyarles con sus proyectos. Como es fácil comprender, no creía ni una sola de sus palabras. Eran mentirosos empedernidos. Es más, estaba convencido de que mi trabajo de campo en Temoaya terminaría ese día y que, de ahora en adelante, buscaría organizaciones rurales en otros municipios, a pesar de la presencia de lindas secretarías del DIF municipal.

Diciembre de 2003

Antes del periodo de posadas logré entrevistarme con un dirigente estatal de la federación de propietarios rurales. Lo encontré en la presentación de un libro patrocinado por su organización. Me dio la impresión de ser un hombre locuaz y bastante culto. Su cabello engomado color plata me dejaba adivinar a un dirigente dotado de una larga experiencia.

Llegué puntual a la cita en el restaurante que me indicó. Al esperar a mi interlocutor, me di cuenta de que me citó en un lugar concurrido por licenciados y, presumiblemente, funcionarios públicos de nivel medio. Al llamarle, después de veinte minutos de espera, me pidió vernos en otro restaurante. Llegué primero y lo esperé en la entrada, con el fin de ver en qué vehículo venía. Por fin se presentó.

El líder de los terratenientes no tenía la apariencia de un ranchero ni en sus modales ni en su vestimenta, ni por el tipo de coche que poseía. El licenciado Elías tenía el nombre de un profeta del Antiguo Testamento y la apariencia de un funcionario al final de su carrera. Aceptó que lo grabara, no sin antes regalarme una clase de Historia sobre la Revolución Mexicana, el nacimiento de los tres sectores del PRI y la creación de la organización de los propietarios rurales por el presidente Ávila Camacho, quien encasilló a esta nueva organización oficial en el sector popular del partido.

—No entiendo por qué nos pusieron con las organizaciones populares —se quejaba mi interlocutor—. Los políticos nunca compren-

dieron que debíamos estar en el sector campesino, pero por cuestiones políticas, no se ha hecho.

Luego, siguió la queja sobre la importancia dada al sector social rural y quienes “supuestamente” no tenían tierra y estaban aglutinados bajo la dirección de líderes ambiciosos. Antes de permitirme grabar nuestra conversación, que había empezado desde bastante tiempo, me aseveró que desafortunadamente la Confederación Nacional de Propietarios Rurales (CNPR) era catalogada como organización de terratenientes y latifundistas. Don Elías sentenció: “La CNPR, con sus federaciones estatales, es la única organización en representar a los pequeños propietarios”. No era la primera vez que escuchaba este discurso. Años atrás me acerqué a dirigentes nacionales de esta organización rural, priista como la CNC, pero mucho menos conocida que ella, y me dijeron lo mismo. Los terratenientes en la era posrevolucionaria, si bien conservaron buena parte de su poder y de sus mejores tierras, constituían en contraparte un gremio difícil de aglutinar a causa del individualismo, predominante entre sus miembros, de su número relativamente poco elevado y de su dispersión geográfica. Incluso mi interlocutor reconoció que era muy difícil reunir a los pequeños propietarios para que asistieran a un mitin y votaran masivamente por el PRI. Don Elías siguió su apasionada diatriba, mientras la grabadora puesta entre nuestros dos platos permanecía apagada. Para comer su guisado frío, el líder terminó su charla y sentenció de nuevo: “La Confederación, y sus federaciones estatales, es la única organización de representación de los pequeños propietarios”.

Sus numerosas referencias bíblicas me llamaron la atención. Después de preguntarme si era católico, me confió que él era cristiano, que sus padres lo fueron y que dos de sus hijos eran pastores, uno de ellos en los Estados Unidos. Es más, antes de terminar de comer, habló de la alianza campesina priista (que tenía trece años) en los siguientes términos.

—Fue una revelación divina. Dios me dijo que tenía que crear una alianza de las organizaciones del PRI estatal.

Sus palabras me dejaron atónito. Acaba de descubrir, para mi gran sorpresa, que Dios se interesaba en la política partidista y tenía una estrategia electoral. Luego, me comentó cómo reagrupó a todas las ovejas perdidas del PRI rural bajo el estandarte de la Alianza Campesina. Mi interlocutor, cuya sinceridad no se ponía en duda, aseveró que este logro le abrió las puertas al poder y le permitió ganarse el respeto de la clase política estatal. Poco más de diez años después de realizar esta proeza de ingeniería político-religiosa, don Elías, priista y cristiano convencido, se lanzó a la creación de un Congreso Estatal Permanente. Según sus palabras, una vez más Dios lo iluminó para crear, en periodo de campaña electoral y con el beneplácito del gobernador, una representación única de campesinos. Con el argumento de que Jesús enseñó a los hombres a unir al pueblo en lugar de dividirlo, don Elías se empeñó en llevar a cabo esta ardua tarea en el Estado de México. Los frutos de este proselitismo son ampliamente conocidos: el PRI hizo un maremoto en las elecciones locales y federales de 2003, especialmente en las comunidades de menos de 2 500 habitantes. Sincero, sin dejar de ser cauteloso en sus revelaciones, don Elías me confió, con la grabadora apagada, que aceptaría un cargo de elección popular si se lo propusieran, aunque tampoco lo buscaba. Dijo seguir los designios de Dios, respecto de su carrera política.

La entrevista duró dos horas y media, de las cuales grabé menos de la mitad. Sin embargo, la generosidad de mi interlocutor llegó hasta invitarme a conocer su casa después de la entrevista e incluso a una ceremonia cristiana; no dejó de sorprenderme. Don Elías vivía su fe mientras se alistaba en las cruzadas electorales que libraba bajo la doble protección: la de Dios y del gobernador del Estado de México. Al reconocer sus limitaciones, se presentaba como un modesto apóstol de una iglesia “que crecía y en la cual asistía gente preparada, funcionarios, gente del gobierno y

académicos”. Hacía de la unidad político-electoral el tema de sus conversaciones con Dios. Nos despedimos cordialmente.

Tenía planeado ir a dos comunidades ubicadas en el norte del estado, para responder así de manera positiva a la invitación que me hizo un tesista. Eran pueblos indígenas, de difícil acceso, pero era casi seguro encontrar a sus líderes y entrevistarlos. Para ese fin aparté un vehículo del Centro de Investigación en Ciencias Agropecuarias. En el día convenido llegué muy temprano al campus, porque tenía más de dos horas y media de camino para llegar a las comunidades. Una delicada neblina cubría el horizonte. Hacía frío. No había nadie o, mejor dicho, no se veía a nadie. El estacionamiento estaba casi desierto. Sobre la madrugada pesaba un silencio húmedo. En esta atmósfera de un bucólico inglés, busqué al “mil usos”, hombre que es a la vez velador, guardia de seguridad, *valet parking* y agente de mantenimiento. Después de un rato lo encontré. Tenía prisa de irme y él tenía las llaves. Al caminar hacia la camioneta, me aconsejó, en una confidencia espontánea no desprovista de acierto, llenar el tanque porque no tenía mucha gasolina. Pero una vez sentado detrás del volante de esta enorme camioneta, no arrancó. En lugar de un sordo ronroneo, se escuchaba por intervalos el grito rotativo del encendedor y luego un silencio inquietante. El vehículo estuvo en el taller los días anteriores, pero no funcionaba. “Tal vez no hay batería”, me dijo este hombre polivalente con vocación de mecánico. Acercó otra camioneta al motor encendido y conectó las dos baterías con cables. Se hicieron muchos intentos para arrancar la camioneta que me asignaron ese día, pero todo fue en vano. El tiempo pasaba y seguía en el estacionamiento sin poder salir. Las reglas de uso de los vehículos me impedían pedir la segunda camioneta; además, un colega la ocuparía más tarde, así que no me quedaba de otra que esperar una milagrosa reparación.

De pronto, llegaron dos compañeros del encargado de intendencia y le ayudaron a establecer un diagnóstico. El cable roto de la

batería fue reparado, pero rápidamente se dieron cuenta de que la gasolina no llegaba al sobredimensionado carburador. El indicador de combustible no funcionaba. Fueron a buscar gasolina; no encontraron nada en los laboratorios ni en las desabastecidas bodegas. Como esta camioneta tenía una bomba eléctrica sumergida en el tanque, pensé que de cualquier manera no serviría ponerle cinco litros de gasolina, se debía llevar nuevamente al taller. Estaba consternado. CANCELÉ mi salida a campo. Regresé a trabajar a mi oficina, con la cabeza atravesada por mil y una preocupaciones. Se me ocurrió escribirle a Santa Claus una carta para pedirle un bono para el servicio de los 250 000 kilómetros de la camioneta del Centro.

Antes de expresar a mis colegas y estudiantes mis mejores deseos para el año entrante, tuve que redactar tres reportes de actividades y adjuntar, para cada uno, los comprobantes de los “productos” obtenidos en los doce últimos meses. Al igual que el campesino, el investigador es un productor, sólo que éste produce oficios que no interesan a nadie y que nadie lee. Así nos lo han dicho: no investigamos, producimos un saber; no publicamos, obtenemos productos de divulgación; no dirigimos tesis, formamos recursos humanos; no damos conferencias, participamos en eventos especializados; no adjuntamos documentos probatorios en nuestros reportes, entregamos evidencias, etcétera. Aprender el léxico de la burocracia de la Secretaría de Educación Pública (SEP) requiere de un largo y tedioso aprendizaje. Además, aparecen regularmente nuevos términos que altos funcionarios encontraron al azar en sus lecturas de reportes de organismos internacionales. Luego, nosotros aprendemos a manejarlos mal traducidos del inglés. En la Universidad, la modernidad es esto. Las palabras cambian y todo parece cambiar. Antes había problemas en la realización de los proyectos, ahora son áreas de oportunidad; antes trabajábamos en grupo, ahora en sinergia; antes se fomentaba la emancipación de los campesinos, ahora se busca el empoderamiento de los más vulnerables...⁸

⁸ Alejandro Agudo Sanchíz detalló en su obra *Una etnografía de la administración de la pobreza* cómo la administración pública, a través de sus altos funcio-

No habría en mi laboriosa tarea prenavideña nada de original; por ende, nada que narrar, si no fuese por la situación kafkiana en la cual me encontraba con uno de mis proyectos. Me vi obligado a pedir una prórroga para terminarlo, pero nuevos e increíbles problemas surgieron, ya que no me entregaron un solo centavo desde su aprobación. Funcionarios ineptos contestaban cualquier cosa a mis reiteradas solicitudes de aclaración. Recibí las más diversas respuestas: “hay un nuevo trámite que hacer”, “las computadoras de rectoría tienen un virus”, “cambiaron al responsable de este programa”, “falta un oficio”, “los rubros de gastos no son los correctos” y, lo mejor: “están atrasados en los pagos”. La nueva persona encargada de dar seguimiento a los proyectos de investigación de este programa de la SEP se hacía llamar pomposamente “Doctor”. Pero *Doctor honoris causa* no era, como tampoco era en Administración Pública ni en ninguna otra carrera conocida. Este burócrata de cabello gris pensaba que su experiencia laboral era suficiente para atribuirse un título académico, que por supuesto no tenía. Incluso se conducía con suma prepotencia. No sabía absolutamente nada respecto de los mecanismos de asignación de recursos del programa Promep; peor aún, no tenía ni la menor idea de lo que era el trabajo de campo. Como me pude dar cuenta cuando lo vi, en su oficina con siete oficios distintos, además de los comprobantes de mis avances de investigación (*sic*), este doctor no tenía idea de nada. Al inicio de nuestra entrevista mi interlocutor me confundió con un tal doctor Simón... Es más, para poder recibir mis documentos y clasificarlos tuvo que llamar a su superiora jerárquica, una contadora ocupada más no preocupada, quien le dijo paso por paso lo que tenía que hacer, cuántas copias sacaría y qué documentos entregaría a la secretaria para archivarlos.

Completamente perdido en la clasificación de los oficios y sus copias respectivas, mi interlocutor se equivocó inexplicablemente un sinnúmero de veces hasta que, pasada una hora, diera por

narios, impone el uso de un determinado léxico en la evaluación de los programas gubernamentales. El investigador muestra cómo este juego de sustitución de unas palabras por otras busca eufemizar los errores y nulificar los fracasos.

terminado este sobrehumano trabajo. Me despedí y salí, con una duda por la eficiencia de este burócrata de la Universidad del Estado de México. Tuve apenas 24 horas de descanso, cuando una noche este doctor me llamó sorpresivamente a mi casa para pedirme para la mañana siguiente (*sic*) nuevos oficios. “Básicamente son los mismos que me entregó ayer, pero usted tiene que especificar que las razones de la demanda de la prórroga son razones académicas, así como precisar su nuevo cronograma de actividades”, me dijo en un tono imperioso. Al parecer, les costaba trabajo reconocer que no me entregaron ni un solo centavo y era la razón de la prórroga. Aunque fastidiado por la pérdida de tiempo que implicaba la redacción de nuevos oficios, no tuve otra opción que la de dedicar mi último día laboral del año a hacer cinco nuevos oficios y mandárselos al doctor J (¿Jekyll?).

Enero de 2004

Entre la rosca de reyes y los tamales, decidí iniciar nuevamente mi captura de datos, a partir del archivo del registro de sociedades rurales del Registro Agrario Nacional. Regresé a las oficinas del centro de Toluca, pero como me di cuenta inmediatamente, el delegado cambió y con él las reglas de acceso a las instalaciones. El público tenía prohibido subir para encontrar una solución a sus problemas con los funcionarios concernidos, por lo que los ejidatarios y comuneros se amontonaban en las ventanillas de la planta baja. La sala estaba colmada de personas, ruido y olores. Nunca había visto esto. Pequeños grupos acampaban, sentados en el suelo, mientras comían. Otros muchos obstruían las escaleras de acceso, pues el número total de asientos para el público no rebasaba los diez. La entrada a los tres pisos se encontraba resguardada por dos inflexibles cerberos uniformados. No me dejaron pasar, a pesar de mis explicaciones, mi credencial y los nombres de mis contactos. No. Necesitaba formarme para tomar mi pase. No tenía otra alternativa que la de regresar al día siguiente, sin antes avisar al subdelegado por teléfono de la imposibilidad en la cual me en-

contraba para investigar. Mi interlocutor me confirmó el cambio de delegado y de las reglas de acceso. Entonces preparé un nuevo oficio, así como muestras de mis resultados preliminares, para rogar al delegado dejarme capturar datos.

Al día siguiente, el guardia me dejó pasar sin inscribirme en el registro ni dejar mi credencial: acababa de hablar con el todopoderoso delegado. Subí con el subdelegado, emocionado de poder entrar a esta zona restringida. Me saludó efusivamente e inmediatamente fue al punto que le interesaba: su nuevo jefe era un político y lo único que le interesaba era el uso político-electoral de mi trabajo. “¿Qué le puedes dar?”, me preguntó el ingeniero Serapio con la sutileza de un herrero en una cristalería. Las oficinas del delegado estaban resguardadas por dos nuevas y guapas secretarias. En el pasillo, enseñé a mi interlocutor las gráficas y los cuadros que tenía, y buscaba enfatizar sobre las múltiples posibilidades de uso de esta información y de mi base de datos. Pareció satisfecho y, una vez sentados frente al delegado, hizo una presentación casi perfecta de mi trabajo, para concluir magníficamente: “El doctor es investigador en la universidad estatal; la universidad depende del gobierno. Por lo tanto, es correcto que como institución gubernamental podamos utilizar los resultados de su trabajo”. La perspicacia del subdelegado sedujo a su jefe, quien me invitó a mostrarle los primeros avances de mi investigación. “¿No tienes la filiación política de las organizaciones rurales?”, me preguntó. A raíz de mi respuesta negativa, me explicó que “los cambios de delegados corresponden a la instrumentación de una nueva línea política”, y él estaba en este puesto para preparar las siguientes elecciones presidenciales. Me sorprendió la franqueza con la cual me reveló su verdadero papel en la cabeza de esta unidad administrativa. Llegó únicamente para prometer a los campesinos una solución a sus problemas, a cambio de su voto.

Médico veterinario de formación, el delegado estudió en la misma universidad pública que yo. Descubrimos entonces un elemento que nos acercaba, no al grado de hacernos compadres, pero sí suficiente como para romper el hielo.

—Para no perjudicarlo, vamos a manejar este asunto tras bambalinas —me anticipó el precavido delegado—. Lo que necesito es que me des una muestra de tus resultados y de sus posibles usos para enseñárselos a unas gentes.

Conciliador como puede serlo un investigador que intenta obtener el preciado salvoconducto para terminar su trabajo, le respondí de manera afirmativa, le di mis datos, así como una fecha tentativa para entregarle el resto de la información. Nos despedimos satisfechos, como dos colaboradores que sellan un prometedo pacto.

Aproveché esta inesperada oportunidad para pasearme libremente en los pasillos del edificio y saludé a mis informantes después de varios meses de ausencia; comían tamales, como era su costumbre. Las nuevas medidas de seguridad no afectaron su apetito ni sus hábitos alimenticios. Me saludaron calurosamente. Próspero era el mismo funcionario simpático con el verbo alto y las formas machistas. Muy poco después de llegar, se inició una sorpresiva reunión sindical. Dos representantes del Sindicato de los Trabajadores del Servicio Público animaban la discusión, en torno a un asunto que molestaba a los presentes: trabajadores de base, siempre presionados por sus jefes para cumplir las metas anuales, no recibieron ninguna gratificación por su buen desempeño el año anterior. Es más, el delegado, quien tenía apenas unos meses en el puesto, recibió una prima de treinta mil pesos, y los jefes de departamentos quince. Esta injusticia, aunada al recién despido de una trabajadora, calentaba los ánimos. El repudio de esta injusticia de varios años fue unánime. Los empleados exigían a sus representantes actuar inmediatamente y no esperar discutirlo en una futura asamblea. La presión fue tal que escribieron la carta en el momento y se leyó en voz alta. Discretamente instalado en una mesa al lado de Próspero, quien no dejaba pasar una ocasión para presentarme como “su secretario francés”, capturaba penosamente los datos, a menudo ilegibles e incompletos de los expedientes. Trabajé unas horas con la complicidad de mi servicial informante, quien me traía los archivos y me entregaba

los expedientes. Me despedí poco antes de las tres, hora en la cual los funcionarios acaban su día de trabajo. Por algo México es el país con una de las menores tasas de productividad laboral...

Febrero de 2004

Un martes volví a trabajar por última vez a los archivos del RAN. Capturé suficientes datos y me dedicaría más al trabajo de campo propiamente dicho; es decir, a entrevistar a los dirigentes rurales. Casualmente ese día llegaron dos personalidades de las oficinas centrales. Primero, una licenciada, que presentaron como la directora del registro de sociedades, que nos saludó. Era una mujer de menos de cuarenta años, de cabello corto, que se expresaba con un acento norteño, a pesar de “tener veinte años viviendo en la Ciudad de México”. Si bien saludaba de mano con una inusitada firmeza, no miraba a los ojos. Tenía una mirada huidiza, pero el verbo seco acorde con la autoridad que representaba. Sin otro preámbulo, esta licenciada manifestó su sorpresa que desde el “inicio del sexenio”, en esta entidad, se constituyeron apenas 16 sociedades rurales y se reportaron únicamente diez movimientos. Utilizar la unidad sexagesimal para contabilizar las organizaciones rurales era el signo inequívoco del motivo político de su sorpresiva visita.

Es importante recordar que la creación de organizaciones en el medio rural fue, siempre o casi, el monopolio de la Confederación Nacional Campesina y es un instrumento social de control político del campesinado en periodos preelectorales. El problema detectado en la segunda mitad del sexenio es que la dirección nacional del RAN era de obediencia panista, mientras que la delegación estatal servía al gobernador priista. Esta situación ponía al descubierto el delicado problema del control partidista de las organizaciones rurales, a través de instituciones como el Registro Agrario Nacional. Para intentar responder a esta delicada situación se reunieron el delegado, el subdelegado y todos los jefes de departamento. En esta reunión participó también el director de re-

gistros, un hombre rechoncho, de talla modesta. Presentado personalmente por el delegado, el director nos saludó de lejos (con una sonrisa en los labios), como un candidato en campaña. Próspero de inmediato le dio un magnífico apodo: “El Mesero”; antes de que éste presidiera la reunión, resolví atreverme a pedir platicar con la licenciada que lo acompañaba. Ingenuo, tenía la idea de intercambiar información acerca de las sociedades rurales registradas en esta entidad federativa. “Después”, me contestó. Naturalmente no la volví a ver. Después de varias horas de trabajo, cansado y hambriento, me despedí de Próspero y le anuncié que no lo visitaría más. No iba a enfrentarme más con los vigilantes de la entrada, ni ocupar más el escritorio destartado en un rincón de la oficina, no les traduciría más las letras de canciones en inglés o francés, ni enchilarme más con botanas picosas a todas horas, ni hurgar más expedientes en los archiveros polvorientos y cuyo acceso era acrobático, ni ser confundido, por usuarios perdidos, como un empleado más del RAN. Lo único que restaba por hacer era entregar mis resultados parciales al delegado y agradecerle.

Marzo de 2004

Mientras tanto en el Centro de Investigación, a las nuevas directivas sucedían nuevos reportes de actividades; a los nuevos reportes de actividades, nuevas directivas. Estas tareas perpetuas nos convertían en Sísifos de la Ciencia. Funcionarios todopoderosos del Olimpo-Rectoría daban, aparentemente de manera aleatoria, el impulso a estos repentinos e imparables fenómenos administrativos. Quizás el trabajo de estos burócratas de élite residía en mostrarnos que poseían un poder decisorio, del cual carecíamos, y darnos la ilusión de que también trabajaban. En todo caso, mi labor de investigación se retrasó por estas directivas cambiantes. Así, un día perdí varias horas para asistir a una reunión en donde nadie me esperaba y no tenía nada que decir, porque desconocía totalmente los temas abordados. En otra ocasión, y por primera vez después de más de un año, me autorizaron ejercer un modes-

to presupuesto para mi trabajo de campo; a los quince días recibí un oficio, en el cual se me pedía entregar los comprobantes y mis resultados...

Otro día supe que tenía que devolver a la Biblioteca Central todos los libros comprados con mi proyecto de investigación. El objetivo supuesto de esta medida era para que los investigadores devolvieran las publicaciones adquiridas mediante sus proyectos. El autor intelectual de esta iniciativa era ciertamente un asesor del rector, quien se dio cuenta de cómo poder ocultar la disminución del presupuesto anual asignado a la compra del material hemero y bibliográfico en la UAEM, mediante el registro de todos los libros de todos los investigadores adscritos en las facultades y centros de investigación de la Universidad. No dudo que esta brillante idea le permitiría ser promovido en corto plazo. Por mi parte, no tuve otra opción más que regalar los diccionarios y libros difícilmente adquiridos, sin tener tiempo de consultarlos. Era una orden superior. Tenía que obedecer y separarme del material que necesitaba para mi proyecto. No tenía opción. Estaba en el mejor de los mundos.

Para entrevistarme con el director estatal del Registro Público de Propiedad (RPP) fue necesario esperar la tercera cita, ya que, como me lo explicó sencillamente su secretaria: estaba “muy ocupado”. Me informaron del cambio de fecha de la primera cita, pero no de la segunda, por lo que me presenté en vano en las oficinas centrales del RPP. Ese día, a pesar de efectuar un largo periplo por toda la ciudad, llegué puntual. Pero en lugar de ser recibido por el ocupado director, encontré a su desolada secretaria que me repitió incontables veces que en la mañana (*sic*) la secretaria del Centro de Investigación me avisó sobre el contratiempo de su jefe. Más vale tarde que nunca, dice el refrán. Pero no fui avisado. Con un rostro apenado, que parecía ser sincero, la secretaria me informó que reprogramó mi cita para el siguiente viernes a las 10:00 hrs. No me preguntó si podía ese día, a esa hora...

Subí a mi coche, pero no avancé más que algunos metros, debido a un corto circuito. El coche quedó atravesado en medio de la calle. No podía arrancar. Mis numerosos intentos fracasaron. Tenía la frente bañada en sudor. Un taxista, cuya corpulencia le permitía manejar el volante con su panza, descargó su molestia sobre el ruidoso claxon de su chatarra. Afortunadamente, una persona me ayudó a empujar mi coche (nuevo, por cierto) de más de una tonelada. Una vez estacionado, llamé al seguro; se lo llevaron en grúa hasta el taller más cercano, donde me quedé toda la tarde para finalmente escuchar que el electricista se había ido a comer y que, por lo tanto, era preciso dejar el coche más tiempo. Mi día estaba perdido. Regresé a mi casa en autobús.

Me presenté puntual al Registro Público de Propiedad. Esta vez, el director estaba en su amplia oficina y mi nombre anotado en su agenda. Me recibió muy amable, me escuchó y mandó llamar al jefe de sistemas. Interesados en ayudarme, y extrañamente desinteresados en cuanto a los usos posibles de mi trabajo, buscaron la mejor forma de permitirme el acceso a la base de datos de las sociedades registradas. Descubrí rápidamente que el joven y abierto jefe de sistemas era políglota y muy dispuesto a conversar conmigo en mi idioma materno. Trabajó en Gobernación en la Ciudad de México —nadie es perfecto— y tenía apenas seis meses en este empleo. Estos animados intercambios en la segunda persona del singular me permitieron obtener en tiempo récord lo que buscaba y más porque habían efectuado un primer filtro con palabras claves y me entregaron esta información en versión impresa y en disquete. ¡Jamás visto! En menos de una semana tenía algo que en otras dependencias gubernamentales tomaría siglos. Muy agradecido, me comprometí en regresar con el resultado parcial de mi investigación.

Abril de 2004

Era un día normal, un día de trabajo como cualquier otro. Era primavera. Del Centro de Investigación emanaba esta atmósfera tan

particular de quietud y paz que caracteriza la dulce producción del saber. Después de horas sentado en mi escritorio y trabajar tranquilamente, fui a comer. Al salir, llamaron mi atención las columnas de humo que salían del pastizal seco al borde de la carretera, a unos cien metros de distancia. Hasta donde pude ver, las llamas entraban en las parcelas y dejaban grandes lenguas negras. El viento avivaba el fuego rampante. No era la primera vez que unos campesinos, al quemar los rastrojos de maíz en sus parcelas en un día ventoso, dejaran las llamas quemar todo a su alrededor. El ancestral proceso de tumba-roza-quema no se caracteriza por su precisión. Entonces no me preocupé y comí con hambre. El comedor era el espacio semidesierto de siempre, en medio del cual el reciclado refrigerador de laboratorio almacena a temperaturas siberianas los alimentos del personal. Pero al salir vi, para mi sorpresa, que el pastizal del campus estaba en llamas. El viento hizo avanzar el fuego a gran velocidad. Entre bromas y bromas, el personal de mantenimiento tiraba cubetas de agua por allí y por allá. Pero no era suficiente.

El pastizal seco prendía fácilmente. Los cinco voluntarios no podían contener el fuego. Entonces, junto con otra investigadora, decidimos emplear extinguidores. Corrimos a los laboratorios para conseguirlos. Por increíble que parezca, los tesisistas y el personal administrativo, lejos de estar en alerta, seguían como si nada en sus pequeñas actividades rutinarias. Los extinguidores eran pesados, su capacidad limitada, pero fáciles de usar y con un alcance relativamente grande. Convertidos en bomberos voluntarios, mi colega y yo atacamos el fuego con una decena de extinguidores; logramos parar el incendio apenas a cuatro metros de distancia del edificio del Centro. No obstante, la lumbre brotaba en otras partes. Una familia del otro lado de la barda nos miraba con curiosidad desde el inicio —el campesino promedio es apático—, hasta que también tuvieron que parar el fuego que por diferentes surcos entraba en su parcela, pisaban las hierbas ardientes y tiraban tierra. Una vez todos los extinguidores vaciados, llenamos cubetas de agua. El fuego todavía no estaba controlado y trabajamos arduamente. Mientras nos esforzábamos por conte-

nerlo, dos responsables y una investigadora se acercaron para estar en primera fila de este inédito espectáculo. Lejos de proponer su ayuda, se limitaban a hacer comentarios fuera de lugar. Frente a lo que parecían considerar como un *performance* nuestro, debatían sobre el proceso de regeneración del pastizal y apostaban por uno más bonito para después de las lluvias. Sacaron fotos para documentar el acontecimiento. Mientras tanto, nosotros estábamos apurados en extinguir los últimos repiques. Después de una hora de extenuante labor, el fuego pareció estar sofocado. Dimos entonces por terminado este nuevo episodio. Regresamos a nuestro respectivo cubículo, manchados como carboneros. La misma atmósfera apacible inundaba los pasillos del Centro. Ninguna agitación. Ningún signo de preocupación de nadie. La serenidad de siempre.

Me entrevisté con un exfuncionario de la Secretaría Estatal de Desarrollo Rural. Para definirlo mejor, se puede decir que antes de ser funcionario era un político, un operador, cenecista y otomí. También era padrino de mi tesista de licenciatura y gracias a esta relación filial pude contactarlo.

Después de haber sorteado mil y una dificultades en la caótica Ciudad de México, logré contactarme con el funcionario VIP. Teníamos cita en una sucursal del restaurante Vips. Esta conocida cadena de restaurantes, junto con Sanborns, ofrecen un ambiente neutro que preserva el anonimato de los comensales. Diseminados en todas las ciudades del país, estos restaurantes, cuya tipicidad ciertamente reside en su ausencia de especialidad gastronómica y una decoración insulsa, son una referencia para ligarse, para los encuentros de espías y un lugar de reunión para aspirantes a políticos. Es ahí donde encontré al licenciado Gaudencio. Lo invité a desayunar.

Antes de grabar nuestra conversación, mi interlocutor quiso saber a quiénes había entrevistado y qué información me dieron. Su inmediata preocupación me permitió adivinar en él un político

precavido —el caso de los recientes videoescándalos evidenciaba cómo un enemigo podía arruinar la carrera política de su rival político—. El licenciado Gaudencio era un informante particularmente cauteloso. Con el pretexto de no querer repetir la misma información, ni la mitad de la charla me dejó grabar. Lo único que pude grabar fue lo referente a la constitución de una alianza campesina estatal quince años atrás, ya que, según me dijo, no me podía informar sobre su situación actual, puesto que “no sabía nada”. Marginado por el gobernador priista de la entidad —quien acababa de hacer condenar con auto de formal prisión a dos manifestantes que cuestionaban públicamente su integridad, considerados “delincuentes de alta peligrosidad” por el ministerio público—, mi interlocutor se vio en la obligación de exiliarse en la capital del país y reconvertirse en profesor de Ciencias Políticas en la UNAM. Naturalmente se mostró locuaz al detallarme los logros de sus gestiones, cuando su carrera política estaba en apogeo. En su discurso, dos tiempos se podían distinguir: el tiempo personal, marcado por los puestos de responsabilidad que ocupó, y el político, definido por las campañas y precampañas electorales. Después de asegurarse de que no lo grababa, me reveló que cuando el gobernador era Secretario General del PRI estatal, le hizo la salomónica advertencia:

—¡Ah! Eres tú quien anda de revoltoso en este municipio con el PRD... Pues bien, te aconsejo encontrar otra cosa.

Al final, la información que me compartió era anecdótica y poco me servía. Pagué la cuenta y nos despedimos con la seguridad de volvernos a ver para conversar sobre los mismos temas. Sin embargo, esto nunca se daría.

Mayo de 2004

Un miércoles soleado me fui con la camioneta destartalada de la Universidad a una cabecera municipal del sur del Estado de Mé-

xico: Valle de Bravo, situada al borde de una presa denominada “lago” en los trípticos turísticos. Este pueblo se convirtió, en las últimas décadas, en un lugar de residencia para las familias acomodadas de la Ciudad de México. Las mansiones con vista al lago crecieron, junto con los hoteles de gran turismo y las empresas ecoturísticas monopolizadas por unas pocas agencias. Los fines de semana, la calle que rodea el zócalo se transforma en una ruidosa pasarela de coches lujosos. Sin duda, la creciente presencia de esta burguesía capitalina conllevó cierta prosperidad para los comerciantes lugareños. Asimismo, este poblado no tiene nada que ver con las demás cabeceras municipales; aquí las calles están limpias, conserva la arquitectura original de las casas del centro y no hay postes de luz que contaminen el espacio aéreo con anárquicas telarañas de cables. Se encuentran muchísimas tiendas (abiertas) para ofrecer servicios a los pobladores y, sobre todo, a la gente de fuera. En suma, es un pueblo rural con los servicios de una ciudad.

La elección de este municipio se debe a que mi nuevo tesis es originario de una comunidad vecina al lugar y, en el marco de su trabajo de investigación, decidió analizar allí la formación, la perpetuación y los cambios de los grupos políticos. El alumno tenía que entregar un oficio al secretario del ayuntamiento, cuyo presidente era carnicero de profesión; por otra parte, tenía una cita con su tío, un funcionario del gobierno estatal.

El camino (cerca de dos horas) estuvo bien, sin demasiado tráfico. Pero en esta carretera de montaña, en donde las curvas se suceden interminablemente, los coches que rebasaban sin visibilidad y venían directamente sobre nosotros, puntuaron nuestra conversación. Evitamos milagrosamente varias colisiones. Entre estos momentos de sustos y el ruido ensordecedor de las ruedas delanteras que parecían querer salirse, platicamos de nuestra respectiva situación. Estas conversaciones, de ida y regreso, nos permitieron indudablemente conocernos mejor. Al final del camino, justo antes de entrar al pueblo, vimos un gigantesco anuncio del gobierno estatal que decía “Corredor ecoturístico”, sobre un fondo verde, blanco y rojo. Supimos que este corredor turístico no

era más que una sencilla vereda en el bosque, desde la cual se podían ver mariposas monarcas de octubre a marzo, cada año.

En la presidencia municipal, mi alumno no encontró al secretario, por lo tanto tuvo que dejar su oficio en la planta baja, en una oficina improvisada despachada por una atareada y eficaz secretaria. A pesar de nuestra corta incursión en este lugar, pude tomar varios ejemplares de los tres periódicos locales almacenados en abandonadas pilas. No perdería la oportunidad de informarme sobre los asuntos relevantes de la región ni de escrudñar los nombres de líderes y organizaciones rurales. Todo es susceptible de servir. El sociólogo en campo debe actuar como un detective. Luego fuimos a las oficinas donde trabajaba su tío; dimos una larga vuelta, porque desde la toma de posesión del carnicero, el sentido de circulación de las calles cambió tres veces. Por fin llegamos a una casa particular, con columpios en el jardín y flanqueada por un discreto letrero que decía “Subsecretaría de gobierno”. Esta sobriedad no se debía únicamente a una reducción presupuestaria, sino a la naturaleza del trabajo que se realizaba. Su tío, el licenciado Cuauhtémoc, era analista del órgano estatal de seguridad. Nos recibió amablemente en la sala de entrada de este chalet que, no lo dudo, podía soportar varios metros de nieve en los alpes suizos. De manera paulatina, el joven funcionario compartió a mi alumno información confidencial sobre los actores políticos del municipio. Esta pesquisa concernía a líderes políticos, sacerdotes y responsables sociales, incluía también las situaciones conflictivas del momento, las acciones requeridas para solucionarlas, así como los resultados electorales por sección y comunidad. En voz baja y mirada alerta, el licenciado nos explicó primeramente la confidencialidad de la información y su valor, ya que para constituir estas carpetas básicas por cada municipio se necesitaba entre dos meses y cinco años de trabajo. Luego nos presentó los resultados electorales y nos dio su lectura. Para él, el PRI, cuyos líderes eran designados como “líderes institucionales” —lo que no impedía que algunos de ellos fueran catalogados como conflictivos—, no presentaba los mejores candidatos, por lo que los precandidatos decepcionados desertaban, se presen-

taban como candidatos de otras formaciones políticas, como el Partido del Trabajo (PT), y salían victoriosos de las contiendas electorales.

Entre sus idas y venidas por buscar ciertos documentos y fotocopiarlos, me di cuenta de que al lado del retrato de tres cuartos del gobernador, rodeado por la bandera de México y el escudo de la entidad federativa, apoyado sobre una voluminosa Constitución política del país, estaba el retrato de una mujer. Intrigado por este singular binomio, descubrí rápidamente que el rostro sonriente y luminoso de esta bella fémina era sencillamente el retrato de la segunda cónyuge del gobernador. En estas representaciones pictóricas colgadas en todas las dependencias estatales, el hombre de baja estatura lucía hierático, arropado de los símbolos de autoridad, mientras a su derecha salía su joven esposa resplandeciente, encarnando las virtudes de belleza, dulzura e inocencia de una primera dama. De esta forma el gobernador ponía en práctica, y por cuenta propia, la recomendación del primer mandatario de la nación: considerar a la pareja presidencial, en lugar de privilegiar sólo la tradicional y única figura del presidente.

El tío de mi alumno era un informante clave, una verdadera mina de oro. Además de darme los datos más relevantes sobre la situación política en el municipio, nos explicó a grandes rasgos la característica principal de varios líderes. Hacía muestra de un conocimiento fuera de lo común en lo que concernía a la vida política del lugar. De hecho, al revisar con nosotros las notas, corregía a lápiz ciertos datos que cambiaron muy recientemente. A pesar de trabajar para el gobierno priista de la entidad, sabía mostrarse crítico. Además, su formación universitaria le permitía desarrollar nuevos métodos de interpretación de los resultados electorales y proponer elegantes e innovadoras maneras de presentarlos. Al final de esta interesante charla, prometió a mi alumno darle más información y organizar un encuentro con los tres analistas del municipio que trabajaban bajo su dirección. Nos despedimos cordialmente y salimos muy satisfechos de este encuentro.

Antes de regresar a la Universidad, nos paramos en un restaurante chino sin pretensiones. De nombre francés, el propie-

tario-cocinero era mexicano y la música que se escuchaba era un blues americano. No obstante este abigarrado eclecticismo cultural, comimos un copioso guisado de arroz que podía parecerse a una especialidad oriental. Era tarde, por lo que no intentamos visitar otras dependencias gubernamentales ni realizar un paseo náutico en uno de los imponentes “yates” arrimados frente a la capitanearía de lo que pretendía ser un puerto.

Entonces tomamos el camino de regreso, pero no fue tan fácil. El azaroso sentido de circulación de los vehículos y las angostas callejuelas del centro enormemente dificultaron mis maniobras. Al frente de la camioneta-pesero llegué hasta una calle de la cual casi no podía salir: coches estacionados bloqueaban impunemente la circulación. Empecé a maniobrar el vehículo como un piloto en su examen para conducir un tanque de guerra. Sudaba. Giraba el volante en un sentido y luego en el otro. Entré en calor. La tétrica movilidad de mis espejos exteriores no me permitía evaluar todos los obstáculos que amenazaban a la desafortunada camioneta: postes de luz peligrosamente inclinados, banquetas de un piso de altura, defensas de los coches estacionados y peatones retadores que nos rodeaban para luego seguir su camino y desaparecer. De repente, y sin que mi estudiante me lo advirtiera, mucho menos los curiosos parados frente a mí, la carrocería rozó una traidora banqueta hasta alcanzar un poste de madera. Era demasiado tarde. Choqué. Apurado por salir de lo que parecía ser una ratonera, seguí adelante hasta encontrar vías de tránsito que merecían el nombre de calles. El trayecto de regreso fue largo e incierto; la caja de velocidad sonaba como caja musical. Exhausto, llegué de noche al estacionamiento del Centro de Investigación.

Cinco días después, cuando mi jefe me preguntó si, por casualidad, choqué cuando fui al trabajo de campo, le respondí ingenuamente que sí; pensaba que las huellas de mi estancia en esta comunidad no eran tan profundas. Sin embargo, para mi sorpresa, noté que el flanco derecho tenía profundas y largas laceraciones. Era más serio de lo que imaginaba. Me consolé al pensar que estas marcas en la carrocería no disminuirían en demasía el valor de esta carcacha.

Un día la secretaria del Centro me visitó a mi cubículo cuando éste ya no contaba ni con puerta ni con cortinas. Estos trabajos de pintura y remodelación convirtieron mi lugar de trabajo en una especie de acuario sin puerta, por lo que la gentil amanuense me interrumpió sin saber en dónde tocar. “Tengo una mala noticia”, me dijo apenada. “Bueno, a ver...”, le contesté y tomé el oficio en donde me decían que el informe parcial de actividades de mi proyecto de investigación no había sido aceptado. Realmente no entendía. Tuve que leerlo tres veces para entender que me congelaban el financiamiento si no entregaba el visto bueno de varias instancias académicas. Supuestamente no contaban con la información que sustentaba “el avance y cumplimiento de las metas y compromisos del proyecto”. Era una decisión que desafiaba la razón e inteligencia. Condicionar el financiamiento de mi proyecto a la realización de trámites que nadie, ningún investigador de ningún centro hacía, era incomprensible. Era una muestra de la irracionalidad de esta burocracia que no tiene rostro.

A pesar de tener que comprar con mis propios recursos el material para mi oficina: pizarrón, organizadores, tarjetero, archiveros, cartuchos de tinta, casetes para la minigrabadora... y, sobre todo, a pesar de entregar a tiempo la documentación correspondiente en el formato adecuado junto con la probatoria, una funcionaria decidió que no era suficiente, por lo que fácilmente hizo firmar a su jefe el oficio que me notificaba el congelamiento de mi presupuesto. Entendía perfectamente lo que significaban las frases sibilinas del oficio, pero para satisfacer las excéntricas exigencias de esta burocracia y no enfrentarme a mi jerarquía, decidí iniciar los trámites. Sin esperanzas ni prisa volví a constituir un nuevo expediente; sin embargo, tampoco fue del agrado de mis superiores jerárquicos, por lo que me vi obligado a elaborar una tercera versión del informe. Pasaron varias semanas. Estaba en una trampa.

Tuve que entender lo que esperaban leer. No es que no tuviera ningún avance concreto que presentar, ni tampoco mi informe

estuviera “mal estructurado”. No. Sencillamente debía borrar el apartado relativo a las disfunciones administrativas, para que las autoridades de la Universidad cumplieran sus compromisos con mi proyecto. No aceptaban que hablara de la entrega parcial y tardía de los recursos. Rechazaban todo tipo de cuestionamiento, por más sutil y velado que fuera. También tenía que llenar más papel, ya que, según me comentó una experimentada investigadora, la persona responsable de aceptar o rechazar los avances de investigación otorgaba una gran importancia al tamaño del oficio. Escribir mucho significaba que trabajamos mucho y, por ende, que forzosamente cumplimos con nuestros objetivos. Si a este largo oficio se agregaban constancias y artículos, asegurábamos poder continuar con el trabajo.

Julio de 2004

Hoy volví a la biblioteca de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, no sin antes consultar la página web de dicha institución, que resguarda archivos, libros antiguos y hasta códices. En la dirección URL de la biblioteca, como en casi todas las demás bibliotecas públicas, me fue imposible enterarme si estaba abierta en este periodo estival o de sus horarios de atención. A la distancia, creo que esta información es superflua y no interesa a nadie... Al llegar a la ENAH pregunté al policía si la biblioteca estaba abierta. (Siempre me intriga ver a policías uniformados que vigilan los accesos de universidades y bibliotecas públicas.) Mi pregunta hizo titubear al uniformado. Encendió su *walkie talkie* y después de una conversación en clave me dijo que efectivamente estaba abierta y me dejó pasar por el portón entreabierto. Todo parecía indicar que no se esperaban lectores a tan temprana hora de la mañana. Eran las 09:00 horas. Esta sensación tuve dentro de la biblioteca. Un policía ocioso recibió mi mochila e identificación a cambio de dos credenciales de colores. Anoté mi nombre en una libreta carcomida que fungía a la vez como libro de registro y manuscrito, un pergamino de lo inútil.

Era el primer usuario del día y el primero que quería consultar el fondo reservado. Esta doble condición me hizo sentir incómodo, porque interrumpí involuntariamente a dos empleadas que platicaban animadamente.

—No ha llegado nadie todavía... —me dijo perpleja la más amable.

—Tenía una cita a las 10 en... —recordó a medias la segunda mujer, mientras se pintaba los ojos de un tono azul fosforescente.

Anuncios como estos vislumbran la inoperatividad de instituciones como la ENAH, donde la división del trabajo es un logro sindical in-to-ca-ble. Las personas y sus puestos son insustituibles; así que cuando falta alguien, el sistema deja de funcionar.

Esperé un momento en la minúscula sala de consulta de los archivos, la cual está a medio camino entre un búnker (por la exigüidad de su única ventana) y un salón de primaria (por el mobiliario almacenado allí). De repente llegó una empleada. Se sorprendió al verme. Me empezó a explicar que había algo como cinco fondos distintos que estaban en diferentes bases de datos. Intentó encender las dos computadoras que adornaban la entrada de la sala de consulta. En vano. Fueron puestas en ese lugar visible como aquellos trofeos de caza que se cuelgan en las paredes de una sala comedor. “De todos modos se necesita una clave y la única persona que la tiene no está...”, me reveló la chica mientras buscaba la manera de ayudarme. Supe después que no formaba parte de la plantilla de profesores, sino que realizaba su servicio social; de ahí su gran sentido de servicio. Me invitó a regresar a la sala de consulta general donde había cuatro computadoras de escritorio que bien podían integrar las vitrinas del museo de Tecnología. Las dos comadres seguían en el chisme. Pedí ayuda a una de ellas para encender el aparato e ingresar una clave que me permitiría abrir las puertas del Sésamo de uno de los fondos.

—Pero, ¿por qué no va al Archivo General de la Nación? —me preguntó la empleada que nunca se levantó de su silla—. Allí encontraría toda la información que usted busca.

Tenía razón. ¡Qué brillante idea! No imaginé que de los más de diez mil títulos que constituyen los cinco fondos de la ENAH, son virtualmente inaccesibles, porque su consulta movilizaría en exceso a trabajadoras y computadoras. Solo frente a tres máquinas encendidas (cada una con una clave distinta), empecé mi búsqueda. Después de esfuerzos herculeanos logré conformar una lista azarosa de diez títulos, pero sin tomar la precaución de recordar a qué fondo pertenecía cada material. Por una razón que ignoro, no hay comunicación entre los diferentes fondos; están herméticamente separados. Con mi lista en mano volví al lugar de los archivos históricos, pero estaba desierta. La chica que inicialmente me ayudó desapareció. Esperé nuevamente mientras, desde la aspillera que fungía como ventana, contemplaba a los obreros que hacían un receso al exterior. De pronto alguien entró y me preguntó si me atendían. Le contesté que no y le entregué mis fichas debidamente llenadas en los formatos aleatoriamente seleccionados —había cuatro modelos distintos—. A pesar de esto y del hecho de no saber a qué fondo pertenecía cada libro, el empleado salió a buscarlos. Después se fue la luz. Me di cuenta, no por la pantalla de las computadoras, sino por la luz neón que se apagó arriba de mi cabeza. Un extraño silencio empezó a invadir esta parte de la biblioteca que el martillazo en coro de los albañiles no logró romper por completo. Llegaron por fin los libros. Entregué mi identificación. Me dieron guantes y un cubreboca: “El almacén está lleno de polvo”, me confió con una sonrisa. Empecé mi lento trabajo de lectura. La siniestra penumbra que reinaba en este lugar apartado de la biblioteca no impidió un sinnúmero de visitas de cortesía. Colegas, jefes y líderes sindicales pasaron uno tras otro para saludar de beso a las empleadas, cotorrearlas y recordarles que pronto tendrían que ir a recolectar firmas. Saludaban a todos. Regalaban a todos una sonrisa que el ocio hacía más pronunciada. Me sentía como un arqueólogo que trabaja en un centro comercial, un sábado por la tarde.

En cierto momento, llegé a la sala de consulta un señor mayor de edad, aún más desorientado que yo. A él lo mandaron del Archivo General de la Nación a la biblioteca de la ENAH, porque pi-

dió consultar un número de *La Jornada* de hace dos años. Atravesó con valentía y cierta dosis de temeridad una megápolis que se había despertado con un temblor y la noticia de nuevas manifestaciones. Paralizada ante la solicitud del respetable usuario, la responsable de revistas le dijo que estaba a cargo únicamente de la sección hemerográfica y tenía que preguntarle a su jefa —ocupada— si lo podía atender personalmente. El digno usuario esperó sentado en su pupitre como niño de primaria, sumido en profundas reflexiones. Después de un rato llegó la jefa. Empezó por investigar quién lo había mandado hasta la biblioteca de la ENAH, para después ratificarle que desde hace cinco años no conservaban periódico alguno, porque no tenían la capacidad de almacenarlos. El insistió cortésmente que requería consultar este ejemplar de *La Jornada*, pero desistió de su modesta pretensión ante la cerrazón de su interlocutora. No le propusieron consultar la página de dicho periódico desde una computadora, tampoco le dijeron que encontraría lo que buscaba en la Hemeroteca Nacional de Ciudad Universitaria. Nada. No le dijeron nada. Creo que no es por mala voluntad, sino que ni la subalterna ni su jefa sabían cómo obtener la información que el señor buscaba. La ignorancia, aunada al notable desinterés de ambas, reflejaba a todas luces su deseo de no trabajar. Así son las cosas al lado de la pirámide en caracol de Cuicuilco.

La luz volvió. Al poco rato entró un técnico con aire de victoria: “Ya lo arreglé. Le puse una pastilla. Pero lo tendrán que checar”. Era el héroe de ese día. Fue aclamado por las empleadas. Verdadero campeón multifuncional al servicio de la ENAH, mostró a todos su empeño y dedicación. Por mi parte, le hubiera gratificado con la mención del mejor empleado del mes, con su nombre y retrato a color en la entrada de la biblioteca.

Era tarde y tenía que salir. Devolví dos libros sin haberlos consultado, con la esperanza de que al día siguiente los tendría de nueva cuenta en mis manos. Error: ese día nadie, ninguna de las cuatro o cinco empleadas que laboran en el área se presentó a trabajar. Nadie. La sala de consulta estaba abierta, pero vacía. Así son las cosas en la ENAH, gracias a las conquistas sindicales a favor de los trabajadores.

Al pasar nuevamente por debajo del arco detector de metal para salir de la biblioteca, levanté los ojos. Un curioso cartel a un costado del logotipo de la institución rezaba: “Favor de no levantar los libros”. En otras palabras, nadie podía agarrar ningún libro. Es cuando lo entendí todo: las empleadas y sus jefes habían hecho de esta consigna una de sus más sagradas leyes. Tan bien cumplían con el mandato, que la ENAH fue galardonada con el certificado de calidad ISO 9001 por la British Standard Institution.

Agosto de 2004

Estuvimos de vacaciones. Luego pasaron semanas sin que pudiera reanudar mi trabajo de campo. La preparación de clases y la lectura de ensayos, el envío de informes académico-administrativos (la tarea más engorrosa de todas), la dictaminación de artículos y proyectos, la asesoría de alumnos, y las mil y una tareas —siempre urgentes—, me impidieron avanzar. Todo era lento. Por su parte, mi tesista de doctorado estaba muy ocupado, demasiado para acompañarme al trabajo de campo, hasta que un día fui a buscarlo a la Facultad y no le di otra opción más que la de acompañarme y presentarme a sus informantes. Nos dirigimos a la ciudad que elegí para estudiar los procesos electorales y la oligarquía en el poder. Esa vez nos fuimos en mi coche recién adquirido; temía llegar tarde con la camioneta-pesero oficial que se descomponía frecuentemente y sobre todo me preocupaba la idea de regresar el vehículo al Centro de Investigación a media noche. Llegamos a Valle de Bravo sin tener cita con nadie. Era una apuesta. Mi estudiante conocía a algunas personas; por mi lado, iba equipado con una minigrabadora y una buena reserva de casetes.

—Doctor, ¿tiene un guion de preguntas? —me preguntó Alfredo.

—No —le respondí—. Pero vamos a ver si podemos investigar la relación con la ciudadanía y los integrantes de estas organizaciones ambientalistas.

En efecto, los patrocinadores de estas dos organizaciones de la sociedad civil poseían un nivel socioeconómico muy alto. De-seaba conocer más el perfil general y particular de esta élite, interesada por la conservación del ambiente.

Llegamos entrada la tarde. Era miércoles, pero el intenso tráfico en esta pequeña ciudad nos daba la impresión de ser sábado o domingo. El embotellamiento en el casco de Valle de Bravo me recordaba los problemas de circulación vial en el centro histórico de la Ciudad de México, pero sin el peligro de ser asaltado por limpiadores de parabrisas y limosneros.

Encontramos al primer informante en su oficina; trabajaba en su computadora portátil. Mi estudiante me dijo que, en su primera y única entrevista con él, no obtuvo ninguna información. Efectivamente, su rostro cerrado, en el cual estaban clavados dos ojos fijos, no hacía del personaje un informante muy amistoso. Sin embargo, sabía que si lográbamos hacerlo sonreír, ganaríamos. Así fue. Inicié la conversación con cierta desenvoltura para romper el hielo. Tenía que ponerlo en confianza y asegurarle que no éramos agentes del gobierno ni periodistas disfrazados. Cuando nos reveló que era docente de medio tiempo e impartía clases de matemáticas a nivel bachillerato, comprendí que aceptaría más fácilmente conversar con nosotros. Ambos éramos docentes. Durante aproximadamente una hora nos platicó de su organización, dio algunos nombres y muchos detalles sobre la ejecución de los proyectos. Nos enteramos de que a sus alumnos de otros planteles los movilizaba para reforestar, limpiar una barranca o ayudar a construir un relleno sanitario. En cuanto a la relación con la ciudadanía, se limitaba a una tímida estrategia informativa. En esta asociación civil, y en otra que visitamos, mantenían una frontera simbólica muy marcada entre los donantes, quienes van a su residencia de Valle de Bravo los fines de semana y los autóctonos. Nos reveló que lo esencial del trabajo de la organización era un cabildeo ejercido con las diferentes autoridades federales, estatales y municipales. Los recursos captados y la importancia de los proyectos no dejaban dudas sobre la presencia de esta asociación conservacionista durante sus veinte años de existencia. Finalmen-

te, agradecemos a nuestro informante y le ofrecí la posibilidad de platicar con mis estudiantes de licenciatura en Toluca.

Teníamos una hora de conversación grabada. Fue una triple victoria: encontrar a alguien que tuviera la disponibilidad para atendernos y aceptara hablar frente a una grabadora. Como en otros casos, nos compartió la información más valiosa una vez apagada la grabadora, pero tomamos apuntes y rescatamos lo esencial.

Nuestra siguiente etapa fue otra ONG con un perfil muy similar. Una joven secretaria nos informó que la responsable habría salido y regresaría más tarde, por lo que mi estudiante y yo decidimos ir a comer. Bajo una lluvia tupida, la elección fue fácil: el Chino. Por segunda vez, este restaurante nos tuvo como comensales. Dejamos pasar la lluvia y nos regresamos sin hambre con el itacate de lo que sobró de las enormes porciones servidas.

Encontramos a María del Carmen, la locuaz y simpática responsable del desarrollo de proyectos. No se acordada muy bien de la entrevista que le dio a mi estudiante. Era una persona muy atareada que nos reveló conocer a mucha gente. Por ejemplo, acababa de guiar durante una semana al equipo de Televisa que realizó cinco reportajes sobre los diferentes aspectos de la problemática ambiental del municipio. Aceptó fácilmente que se grabara nuestra conversación. Intenté obtener más información sobre la dimensión social de la acción filantrópica de este patronato. Dotada de una incansable logorrea, nos mostró las fotos de sus visitas a comunidades en donde a las mujeres les enseñó ecotécnicas. La elección de las cuatro comunidades era porque se encontraban en una zona de recarga hídrica. Ayudarles a ahorrar leña y agua, contribuía a preservar la filtración de agua en el suelo, lo cual tenía una consecuencia directa sobre la alimentación de agua de la presa y, en consecuencia, para la preservación de los placeres náuticos de fin de semana de la gente acomodada de Valle de Bravo. Nuestra charla fue interrumpida varias veces por llamadas telefónicas y la presencia de su esposo, que pronto se convirtió en mi tocayo. Sin embargo, mi estudiante y yo logramos ver todas las fotos que tomó de los cursos de capacitación impartidos. Como en la otra fundación, su principal trabajo era cabildear con

las autoridades para mejorar la situación del ambiente del lugar. Después de dos largas horas de escuchar a nuestra interlocutora, terminamos la entrevista. Era tarde. Pasaron diez minutos más para despedirnos de la incansable María del Carmen, le agradecemos y nos fuimos.

La cosecha de información fue muy buena: dos entrevistas grabadas en una sola tarde. Tuvimos mucha suerte. El trabajo de campo no terminó, pero se dio un paso significativo. Antes de pensar en otras entrevistas, teníamos que transcribir lo grabado e integrar la información más valiosa. Por cada hora de entrevista grabada, eran entre tres y cuatro horas de transcripción.

Septiembre de 2004

Un día me entrevisté con dos funcionarios de la Unidad Agrícola de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (Cepal). Por razones que no quise indagar, estaban peleados a muerte, por lo que a la hora de la comida me entrevisté primero con la maestra Lourdes, y en la tarde, con el maestro Bernardino. Quería solamente indagar la importancia de las organizaciones de productores en los discursos de las agencias internacionales y, particularmente, la perspectiva de estos dos especialistas. La primera me compartió su preocupación por la falta de investigaciones sobre los derechos de uso del agua en Centroamérica. Estábamos de acuerdo en ver al agua como el recurso estratégico más importante del siglo XXI, en torno al cual se perfilaban nuevas luchas por parte de las poblaciones rurales. Esta joven funcionaria internacional se proponía realizar estudios para el beneficio de los campesinos pobres. En su caso, como en el caso de su superior jerárquico, buscaba comprender realidades complejas del campo en varios países, sin aplicar una receta preestablecida, lo cual permitió intercambiar libremente ideas y experiencias.

El maestro Bernardino, centroamericano, me recibió por segunda ocasión. Al sentarme de nuevo en su cubículo, le recordé que la vez anterior me comprometió a entregarle trabajos y publicacio-

nes. Hicimos trueque: me obsequió publicaciones de la Cepal y yo libros y artículos míos. Mi interlocutor aceptó grabar la entrevista sin ningún problema. Era la primera vez que un informante no me censuraba. Pero no fue todo. La discusión fue tan interesante, que se prolongó dos horas y media durante, las cuales me ofreció tomar refresco —acepté una Coca-Cola, aunque por la hora, ya tarde, sabía que seguramente no cerraría el ojo en toda la noche—. Este economista inteligente y erudito intentaba analizar las causas de la pobreza en el campo y proponer soluciones. Conversamos sobre la necesidad de desarrollar modelos transdisciplinarios para comprender mejor la interdependencia de los múltiples fenómenos que azotan la mayoría de la población rural de los países latinoamericanos y del Caribe. Intercambiamos nuestros puntos de vista sobre los nuevos fenómenos (agricultura de contrato, multifuncionalidad de la agricultura, desarrollo rural territorial, etcétera), la aparición de nuevos actores (clubes de migrantes y asociaciones multisectoriales), así como la necesidad de desarrollar instrumentos para reducir los riesgos económicos relacionados con la producción agropecuaria. Más que una entrevista, fue una charla sumamente interesante que tuve con este experto de alto nivel.

Al final le entregué por escrito mis comentarios de su libro. Valoró mucho mi gesto. En nuestra conversación previa me di cuenta que, a mi interlocutor, le era importante comentarios escritos de lectores con un estatus alto. Le compartí mi proyecto de escribir una reseña de su obra y publicarla en una revista internacional. Idea que le encantó.

Octubre de 2004

Tuve un día de suerte. Me prestaron una combi Volkswagen para ir a trabajo de campo; se encontraba en un estado deplorable. El volante se giraba con la precisión del timón de una embarcación pesquera y al frenar tenía la impresión de que mi pie pisaba directamente la llanta delantera. Sin embargo, estas imperfecciones no me impidieron recorrer en una hora los veinte kilómetros de

carretera; camino sembrado de un sinfín de topes y baches. Una lluvia torrencial me dio la bienvenida en el pueblo, pero por fortuna tenía indicaciones relativamente precisas para ubicar la casa de don Agustín. De hecho, me refugié en la cabaña de madera ubicada al borde de la carretera, en donde su esposa preparaba tortillas. Es interesante saber que en este espacio, donde objetos y valores urbanos se esparcen libremente en el espacio rural, se da un valor agregado a las tortillas hechas a mano, ya que proliferan las tortillerías mecanizadas. Así, lo tradicional se volvió el lema de los comerciantes marginados.

Al principio, la señora no quería decirme nada. Me dijo que no sabía dónde estaba su marido ni la hora a la cual regresaría. Quizá se reservó, porque es muy común que en las zonas rurales las mujeres no puedan hablar sin el consentimiento de sus esposos. Sin embargo, poco a poco se dio cuenta de que no era el tipo de persona que le causaría problemas a su marido: era de la especie de personas totalmente inocuas. Así que me hizo entrar a su modesta tiendita para que no me mojara. Del techo de lona agujerado caían cascadas de agua en diversos recipientes. El ruido era ensordecedor. Me senté en la única mesita y pedí el guisado que me parecía tener menos chile. Era una señora entrada en edad, dotada de una voz con un timbre increíblemente alto al grado que, desde su mini-cocina, podía llamar a alguien que pasaba del otro lado de la carretera. Fue el caso con un pariente suyo, que se encontraba a veinte metros de distancia.

—¿Y el Genaro?

—¿Cuál? ¿El grande o el chico?

—El chico, Jaime. El otro se llama Jorge y el más grande Juan.

—Pues sí. El Jaime. Dicen que se fue a Querétaro con su mujer.

—Es que su mujer es de por allá.

(Después de un breve silencio).

—Tiene ya dos varones.

—¡Ah! ¿Sí?

—Sí, dos. El más pequeño es el más tremendo. Tremendo, tremendo. Pero a mí me teme. Cuando viene a ver a su madrina, allí sí, sabe. Porque soy su madrina de bautizo. Entonces cuando viene conmigo... se porta bien.

Su voz y fisonomía de matrona no me dejaban dudas en cuanto a la autoridad que podía ejercer sobre sus ahijados.

Afuera llovía. Por la ventana vi niños y niñas que esperaban el autobús con la mochila arriba de la cabeza y los pies en el lodo. Una vez pagada mi comida, la señora me reveló que su esposo estaba en una bodega de Conasupo, cerca de allí. Comprobada mi buena fe como cliente, me permitió localizar a su marido. Atravesé la carretera para ir en busca de don Agustín.

Su esposo estaba solo, sentado sobre unos bultos de fertilizante. La bodega parecía abandonada. Aunque tenue, la luz que entraba permitía ver desechos y estiércol de palomas que tapiaban el suelo. No había nada, sólo don Agustín, tres bultos de fertilizante y pequeñas hileras de tabiques para la construcción. Esta bodega daba la impresión de ser el vestigio de un pasado glorioso. Lo era. Don Agustín accedió a conversar conmigo después de indagar varias veces cómo llegué hasta él, de dónde venía y quién me pagaba mis gastos. Este dirigente cenecista me dijo que dejó de recibir apoyos con la llegada al poder del presidente panista. Desde 2001 no funcionaban como organización municipal de productores de maíz. La gente se desanimó. A nivel estatal, el responsable de la Unión de Maiceros de la CNC dejó su cargo y nadie lo sustituyó. Nadie organizaba ni movilizaba a las 53 organizaciones maiceras afiliadas. Por un lado, la producción de maíz ya no era redituable; por otro, los jóvenes preferían alistarse como ayudantes de albañiles y trabajar en la ciudad a retomar la ocupación de sus padres. Podía discernir en las palabras de este sexagenario cansado, por la edad y el trabajo, acentos de tristeza. Su hijo único era comerciante y no planeaba criar vacas y toros. No quería correr los mismos riesgos que su padre, con la fatiga del campo bajo el rigor del clima. Don Agustín no heredaría sus tierras, tendría que venderlas.

De manera paulatina le presenté un listado de los programas federales y estatales que le interesarían; luego, le pregunté si podía responder a las preguntas de mi cuestionario. Es siempre difícil solicitar a una persona, que nos desconoce y desconfía, datos personales sobre su trayectoria y sus relaciones con los demás miembros de la organización. Don Agustín no era una excepción. Al preguntarle si tenía ahijados y compadres en la organización respondió que “No”; aunque, por otro lado, reconoció tener más de treinta ahijados y un número similar de compadres. Contestó a todas mis preguntas, con verdades y mentiras. Antes de irme preguntó si yo podía investigar dónde comprar aves de corral de cuatro semanas, a un precio inferior al que da su organización. Me explicó que los responsables estatales de la CNC hacían de la compra-venta de aves de corral (gallinas de postura, de engorda y pavos) un negocio redondo para con sus agremiados. Como casi todos los dirigentes entrevistados, don Agustín tenía demandas específicas y preocupaciones precisas. Me comprometí a investigar precios, sin tener una idea clara de dónde buscar. Esta vez no me confundió con un ingeniero agrónomo, sino con un comerciante de animales vivos. Nos despedimos cordialmente. El viaje de regreso en la combi fue tan épico como la ida. Esta carcacha estampada con los colores de la UAEM no quería arrancar por la humedad. Tuve que insistir mucho. Finalmente, el motor encendió y me fui. Estaba convencido de que esta camioneta se desbarataría en cualquier momento. Fue un milagro regresar al Centro de Investigación.

Noviembre de 2004

Mientras buscaba saber cómo me convertiría en comprador de aves de corral, tuve la oportunidad de entrevistarme nuevamente con el licenciado Gaudencio, en la Ciudad de México. Logramos encontrarnos para platicar después de tres intentos frustrados. Pensé que no le interesaba ser entrevistado, no veía el provecho que podía sacar de nuestras charlas, o bien no cumpliría con su

promesa de proporcionarme documentos sobre la Alianza Campesina. Sin embargo, en nuestra última conversación telefónica se mostró interesado en algo que no tenía nada que ver con la problemática rural: el proceso de descentralización en mi país. A pesar de ser totalmente ignorante en el tema, vi allí la materia de un posible intercambio. Le propuse proporcionarle la información que buscaba. Me di a la tarea de buscar en Internet documentos sobre la descentralización administrativa en Francia y la imprimí. El día de la entrevista tenía un fólder relativamente voluminoso con varios artículos en su interior. Estaba listo para el intercambio.

Nos encontramos en el mismo Vips de la vez pasada. Llegué puntual. Sentado en la entrada, no pude arreglar mi grabadora de mano cuando el licenciado Gaudencio se me acercó. No lo reconocí. Sin lentes, una gorra de *Matrix Revolutions* atornillada en la cabeza y vestido con un conjunto deportivo, parecía otra persona. Daba la impresión de ser uno de estos prejubilados con aires juveniles que toman su jugo de naranja antes de ir a correr. Simpático, pero sin salir de su reserva, mi informante no me dio detalles sobre sus actividades. Lo único que logré saber es que dar clases en la UNAM no lo satisfacía, por lo que buscaba emplearse en una administración pública. Fue al Instituto Federal de la Municipalización (o algo semejante), pero la primera pregunta que le hicieron era su edad. Podía ser jovial y pintar sus canas, pero no ocultar sus años. Era su talón de Aquiles. A los 53 años de edad se enteró de que no podía ser candidato, a pesar de anunciarse como priista y enseñar un *currículum vitae* envidiable, según sus propias palabras. Su exilio en la Ciudad de México le parecía eterno y anhelaba el 2005, para ver al gobernador abandonar el palacio municipal de Toluca. Tenía frente a mí a uno de estos hombres que se alimentan de la política (Max Weber lo clasificaría en la categoría de quienes “viven de la política”), que busca posicionarse a la sombra de los poderosos y ofrece sus servicios a cambio de favores. A veces su estrategia funcionaba; en una ocasión logró ser presidente municipal. Pero fracasó muchas veces; en estos casos buscaba refugio en la CNC o en la UAEM —por cierto, archipiélago

para priistas en proceso de reconversión política; allí, el fungir como docente es una manera de practicar la política con otros medios.

Al final de la conversación, que duró más de tres horas y media, de las cuales sólo grabé una, le entregué mi fólder. Por su parte, me facilitó una pequeña antología de leyes agropecuarias estatales. Pero en el estacionamiento, antes de despedirnos, abrió la cajuela de su coche y me enseñó el material informativo que estaba dispuesto a prestarme: eran documentos diversos de principios de los años noventa. Vi un listado de nombres y organizaciones, lo cual justificaba por sí solo el aceptar revisar todo ese material. Le agradecí y reiteré que lo pondría en contacto con uno de sus amigos, actualmente profesor de la Facultad de Ciencias Políticas, con quien soñaba asociarse de nuevo, también le daría un ejemplar de la revista *Proceso* que trataba de la organización secreta ultraderechista “El Yunque”. El licenciado Gaudencio no sólo se interesaba en el proceso de descentralización en mi país, sino también en esta organización clandestina mexicana, cuyos integrantes estaban infiltrados en las esferas del poder.

Diciembre de 2004

Me llamaron de rectoría —en esta dependencia son todos responsables de algo— para pedirme que les entregara una nueva prórroga de mi proyecto, ya que me dieron los recursos tarde y de manera incompleta. Esta solicitud requería elaborar numerosos oficios con los respectivos documentos probatorios en anexo. A través de estos proyectos, con financiamiento externo, la Universidad Autónoma del Estado de México obtiene importantes recursos, pues cobra por su gestión... Disciplinado como puede serlo alguien que todavía no tiene una plaza definitiva, obedecí. Entregué lo que me pedían y me olvidé del asunto, ya que la respuesta me llegaría en abril del año siguiente.

La respuesta llegó...

Recibí un oficio. Este documento con membrete, que lucía una majestuosa firma, escrito con una prosa ampulada, me recordaba que no podía pedir dos prórrogas para un mismo proyecto. Todos los documentos probatorios y explicaciones conexas que entregué a rectoría, me fueron devueltos. El responsable de Promep, autor del oficio, anunciaba el término del proyecto y me pedía, con la autoridad de quien nunca ha hecho trabajo de campo, la entrega inmediata de mis resultados. Ahí estaba el detalle: mi única becaria abandonó sus estudios para casarse; mis gastos de trabajo de campo no me fueron reembolsados; estaba aplastado por mis deudas; la Universidad no me entregó un librero ni una videocámara digital; no logré publicar un artículo en una de las revistas autorizadas por la Universidad y, para colmo, nadie me firmaría ningún oficio para certificar que entregué mi reporte final de investigación... Estaba perdido. Me integraría a la lista negra de los investigadores morosos, a menos que, gracias a la magia de la escritura, dijera que en donde había fracasado había sido un éxito y lo que no se lograba cumplir estaba a punto de serlo. Es cuando descubrí que el optimismo es el motor de la investigación.

EPÍLOGO

MI EXPERIENCIA DE trabajo de campo, durante mis tres primeros años como profesor-investigador, me enseñó lo que los manuales y libros callan. Viví en carne propia la experiencia sociológica de lo desconocido. Ir al encuentro de los demás y penetrar en su mundo para comprender su realidad, es un verdadero desafío. En cierto sentido, es una aventura humana que moviliza todos nuestros recursos. Aprendí “picando piedra”, como dice la expresión. Sin contactos para recomendarme ni ayudantes de investigación, numerosas fueron las horas dedicadas y pocos mis resultados. Llevé a cabo un trabajo de campo errático y multisitiado. La observación etnográfica tiene de riesgo, lo que las entrevistas de incertidumbre.

La recolección de información de primera, e incluso de segunda mano, no es un proceso lineal que se lleva a cabo al margen de las contingencias. Planear el trabajo de campo no es suficiente. Las técnicas no bastan. Tampoco los métodos agotan el proceso de recolección de información. Aun cuando uno observa durante un largo periodo lo que viven sus informantes, ya sea porque reside en su pueblo o participa en su organización, los contratiempos no dejan de brotar de manera aleatoria. Al capricho de los sucesos, la mente y el sentir del investigador oscilan

con frecuencia. Como sujetos, estamos condicionados por el vaivén de nuestros pensamientos y la intensidad de nuestras emociones. En el trabajo de campo no tenemos nada seguro ni en lo que concierne a la conducta de los informantes ni respecto de nosotros. En cada encuentro el mundo social se reinventa. Por muy organizado que pueda ser en su trabajo, el sociólogo queda siempre a merced de los acontecimientos. En mi caso, al estar en entornos ajenos, tenía un control acotado de mi “mundo de vida”, como lo llamó Schütz, ya que los resultados de mi labor investigativa dependían en gran parte de agentes y factores externos. Me encontraba a disposición de las circunstancias. Incluso si multiplicaba las observaciones y cruzaba la información de varias fuentes, difícilmente lograba reconstruir una realidad social polifacética y cambiante. Obtener información valiosa era como conseguir el Santo Grial.

Mi experiencia de campo me mostró lo difícil que es encontrar personas dispuestas a hablar. La gente es desconfiada hacia los foráneos. Creen más fácilmente en un político que les promete maravillas, que en un investigador (debidamente identificado) que quiere platicar con ellos. En los pueblos, los rumores se propagan como pólvora y pueden tener consecuencias dramáticas. En una ocasión tuve que salir precipitadamente de una aldea mazahua, porque el director de la escuela advertía a la población por micrófono que no recibirían extranjeros, que no permitirían ser invadidos por ideas ajenas, que nadie les quitaría su escuela, etcétera. En mi mente tenía presente la película *Canoa*¹ y no quise ser una víctima más de la ignorancia y la crueldad, por lo que huí de ese lugar. De manera general, en mi trabajo de campo mis explicaciones de quién era y lo que pretendía hacer no satisfizo a ninguno de mis numerosos interlocutores. Invariablemente me confundían con ingeniero, licenciado de la administración agraria

¹ El 14 de septiembre de 1968, un grupo de trabajadores de la Universidad de Puebla partió en excursión al Popocatepetl. Tuvieron que pernoctar en el pueblo de Canoa, donde el sacerdote instigó a los fieles a masacrar a los jóvenes que creyó eran comunistas y venían a quitarles sus tierras. Los pobladores los lincharon salvajemente.

o espía. Esta confusión de papeles existió también con los líderes de organizaciones sociales que entrevisté, debido a su ambición y universal búsqueda de reconocimiento. Con ellos descubrí que la vanidad es el tesoro de los advenedizos. Asimismo, para conjurar los peligros de estas equivocaciones, aprendí que es fundamental tener un buen contacto para iniciar el trabajo de campo y alguien de confianza que nos presente a las personas claves de la comunidad. El trabajo de campo es factible cuando tenemos el capital social suficiente para ser introducidos a nuestros informantes por alguien de confianza. Es solamente cuando se acortan las distancias para con nuestros interlocutores, que tengamos una probabilidad razonable de éxito; de lo contrario, nos enfrentamos a grandes desafíos.

Es de saber que entregar oficios membretados y presentarlos a las autoridades, no es suficiente. Mi credencial de profesor, acompañado con un oficio debidamente autenticado, nunca fueron salvoconductos. Aun así aprendí el arte del lenguaje florido, que exalta las innumerables cualidades del destinatario, así como revela la supuesta ignorancia del investigador. En algunas ocasiones me vi obligado a reescribir el oficio para que estuviera conforme a las exigencias de mi interlocutor... Si bien estos documentos son requisitos elementales para solicitar una entrevista con un funcionario público de nivel intermedio y alto, no eliminan por completo sus resistencias. Si programar citas con estos burócratas era difícil, aún era más difícil que me recibieran. Pasé mucho tiempo en la antesala de diferentes oficinas de gobierno con mis oficios en mano. Me enteré por casualidad de directivas internas que les prohibían compartir información a personas ajenas. Salvo para quienes dejaban de ocupar un cargo en la administración pública, todos mis interlocutores de la función pública se quedaron en el umbral de lo cortés y me dieron lo mínimo de su tiempo. De todo esto aprendí que cuanto mayor era su nivel jerárquico, mayor era mi tiempo de espera.

Realizar una entrevista es aceptar las reglas no dichas que rigen este intercambio simbólico. Ya sean amas de casa o dirigentes políticos, líderes sociales o ingenieros, todos, o casi, esperan algo

a cambio. Quienes no manifiestan explícitamente su voluntad de obtener algo al ser entrevistado, esperan por lo menos que su nombre se difunda en medios académicos. No hay desinterés en la acción social, pero cuando existe hay un interés en este desinterés, como lo mostró Bourdieu.² Cuando se trataba de conversar con jefes o líderes, la situación se complicaba aún más, porque estaban en una lógica de simulación-disimulación, con tal de obtener más de mí que yo de ellos. Su honestidad estaba puesta a prueba. La información que me compartían a cuentagotas era a menudo inútil y sin valor, pero siempre se enmarcaba dentro de un trueque simbólico. Explícita o no, la pregunta de todos ellos era: “¿qué me vas a dar a cambio?” Caí en cuenta de que las personas negocian su apoyo y tiempo, como los mercaderes sus productos. Por esta razón tienen el poder que tienen.

Ahora bien, en la Universidad observé actuar a mis colegas y me sorprendí en más de una ocasión. Todos ellos parecían dominar las reglas del juego académico. Producir resultados contaba a menudo más que analizar los procesos de construcción del objeto de estudio. Con frecuencia, la reflexión intelectual estaba relegada a un segundo plano. En efecto, sobresalían las estrategias de maximización exponencial de sus esfuerzos a través de la coautoría de artículos científicos, la codirección de tesis, el autoplagio de sus propias publicaciones, las clases simuladas a sus tesis, el empleo de sus estudiantes para llevar a cabo sus propias investigaciones o publicar los ensayos de los alumnos con su nombre. Fui testigo de muchas de estas prácticas dudosas, en parte fomentadas por el incentivo a la productividad científica. La acumulación de documentos probatorios resultaba ser una actividad en la cual mis colegas invertían mucho tiempo, porque de eso dependían los puntos alcanzados; por ende, sus estímulos económicos. Tuve que dedicarme, también, a este aburrido proceso de registro de mis actividades anuales, lo cual

² Pierre Bourdieu (2010), “El mercado de los bienes simbólicos”, en *El sentido social del gusto. Elementos para una sociología de la cultura*, Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

me restaba mucho tiempo para investigar. Pero nunca perdí de vista la importancia de producir un nuevo conocimiento sobre el mundo social rural.

En suma, me enfrenté a una serie de dificultades que me impidieron llegar a un resultado tangible. Fracasé en numerosas ocasiones. En el sinuoso camino de la comprensión del mundo social, me encontré con bases de datos oficiales caducas, disfunciones crónicas en las bibliotecas y archivos, la dispersión geográfica de los actores en el campo, su desconfianza generalizada hacia uno, la mente calculadora de los funcionarios medios y altos y, finalmente, la pesada carga burocrática que en la Universidad implica redactar un sinnúmero de oficios. Durante 36 meses como investigador novel, pocas veces fui dueño de mi tiempo. Buscar hacer entrevistas, cuando tenía un tiempo limitado para estar en una comunidad o la otra, resultó ser una apuesta arriesgada. Descubrí que el trabajo de campo consiste en navegar entre las exigencias burocráticas, las limitaciones materiales y la voluntad caprichosa de los informantes. Pero nunca desistí de comprender las prácticas relacionales de los habitantes del campo.

Concluyo de mi experiencia como investigador novato que, al margen de las contingencias de toda índole, la pasión por descubrir los misterios de la vida en sociedad debe brotar. Este interés genuino es lo que hace posible la investigación y garantiza su calidad. Mientras tengamos fe en la aventura sociológica, nada ni nadie podrá detenernos.

BIBLIOGRAFÍA

- Agudo Sanchíz, Alejandro (2015), *Una etnografía de la administración de la pobreza. La producción social de los programas de desarrollo*, México: Universidad Iberoamericana.
- Barley, Nigel (1989), *El antropólogo inocente*, Barcelona: Anagrama.
- Bartra, Roger (2002), *Anatomía del mexicano*, México: Plaza y Janés.
- Bourdieu, Pierre (2010), “El mercado de los bienes simbólicos”, en *El sentido social del gusto. Elementos para una sociología de la cultura*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Carton de Grammont, Hubert (s/f), *El Barzón, clase media, ciudadanía y democracia*, México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Sociales.
- Castaneda, Carlos (1999), *El lado activo del infinito*, Barcelona: Ediciones B.
- Descola, Philippe (2005), *Las lanzas del crepúsculo*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Durkheim, Emile (2001), *Las reglas del método sociológico*, Madrid: Akal.
- Ibargüengoitia, Jorge (1990), *Instrucciones para vivir en México*, México: Joaquín Mortiz.
- Lévi-Strauss, Claude (1988), *Tristes trópicos*, Barcelona: Paidós.

- Lévi-Strauss, Claude (1997), *El pensamiento salvaje*, Santafé de Bogotá: Fondo de Cultura Económica.
- Lutz, Bruno (2019), *Le Mexique à dormir debout*. KDP Amazon. Disponible en: <https://www.amazon.com/Mexique-à-dormir-debout-French-ebook/dp/B07P2VKJMT/ref=sr_1_1?dchild=1&keywords=Lutz+Bruno+Le+Mexique+à+dormir+debout&qid=1589563386&s=books&sr=1-1>.
- Monsiváis, Carlos (1996), *Los rituales del caos*, México: Era.
- Monsiváis, Carlos (2006), *A ustedes les consta*, México: Era.
- Paz, Octavio (1992), *El laberinto de la soledad*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Schütz, Alfred (2001), *Las estructuras del mundo de la vida*, Buenos Aires: Amorrortu.
- Suárez Tovar, Jesús Adrián (2018), *El humor mexicano y lo político*, tesis de licenciatura en Sociología, Universidad Autónoma Metropolitana, Xochimilco.

Vivirlo para contarlo. Diario de un sociólogo en campo, se terminó de imprimir en marzo de 2021, la edición y producción estuvo al cuidado de Logos Editores. José Vasconcelos, 249-302, col. San Miguel Chapultepec, 11850, Ciudad de México, tel. 55.55.16.35.75, logos.editores@gmail.com. La edición consta de 500 ejemplares más sobrantes para reposición

El trabajo de campo no es un paseo dominical. Recolectar información etnográfica y hacer entrevistas no son actividades anodinas. En este diario de campo, el autor narra con humor las historias que vivió en su peregrinación por pueblos del Estado de México al inicio de su carrera como sociólogo. Se encontró frente a situaciones desconcertantes y, a veces, involucrado en eventos totalmente surrealistas; ni su grado de doctor ni su nacionalidad francesa lo protegieron de las contingencias inverosímiles.

Su incursión inexperta en la vida cotidiana de sus informantes le enseñó todo lo que omiten los manuales de investigación. Aprendió a esperar, también a improvisar y, sobre todo, a recolectar información en circunstancias totalmente adversas, pues nada, jamás, sucedía como lo previsto. Tan sorprendente fue la sucesión de desencuentros, veleidades y anécdotas pintorescas en su trabajo de campo y en bibliotecas, que con suma nitidez las dejó plasmadas por escrito para el deleite del lector.

